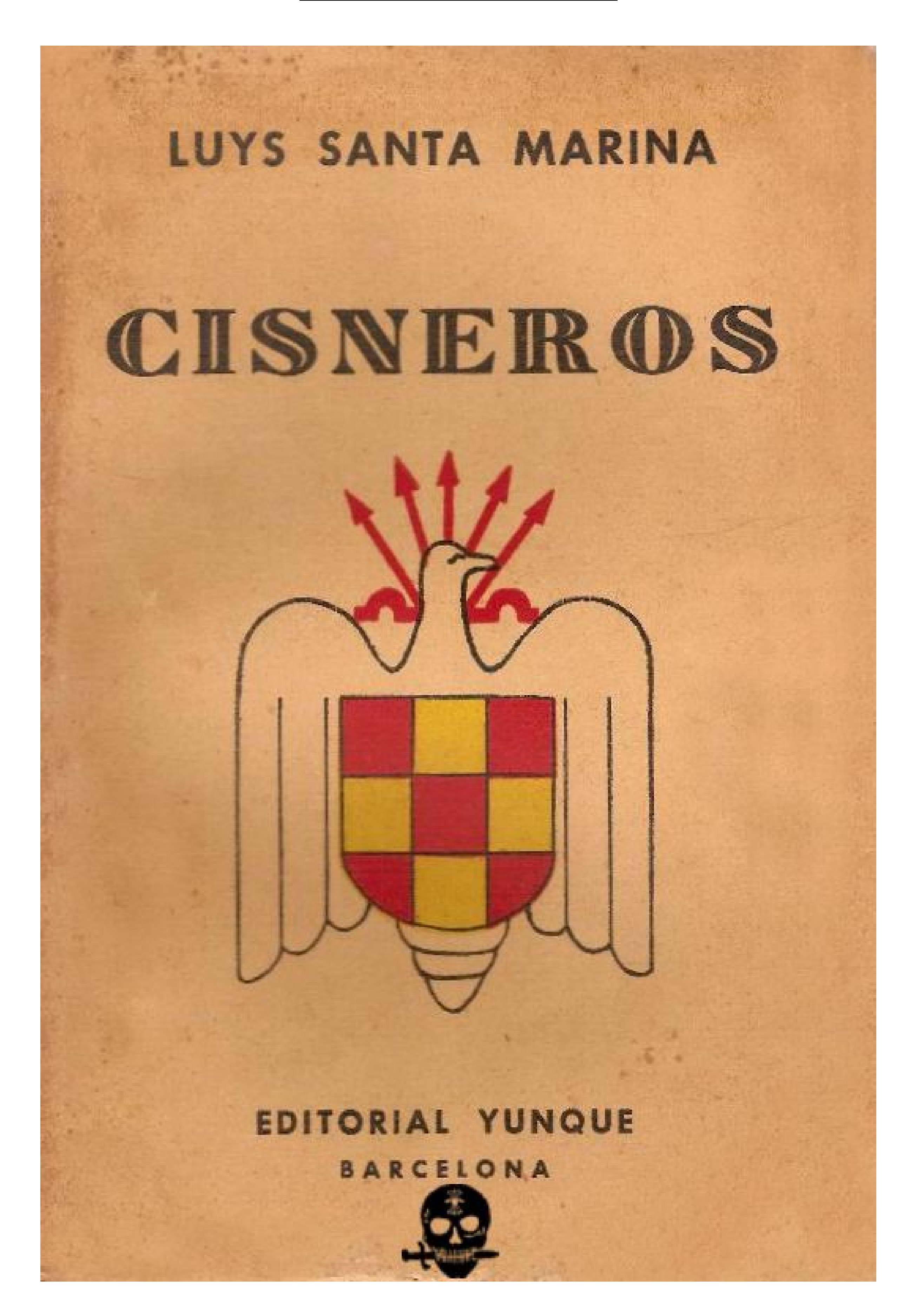

LUYS SANTA MARINA
CISNEROS
EDITORIAL YUNQUE
BARCELONA

L U Y S S A N T A M A R I N A

C I S N E R O S

QUINTA EDICIÓN

E S P A S A - C A L P E , S . A.

Ediciones especialmente autorizadas por el autor para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Primera edición: 15 - XI -1940 Segunda edición: 6 - V -1943 Tercera edición: 11 - VI - 1945 Cuarta edición: 30 - IV -1953 Quinta edición: 7-VIII- 1957

Madrid, 1957

PRINTED IN SPAIN Acabado dé imprimir el día 7 de agosto de 1957

Talleres tipográficos de la Editorial ESPASA-CALPE, S. A.

La COLECCIÓN AUSTRAL publica:

Los libros de que se habla; los libros de éxito permanente; los libros que usted deseaba leer; los libros que aún no había leído porque eran caros o circulaban en malas ediciones y sin ninguna garantía; los libros de cuyo conocimiento ninguna persona culta puede prescindir; los libros que marcan una fecha capital en la historia de la literatura y del pensamiento; los libros clásicos —de ayer, de hoy y de siempre-. La COLECCIÓN AUSTRAL ofrece ediciones íntegras autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas. La COLECCIÓN AUSTRAL publica libros para todos los lectores y un libro para el gusto de cada lector

LUYS SANTA MARINA

En la nueva generación de autores españoles, Luys Santa Marina tiene lugar destacado como vigoroso escritor de gran belleza, que con precisión y galanura evoca las figuras gloriosas del pasado español, amorosa y serenamente estudiadas en sus fuentes originales. Presenta en esta obra la hazañosa vida del austero y justiciero fraile Francisco Jiménez de Cisne-ros, cardenal, político y estadista portentoso, fundador de la Universidad de Alcalá de Henares, donde publica la Biblia Poliglota; consejero de Isabel la Católica, regente del reino, conquistador de Oran, etc. Cisneros, grave, imponente y seco, toma encarnadura viva en esta biografía, que además tiene un paisaje variado, que corre por su cuenta detrás de la figura del gran fraile. El estilo tiene jugosidad castellana —ninguna tanta como la de Castilla, además de su trigo único— y la evocación resulta cinematográfica a la manera antigua, cuando la vida era el cinematógrafo y no el cinematógrafo la vida

Í N D I C E

NIÑECES

¡Tierra de Campos! Cielos altos y anchos sobre hazas albares; ruinas de castillos, y ríos y fuentes claras, árboles de sombra y fruta en sotillos y huertas, y doquiera, el anual y tremendo azar de los trigales... ¡Tierra de Campos, de Campos Góticos, amada —a la africana— de soles, y donde se loa a la nieve con refranes como preces, y se pesaba a las novias en trigo en la iglesia; tierra de vino dorado y queso níveo, buena liza para cabalgadas y labranzas!

Y allí —ni al pie de la sierra ni a cien leguas de ella—, ante unos lejos cerros con suelo y vuelo, Cisneros, campanarios y casuchas a la molinera, y solares y torres de ladrillo viejo. Cisneros, nombre de celajes y frescuras (cisnes y ánsares) que a la romance y a la latina desdoblóse en Cisneros y Ansúrez, linajes hermanos allá en años témporas.

¡Cisneros!, nada de pelantrines ni hidalguillos oscuros ; renuevo de los duques de Cantabria, progenitores de reyes viejos astures, y por su abuela, doña María de Bayona, de las casas reales de Aragón y Navarra; sangre vieja y antigua, cuyo solar era inmemorial; señores de horca y cuchillo, comendadores de Santiago, caballeros de la Banda, primo —el padre— en cuarto grado de la Reina Católica...

Pero ¿quién echará un clavo a la rueda de la fortuna ? Parciales unos del rey don Pedro —y del parentado de su dama, la Padilla—, otros de don Enrique el Bastardo, o el de las Mercedes, ganaron honra, pero no provecho, y volvieron —los que volvieron, pues muchos se quedaron por esos campos de Dios— con sólo la espada en la cinta y el cuerpo hecho harnero. El último en caer fué don Toribio —abuelo de Gonzalo—, en la rota de Olmedo (1445), peleando a favor de su primo Juan II. De nada les valió dar sangre y vida, pues los reyes son olvidadizos de suyo, y a fin de cuentas, paños lucen en palacio, que no hijosdalgo. Los Cisneros, empobrecidos, se acogieron a su fiera alcándara. Don Alonso, segundón del difunto, dejó su tierra para estudiar Leyes en Salamanca, y como nada tenía que perder en los lares paternos, dio, Dios sabe por qué, en Torrelaguna —Tor-delaguna entonces— con sus tristes huesos ilustres, recaudador de los diezmos pontificios para la real corona. Abátense los adarves y álzanse los muladares.

Riqueza no halló allí, pero sí amor. Doña Marina Sánchez de Astudillo le aceptó por esposo, y nacieron tres hijos: el mayor (en 1436), que llevó el nombre histórico de la familia, Gonzalo —como don Gonzalo el Bueno, el caballero de la Banda—, Francisco luego, en la trocadilla usual al entrar en religión; Juan —que fué un buen alma—, y Bernardino, el benjamín, un tagarote esquinado y de turnio mirar.

Comida de hidalgos, poco en manteles blancos. Verdad y norma de vida en los menesterosos. Cisneros de Tordelaguna. Don Alonso ganaba muy parvamente con sus leyes y alcabalas, y doña Marina debió ir al matrimonio en camisa, como era fuero entre hidalgas. La inopia fué, pues, huésped habitual en la casa de estos benditos, quizá —como dijo entre burlas y veras Aristóteles— porque viéndose mujer y pobre necesitaba de ayuda y consejo; todo esto sabe que hallará mejor en los buenos que en los malos.

Los tiempos, por otra parte, no podían ser peores. Ardían las Castillas con turbulencias feudales y desmanes de salteadores de baja estofa... Juan II y sus primos, los infantes de Aragón —eternos como pauta de desengaños en las *Coplas* de Manrique—, gozaban vida *más corpórea, por desgracia del reino. Dado* don Juan a sus contentos, descargábase de los enojos del cetro y corona en don Alvaro de Luna, malquisto de la nobleza por su política regalista y de pocos aguantes... Consecuencia: asonadas, saqueos, tierra empobrecida, y la morisma entrando por las Andalucías como Pedro por su casa. ¡Pobre rey don Juan, poeta a destiempo!

Hasta su hijo se le sublevaba. Degolló al favorito por mejorar su suerte —empeño de la reina, harto antojuna—, mas nada logró. Un año después moría. Pero los males le sobrevivieron; de los vientos sembrados se recogieron copiosas tempestades en los días de su sucesor don Enrique.

Así creció Gonzalo, callado, taciturno, firme la quijada. No hay Gonzalo malo, dice el refrán; luego lo probó con creces. La pobreza apretaba; precisábase un hijo, puntal para la casa. Con la guerra no medraron mucho los Cisneros, según se ha visto. Tiraron por el otro camino abierto a los nobles de entonces: la Iglesia, y así se decidió la vocación del primogénito; no iba mal con su temple recogido, y por veces melancólico.

¡Pero los malditos dinerillos! En fin, otro segundón hermano, don Alvar —varón prudente y prevenido, según su epitafio—, les sacó el alma de penas encargándose de iniciarle en los latines, ardua empresa. Estaba el tal fincado en Cisneros, quizá a la escasa sombra que le daría el mayorazgo —don Lope, hombre de recio carácter—, aunque sabido es que éstos no pecan de mano horadada, y sólo tienen tres leyes: *Primum mihi, secundum mihi et tertium mihi;* o sea, mío, mío y mío. Era don Alvar un clérigo de los de espada y rodela, como dicen —esto es, de bonete y vela—, que vivía como Dios le daba a entender al pie de altar y de alguna parva congrua, quizá en Cuéllar o en Roa.

Así conoció Gonzalo su vera patria, la tierra de sus padres. Huesos de Cisneros ilustres yacían en viejos sepulcros; el castillo familiar se perfilaba, fatigado de siglos, junto a la parroquial de Nuestra Señora, que fué —en parte— capilla suya... En largas pláticas con el tío —eran ricos de tiempo— evocaban, al calorcillo de la gloria, los días pasados, que esta vez, ciertamente, eran mejores. Crecía en el motil el culto de lo viejo, de la sangre delicada que llevaba en sus venas, y surgían los fantasmas gloriosos del abolorio, que eran legión y siempre habían de rondarle: Fernando Ansúrez, conde de Castilla; los violentos Girones, Peranzules, el conde Cisneros, el buen Bernaldo el Carpió...

Y en el entretanto, latines, latines medievales oliendo a cera y acetre, se le iban metiendo en la sesera y en los tuétanos, entreverados con la tremenda tierra heroica, aun más hirsuta y cerrera por las chamuscaduras de una guerra de asonadas y arterías, en la que no vivía el leal más de lo que quería el traidor... Niño aún, vio volver muerto al abuelo, quien, tras batallar toda la vida, alcanzó de viejo la honra de las armas, que es morir en ellas.

Pronto el clérigo de lugarón, que Dios me perdone si no era de aquellos de "mi olla, mi misa y mi doña Luisa", no tuvo más que enseñarle. Estrujó la bolsa cuanto pudo —pues con el hermano Alonso no había que contar para eso de cuartos— y le mandó al estudio que en Alcalá de Henares fundó don Sancho el Bravo, cedido por el arzobispo Carrillo a los padres franciscos.

Quizá fuese un día del riñón del otoño con cielo claro y sol amigo; a rachas, el viento se colaba por los huesos, y hollaba y revolcaba las hojas caídas. El clérigo, cavilando en las largas soledades que le esperaban, se compungía:

—El ángel os acompañe, señor sobrino...

Y en el carasol, la problemática *doña Luisa,* tierna de corazón, cual todas las enamoradas viejas, se enjugaba una lágrima, mientras Gonzalvillo —en caravana de recueros— se alejaba con su muía cebruna, a paso castellano y bien provistas las alforjas. Andaría por los doce años.

ESTUDIANTINA

Latines más delgados en Alcalá; relieves de vida conventual; algo de la picaresca estudiantil entrevista. Y su ingenio claro que se despierta, y le lleva, quinceno quizá —todos son quizás en los albores de esta vida— a nuestra más ilustre *Alma Mater.*

Años oscuros, borrosos, de escolar pobre, en la bulliciosa —y trágica— Salamanca de las postrimerías del medievo, sacudida por los bandos de Santo Tomé y San Benito, donde aún era carne y hueso María de Monroy *la Brava,* Juventud estudiosa, implacablemente acuciada por la callada y discreta penuria de los suyos; la casa desnuda, el yantar parco en demasía, el frío, todo estoicamente comportado, sin que trascendiese de las cuatro paredes.

Gonzalo, pues, ya vemos que no era un pascasio ni un rodelero; devoraba libros y mamotretos en alguna de aquellas castizas —y heroicas— posadas del *Abra-zamozas* o de *Pero el Cojo.* Sus preguntas alegraban —y aun ponían en un brete— día tras día al lector cuando, finada la clase, asistía al poste.

Tras el ideal castillo de ordenamientos y cánones —se daba preferencia a los Derechos en Salamanca entonces— veía a su madre, moviendo con el breve pie la rueca, en alto la mazorca del huso, la dulce boca estoposa, los ojos abatidos, quebrada la color, y la oía llamarle, entre burlas y cariños, *mi hijo el cardenal.* Y al padre bregando con tozudos villanos socarrones —que reservaban para el diezmo el trigo o cebada del solar, que dicen el más cargado de tierra y paja— y con señores a quienes por menos de nada se les subía el humo al campanario. Pan con dolor. Y al bueno de don Alvar escatimando sus tragos de lo moro, y hasta los colonos de sarmientos de la gloria, para poder acudirle con dineros.

Dura juventud aceda, habitual en las Españas, donde transcurren siempre los años —quizá floridos en otros climas— acuciando el tiempo, devorando esperanzas sin cuajar. Vida trabajosa y desdichosa.

Bachiller en ambos Derechos, tornó a su pueblo. Pobreza y persuasiones paternas —poderosas consejeras ambas— impulsáronle hacia Roma. Tras un viajecito que fué un *via crucis,* llegó a la *Caput Ecclesiae.* ¡Buen país la Roma papal, río revuelto, tierra de Pipiripao, paraíso de putañas!... Daba las boqueadas la molida cristianidad medieval, despenada por su hijo el Renacer, pero no se iba de rositas, que tenía el cuero duro, y, además, dentro la llevaba el heredero: sangre güelfa —o gibelina— corría por los dioses recién desenterrados, y transfundíales pasiones y agonías, que jamás conocieron en sus dorados días rotundos. Venus lloraba —en las crisis— sus pecados, y Mercurio —el alegre truhán— trasnochaba sabiamente sobre infolios y antiguallas.

Nuestro español, nuestro hidalguillo de gotera forrado en clérigo, vadeaba indiferente el río de agua turbia, mirando hacia la tierra, como es ley de buenos caminantes, en lugar de al raudal. Para un cristiano viejo, tallado a machamartillo, aquella paganía erudita era una desazón: comprendía —y aun explicaba— las barraganías y barrabasadas de los feudales castellanos y andaluces; aquel saquear aljamas, *verbi gratia,* para robar las hebreas guapas, después de molerles las costillas —o romperles el alma— a los picaros judíos, sus padres y maridos; gaciar —quebrando fes juradas— tierras fronteras de morería, y hasta poner sacrilegas manos, airadas o concupiscentes, en los ministros del

Señor, o en sus esposas... i Pecados de la carne, al fin...! Pero llamar a Cristo Apolo y Minerva a Santa María era harina de otro costal. *Vade retro, Sathana!*

Consecuencia: que se emperraba sobre los libros, como único recurso, con su terca cabeza amelonada, y llegó a ser conocida por su ciencia y sapiencia, a fuerza de puños; se

ordenó sacerdote; litigaba en la curia romana causas de compatriotas que iban a la *urbe mater* en busca de eclesiásticas tajadas, harto difíciles de arrancar, porque la que se lleva el gato...

Su fama cruzó los umbrales vaticanos, tan bien defendidos siempre para eso de dejar pasar méritos nuevos, y más si eran de *barbari.* Todo iba bien, pero se terció la muerte, llevándose a don Alonso (1465), y hubo que regresar a la tierra a mantener a la madre. Pidió —y obtuvo— de Paulo II (Pietro Barbo, veneciano) unas letras expectativas, martingala muy en uso por aquellas calendas, y que consistía en una bula, merced a la cual el primer beneficio que vacase en la diócesis que se señalaba era para el nombrado. Claro es que esto no hacía maldita la gracia a arzobispos y obispos, pues veían mermadas sus atribuciones, y como siempre ha habido muchos niños para un trompo, tenían de antemano concedida la prebenda a algún paniaguado; pero cayendo los contratiempos, y aun sopandas o palizas a descansaarriero, sobre espaldas ajenas, el Padre Santo pensaba que allí se las dieran todas, y se quitaba de encima al pedigüeño, que al primer muerto se le da tierra.

Tal sucedió a Cisneros, como se verá, porque topó con un prójimo de abrigo y más terne que un ajo: don Alonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo.

PRISIONES

Mala suerte tuvo Cisneros para su beneficio en cierne. A poco de su regreso (1465) vacó —por una triste historia de falsía y sevicia— el arciprestazgo de Uceda; era más bien pobre que rico, pero estaba cerca de su pueblo —Tordelaguna dependía de allí—, y Gonzalo presentó sus letras.

Y allí fué ella. Dio de manos a boca con el feudal más desaforado de nuestro siglo **XV,** que ya es decir algo, don Alonso Carrillo, que más que "traidor y diablo", cual le ha sambenitado el cronista, era una síntesis, un dechado de los ricoshombres de entonces, con sus virtudes y sus vicios. (Ahora que las virtudes —según aconseja Omar-al-Jayyan— había que contarlas una por una, y los vicios, perdonarlos diez por diez.) Alto, de buena presencia y aspecto marcial, ardía en deseos hazañosos, a que le impulsaban su gran corazón y su gusto por las armas; metió baza en todas las parcialidades y asonadas de su tiempo... ¡Y eso que tuvo nada menos de treinta y siete años la mitra toledana en la testa!

Pródigo, pues llamarle liberal es poco, su casa tenía siempre puertas abiertas para todos: buena mesa, mejor bodega, abundantes criados. Y *aínda mais:* cuanto le pedían daba, "porque no podía sufrir que ninguno se partiese de él descontento".

Como todos los manirrotos, anduvo siempre escaso de metales, y tras coger muchas veces lo ajeno —para darlo con la otra mano, pues no gustaba de atesorar— recurrió al expediente usual de entonces: la alquimia. Gastó caudales y años corriendo tras la quimera del oro. Sólo consiguió deudas y deudas, hasta que con la muerte salió de berrinchines y escaseces.

Soportaba, como buen feudal —y aun reía—, las burlas y picones de sus familiares y loquillos. Asentó en *Libro de las necedades* —el cronista de ellas, buen paje— al propio don Alonso, por haber dado gran copia de dineros a un alquimista para ir a comprar simples. Leyéndolas a fin de mes, según costumbre, replicó el arzobispo, que cenaba unos blancos de un capón: "¿Y si volviese?" "Entonces —dijo campanudo el truchimán— borraremos a vuestra ilustrísima y le pondremos a él." Y su ilustrísima se rió con toda el alma.

Soberbio y testarudo, jamás cedió ante nadie; a nobles y a reyes tratábales con la punta del pie: todo había de ser a su querer y parecer. Tan poco le importaban los humanos respetos, que se hizo enterrar junto con su hijo bastardillo don Troylos en los franciscos de Alcalá. En suma, era una de esas naturalezas de las que todo se consigue por el halago y nada por la violencia. Y mucho menos invocando derechos.

Y esto fué precisamente lo que hizo Gonzalo. Y en la peor ocasión además. Poco hacía que, capitaneados por Carrillo, habían los nobles depuesto burlescamente a Enrique IV —representado por un pelele de borra— en la dehesa de Ávila. ¡Calcúlese si el obispito tendría, más que nunca, humos en la sesera!

La bula papal le sacó de quicio y se negó en redondo a aceptarla. Pero el clériguillo —tan altivo como él— hizo piernas, se mantuvo firme, y le dijo a sus barbas era arcipreste con justo título, y que antes de ceder moriría sobre ello.

Carrillo perdió los estribos: ¡aquel atizacandiles hombrearse con su arzobispo, que era casi el rey de Castilla! Replicóle con mucha cólera y pocas razones, le hizo prender y le encerró en la torre de Uceda.

Y allí se pasó dos años, como un Pepe. Por cierto que un honrado clérigo, Dios sabe por qué también en la trena, quiso consolarle contándole que en donde ambos penaban posó un presbítero que terminó calándose la mitra de Toledo. Cisneros, socarrón, sonrióse y agradecióle

el buen consuelo, pero le dijo que por los principios no lo veía muy claro y que en el entretanto querría verse salido de allí. Y por dentro se melancolizaba, pensando en la madre y los hermanos menesterosos.

Pero, a pesar de lo dicho, se sabía con razón y no cedía: su voluntad tenía puntas de diamante. Visto lo cual, el arzobispo le dio otro zarpazo y le echó al castillo de San Torcaz, cárcel pública de cléricos maleantes: simoníacos, sortílegos, incestuosos, concubinarios, buscarruidos, matadores, alborotapueblos... ¡Un virida-rio de padres del yermo, de cada caso el peor! Y la prisión allá se iba con la dureza y protervia de aquella gente, y andaba la riña lista y el cachete fino, y tente éea, que voy por paja.

Mientras los cofrades bebían de lo lindo, jugábanse las pestañas a los dados o dormían a pierna suelta, Gonzalo se despij otaba —poca luz y turbia— sobre las Santas Escrituras. Quizá la oscuridad de la cárcel no fuese para él un vergel deleitable, y sus prisiones rosas y flores —como para el epopéyico mártir de San Basilio—, pero las soportaba entero; y a Dios rogando y con el mazo dando, rezaba, sí, pero también, como podía, procuraba hacer llegar sus quejas a Roma.

Que lo consiguió, no hay duda, pues Paulo II, en bula dada el 22 de mayo de 1471, manda al arzobispo de Toledo no impida que "el bachiller Gonzalo" entre en el goce de su beneficio; y arreo, fuese a distraer enojos con su papagallo, que hablaba un latín muy cortesano, porque males ajenos de un pelo cuelgan.

Pero el aludido hizo orejas de mercader, y el bachiller Gonzalo siguió en chirona hasta que se terció la condesa de Buendía, casada con un sobrino de Carrillo y parienta de la madre de Cisneros; es decir, el modo suave con que se llegaba infaliblemente a aquel viejo y curtido corazón.

Gonzalo vióse libre, al fin (1475), tras diez años de estar a la sombra. ¡Diez años!, y los mejores de la vida: de los treinta a los cuarenta. Hétele ya arcipreste de Uceda, pero ¡a qué precio!; si no fuera el pleito por el fuero y no por el huevo, podía haber perdonado el bollo por el coscorrón... ¡Adiós juventud, adiós ilusiones...! "Una migaja de pan —pensaba— cuesta una gota de sudor, si no de sangre..." ¡Y esto en todo el camino que va desde las mantillas a las mortajas!

Pero los años de encerrona hiciéronle más cauto. La negra honrilla estaba a salvo. En cuanto pudo cambió de diócesis; ¡pocos tratos con Carrillo! Al loco y al aire, darles calle.

VOCACIÓN

Seguir en Uceda era tentar a Dios, y en cuanto pudo permutó su arciprestazgo por la capellanía mayor del Cabildo de Sigüenza; parece ser que el trueque le hizo con Nuño González, a quien hubo de dar una pensión, pues la capellanía era más rica en rentas. Lo cierto es que en 1477 ya no era Nuño capellán, y Gonzalo estaba en Sigüenza.

No escogió a humo de pajas la severa ciudad, extremosa en fríos y calores. Obispaba allí Pedro González de Mendoza, cardenal de España y gran canciller de Castilla, hábil político y generoso corazón. Parientes, si bien lejanos —la abuela paterna del prelado era una Cisneros, doña Mencía—, Gonzalo buscó su arrimo, y no le pesó: mientras estuvo en esta vida fué su ángel bueno, y le abrió las puertas más altas.

Activo, metódico, amigo del orden y las cuentas claras, pronto se señaló desembrollando litigios y enredos. Suena el nombre del bachiller Gonzalo en pleitos y laudos sobre corta de árboles y mal uso de pastos y mieses. Administra bienes de casas nobles, y hasta intervino en las Ordenanzas de la villa promulgadas entonces. Al buen varón, las tierras ajenas su patria le son.

Y aún le quedaba tiempo para aprender hebreo y caldeo con un famoso rabino toledano. Hasta los judíos vienen bien, siendo pocos, como apunta el refrán: en la heredad un guindo, y en la villa un judío.

En fin, Mendoza le nombró, contra su deseo, vicario general de la diócesis, una de las más ricas de España, y desempeñóse justa y discretamente.

Pero cuando todos, clérigos y legos, contentos con su justo gobierno y juzgando según la prudencia humana creíanle muy a gusto en el machito, saboreando sus dos mil ducados de renta —que a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga—, el bachiller Gonzalo echó por los cerros de Úbeda y metióse fraile franciscano. Le miraban como quien ve visiones, sin comprender cómo negocia Dios —o la vida— con los corazones, disponiendo secretamente las voluntades, por ser el hombre —según dijo muy bien San Juan Damasceno— lazo donde se juntan las cosas invisibles con las visibles, esto es, arcanos por partida doble. Cincuentón ya —o casi—, de temple melancólico, muerta su madre hacía poco, nada le ataba al mundo, y quiso vivir a solas, pues no es justo viva solamente para otros quien ha de morir para sí, y dar de sí estrecha cuenta. ¡Afuera, afuera mundo, amigos, contentos, gustos, que sólo los logran y tienen los que a Dios tienen!

Trocó, pues, ambiciones terrestres por celestiales en el otoño del 84, y retiróse al monasterio de La Salceda, inculta soledad en plena Alcarria, entre Peñalver y Tendilla, lugar donde de su propio natío abundaban los sauces. Algunos discretos, que nunca faltan, le aconsejaron declinase los cargos —y las rentas— en su hermano Bernardino; pero este pájaro había aburrido el nido paterno y andaba por esos trigos de Dios, campando por sus respetos; ni siquiera sabían dónde paraba. Dejólos, con mejor seso, en manos prudentes, encomendándoles cuidaran del descarriadillo.

Cuando Mendoza —el pulido y mundano— supo esta huida mundanal, dijo, según cuenta Juan de Vallejos: "Nuestro capellán mayor de Sigüenza se ha metido en la religión de San Francisco; yo espero en Dios que él me ha de suceder en la silla de Toledo" —había sucedido a Carrillo en la sede primada—. Y para no tener que esperar mucho, y por si a Dios se le olvidaba, ya se encargó él de hacerle confesor de la reina —primer paso— y arzobispo de Toledo a su muerte. ¡Qué buen profeta este Mendoza!

Profesó, pasado el año y día del noviciado, y el guardián de La Salceda cambióle de nombre: moría —al parecer— Gonzalo Ximénex de Cisneros; nacía fray Francisco.

Dicen algunos que de allí pasó a San Juan de los Reyes; quizá, pero lo que sí es cierto es que estuvo en El Castañar, no lejos de Toledo, convento retirado y austero entre encinares y castañedas. Aún parecióle blando el cenobio, y armó en pleno bosque una cabañuela con ramas y barro. Allí vivía, comiendo hierbas cocidas y mendugos —cuando caían, que no era siempre— y enfrascándose en las Escrituras. Ayunador, poco amigo del sueño, aquel monte lleno de grosura, cuajado, pingüe, con su frescor y fragancia de hierbe-cillas y matas olorosas, érale paraíso. "Vivía como Hilarión y Antonio", dice un cronista. Cuando de higos a brevas bajada al convento, le recibían como a lluvia de mayo. Traía en los ojos, y en el rostro, ese algo que comunica el retiro, sombras de Dios, apariencias de divino efecto, quizá también de la abstinencia... No es raro que a su cabana la llamasen por muchos años la *choza del santo.*

Alguna vez caía por Toledo. A la vuelta de una de estas idas, cogióles la noche cerca de Ajofrín, a él y a su acompañante fray Pedro Sánchez, lego cebolludo y de espíritu sencillo —el eterno *Fray Mortero* o *Fray Golondro,* a látere de los santos en las farsas— que cargaría con las alforjas. Era el agosto y abundaban las mieses agavilladas por el campo, y arriba feliz cosecha de estrellas celestiales. El leguito soltó las arguenas, tumbóse en la parva y a poco dormía a pierna tendida. Fray Francisco pasó y repasó su corona, pues, sobre los cansancios del día, oraba casi toda la noche. A veces le cogía el sol. ¡Gran cosa la oración! A su olor —según el beato Orozco, paje en sus niñeces de Cisneros, arzobispo— los ángeles, como abejas, se vienen mejor que a naranjal florido, adondequiera que estemos orando.

Si hicieron tal aquella noche, poco gozaron del viaje, pues, como el Espíritu sopla donde —y cuando— quiere, el simplón de fray Pedro despertó a poco, partiendo el cielo a voces:

—¡Albricias, padre Francisco, albricias!, que ya he visto a vuestra reverencia arzobispo de Toledo, y con el galero de cardenal de Roma... ¡Quiera el Señor cumplir este sueño!

El desvelado díjole con voz grave, algo lejana:

—Dexe de fantasías, hermano, y duerma, sin creer en sueños, que paran en necias apariencias...

Por pocas acierta con lo de "los sueños, sueños son".

Pero aun El Castañar —demasiado cerca de Toledo y de sus amigos de Toledo— le parecía poco solo. Pidió a sus superiores le permitiesen volver a La Salceda. No hubo inconveniente, por ser lugar despreciado y contemptible, y tornó a su querido refugio.

Vivió sin pena ni gloria en aquella soledad que tanto había después de echar en menos entre tráfagos y opulencias, porque para los hombres de su masa, con frecuencia sacudidos por ramalazos de seca tristeza, la vida solitaria —pensamiento y letras— es una manera de bienaventuranza de acá abajo, que, si fuera perpetua, en poco se diferenciara de la de allá arriba. A los tres años, los padres de la provincia —en el capítulo de Úbeda— le eligieron guardián de La Salceda; no era mucho: unos pocos frailes de buena alma y carne mortificada y sumisa.

Entretanto, tierras al Sur, Granada caía, y mientras suspiraba el Moro, el destino llamó a la puerta de Cisneros en su convento de los sauces, por obra y gracia de Mendoza, tercer rey de España, y *deus ex machina* de esta comedia famosa. Y digo comedia famosa porque tuvo enredo, engañado, dimes y diretes y buen terminar: no hay que entenderlo muy materialmente y *crassa Minerva.*

CONFESOR DE LA REINA

De sus juegos de amores quedó al cardenal Mendoza —amén de dos hijos, don Rodrigo y don Diego, que en la corte llamaban sus bellos pecados— una suave manera de guiar los negocios, a veces con engaños color de rosa, de esos que en reinos de doña Venus se cobran en caricias. Seguro expediente que con él tantas veces usaron labios femeninos, pues, como dijo el otro, con damas de esperanza no hay quien no tenga fe. Viejo amador Mendoza, invierno en flor, sentencia el refrán.

Y, variando los términos, la empleó con Cisneros, quien, como las higueras, daba fruto sin flores. Llamóle a la corte —entonces en Valladolid— so color de consultarle como canonista sobre unos breves pontificios. Y fray Francisco vino desde la Alcarria trillando el camino a la apostólica, y con harta fatiga, pues había muchos malos pasos que abarrancar.

Pero lo de los breves era un cuento; de algo más grave se trataba: la reina no tenía confesor, cosa de gran trascendencia entonces, porque pesaban mucho en el alma de los reyes, y los reyes eran el alma del pueblo. Fray Hernando de Talavera —aquel cardo borriquero para las damas de palacio, Isabel inclusive— era ahora arzobispo de Granada, y por curiosa antinomia, resultó unas mieles para los tristes moros vencidos, que bien pronto le llamaron el *alfaquí santo* y besaban donde ponía el pie.

Quedaba un hueco difícil de llenar. La reina recurrió a Mendoza, y éste trajo a Cisneros, con astucia, como se ha visto, pues le sabía bastante cimarrón. Isabel, que era más larga que un día sin pan, le sondeó lindamente un día y otro día, haciéndose la encontradiza en las saletas y corredores de palacio, y hubo tiempo para todo, pues claro está que el truchimán del cardenal difería *sine die* el examen de los benditos breves. Al fin, la reina se plantó y le dijo de manos a boca "que le pluguiese, por caridad, ser su confesor, su consejero y su guia".

El fraile se llevó un disgusto mayúsculo, que disimuló como pudo; ¡adiós su buena dicha, sus amadas soledades! Reaccionando, opuso reparos: sus pocas luces, su rudeza, su ningún hábito cortesano, ser hombre, en suma, llanamente inferior a lo que pedía la gravedad del empeño... No le valió; la reina era terca y estaba respaldada por el suave Mendoza, quien siempre se salió con la suya.

Cisneros, antes de rendirse, impuso condiciones: no viviría en la corte, sino en el convento más cercano; no se le había de señalar ración alguna para su sustento, y donde no hubiere casa de su religión tendría la mesa ordinaria de los demás pobres, que es la limosna mendicada; no estaría obligado nunca a aconsejar en materia de Estado.

De enhorabuena andaba la familia seráfica, o, por lo menos, tal se creía; otro franciscano ocupaba el puesto que del provincial de Castilla, fray Juan de Tolosa, pasó al Jerónimo Talavera.

En la corte causó pasmo y susto el raro espectáculo de aquella alta sombra aguileña de tremendas pupilas negras, que de repente parieron a sus ojos las soledades y bosques alcarreños.

"Bajo el sayal hay al", decían en refrán. Y tanto; había un rey, un rey viejo, un hermano del santo rey don Fernando, el que "enforcó muchos homes e coció muchos en calderas...", y ganó Córdoba y Sevilla, y arrinconó a los moros contra el Estrecho. Santidad asistida de sangre generosa.

Hay quienes ven en la política de los reyes desde entonces una firmeza mayor. No lo creo. Isabel y Fernando habían dado ya muestras más que sobradas de energía. Hombre desencarnado del mundo, con más amarguras que ambiciones, Cisneros se atuvo a su oficio

resolviendo dudas y escrupulillos de la reina. En cosas de gobierno —faceta religiosopolítica— sólo un consejo está probado que le diera, pero el consejo fué como suyo: hacer inquisidor general a fray Tomás Torquemada.

CAMINATAS Y MELANCOLÍAS

Tras la corte andariega de los Católicos iba fray Francisco no muy de su grado. Asistía a su real confesanda y vivía en los palacios con la misma sencillez que en el yermo, pues hombres de tal temple rara vez rectifican caminos.

Ajeno a todo manejo, vióse sorprendido por su elección para provincial de la Orden en las Castillas, 1494. Parece fué *nemine discrepante:* todos los padres custodios y guardianes coincidieron, fruta rara que se ve pocas veces. Aceptó sin hacer ascos, ya se verá por qué. Sustituía a fray Juan de Tolosa, ex confesor de la reina; tanto tienes, tanto vales, aun cuando medie voto de pobreza.

No era grano de anís la provincialía: cuatro custodias, Toledo, Sevilla, Santoyo y Santa María de los Menores. Ambas Castillas, Andalucía y el reino de Murcia. ¡Y fray Francisco —terco seguidor de la Regla— quería recorrerlas a pie, visitando uno por uno los conventos!

Precisaba para ello un compañero, mozo, despierto y con buena péñola, pues no faltarían avisos y cartas. Le encontró en el convento de Alcalá que ni a la medida: un mozalbillo toledano, "muy bonito, de muy linda voz y canto y de muy gentil pluma; un santico", a decir del guardián fray Juan de Marquina. Y con bastantes camándulas —esto no lo dijo su paternidad—, pues había sido seise en la catedral primada.

Viole Cisneros, le agradó, y ya no se separaron hasta que le hizo obispo: de compañero de camino subió a familiar, y luego a la mitra de Astorga y Ávila; pero no hay que adelantar los sucesos. Llamábase fray Francisco Ruiz, y había profesado una semana antes.

Con este cachicán y *Benitülo,* un mansueto borrico, comenzó la visita de los conventos el nuevo provincial, viviendo de limosna, muchas veces tan escasa que sólo pan y hierbas cocidas se yantaba. Estos ayunos sin precepto practicábalos tan a menudico cuando pedía fray Francisco que el mocito se plantó:

—Vuestra reverencia no nasció para pedir; quédese en la posada, que yo iré a demandar.

Y echaba por calles y puertas, pidiendo por Dios en canto, con su voz delgadilla y grata; como un pregón de flores traía el mujerío a las ventanas, matronas, mocitas y hasta las pechecillas, para ver al santito bonito, que, por si algo faltaba, hallábase en los abriles de su edad. Nunca volvía manvacio al provincial, siempre ocupado en obras pías, o en oración, o rendido sobre libros que, a no ser de él, tomara por grimorios. Al verle entrar boquirrisueño, daba gracias a Dios por tal compañía, que la estimaba tanto cual la de un ángel Rafael.

Días y días, valles arriba y valles abajo, por poblezuelos y lugarcillos pequeños. El viejo —las más de las veces— a patita; el motil, con un buen mendrugo de pan entre manos, para no ir pensando mal ni murmurar de nadie, como decía el otro. Y anda que te andarás, lo mismo en tiempos ásperos de nieves y escarchas que en las fogosas calmas del estío, cuando no corre un resuello de aire; padeciendo el calor de San Lorenzo y el frío de San Vicente, que si no duran mucho dan mucha pena, y las lloviznas y calabozos interminables de los días pardos... No todos eran abrojos, cierto; gozaban también soles templados en el buen tiempo, entre siega y vendimia, y lunas hermosísimas en su lleno, allá por la primavera, cuando se alegran los ruiseñores y es una gloria de Dios caminar de noche.

Pero si en la natura había mudanzas, no así en el trato; parca cena, mala cama en algún pajar, y aun medir muchas veces con las espaldas los poyos de las ventas, después de haber traído jornada larga: las descomodidades y cansancios de los viajeros pobres, que beato quien tiene; pero a todas partes se llegaba, Dios mediante y San Cristóbal gigante.

Y no paraba ahí. ¡Si sólo fuera correr la Provincia un paso delante de otro, manducar los mendrugos más duros y mohosos, beber agua clara —y como una tórtola, pues a veces faltaba—. dispuesta la alforja de antenoche, mañanear, perdiendo el sueñecillo del alba, que suele ser el más gustoso, y ajeno a todas las mortalidades —hambre, frío y cansancio— dar el día para las ocupaciones del cuerpo y la noche para los retiros del alma!

Pero el mal no eran las idas, sino las llegadas; la brega constante y dura en los conventos de la *Claustra* —casi todos los de la Orden—, opulentos, llenos de lozanía y de regalo, donde la regla franciscana era letra muerta, y la aparición de aquella sombra polvorienta y despernada, un reproche, una recriminación de carne y hueso. Y la voz que se alzaba dura, y el tesón en no disimular ni paliar ningún trabajo de la Orden, invocando siempre la pobreza allí donde el picante de los sentimientos era la codicia.

Y el retrueque de los *claustrales,* buscando tranquillas y socapas que cobijasen los vicios blandos de la carne, las rentas en común e individuales, las ollicas y pucheros de confitura, los traguetes del de dos orejas extrarrefectorio, las amistadillas con monjitas picoteras o bellas malmaridadas... Y sólo aquí y allá, perdidas en el mar de monasterios aseglarados, algunas casas de yermo, las más pobres, las más olvidadas, donde era castigo residir.

Cansábale su índole animosa y severa al verse atado de pies y manos ante tales desgobiernos y relajación. Fatigábale negra melancolía, tenía el corazón hecho laguna de hiél. Y estaba en Gibraltar; allí enfrente, África, la morería. El acabar de una vez, la aventura a muerte o a vida; el martirio predicando la fe de Cristo, o la conversión del Islam, secular sueño franciscano.

Consultó con el guardián de los franciscos y con otros padres graves; encamináronle a una terciaria, la beata Mari-López, retirada en una cueva a la legua del agua, entre el Peñón y las Algeciras, santa mujer a su decir, sabidora de las cosas futuras, y que sanaba males y daba buenos consejos. Santa sería, pero tan negra que los del pueblo la llamaban la *Mari-Cuervo.*

Una hora duró la parla. Sondeóla con manizquierda el fraile, que era muy marrullero cuando le convenía, y, confiado al fin, le contó sus intentos africanos, pidiéndole los consultase con Dios aquella noche.

Al canto del gallo ya estaba la morena en el compás del convento, y dijo a fray Francisco, trasnochado de oraciones, según costumbre, "que la voluntad de Dios no era que pasase ni hiciese aquel camino, porque Él le tenía guardado y elegido para otras mayores cosas y para que rescibiese otros mayores martirios por su amor, y que se volviese". Y tornó a su guarida con pasos saltados y ligeros.

Aquella pájara tenía pupila, o Dios sabe qué: a pocos días —estaba aún Cisneros en Gibraltar— llegó una carta de la reina llamándole a su lado para entender en la "reformación de las religiones" —órdenes monásticas—, fazaña en la que el fraile, y eso que era de armas tomar, las pasó negras, tan negras por lo menos como la tez de *Mari-Cuervo.*

LA REFORMA MONACAL

Lo que la reforma eclesiástica que hicieron al alimón confesor y confesanda —uno actuando y la otra sosteniéndole— representa para España, salta a los ojos: se anticiparon —quitándole el pretexto— a la otra, la de Lutero, el *nuevo Elias,* según sus paniaguados. Ambos a dos plantaron palma, que cuando fruta, fruta para otros; cargáronse con las amarguras, y nos libraron de buena, pues dado nuestro carácter, tan amigo de campar por sus respetos, los diversos reinos de las Españas, con su religioncilla de campanario, andarían a tarascadas y zarpazos un día sí y otro también. Pero mejor que divagar sobre los bienes y males, secuela de las cosas, es hacerlas, o, al menos, mirar cómo se hicieron.

Desde un viso actual, parecen tragicomedia las gestas de frailotes y monjitas y el hombre que se proponía hacerles andar derechos, pero a finales del xv la cosa cambiaba: era una pugna feroz con gentes de mañas de lobo, fuertes, ricos y audaces, bien guardadas las espaldas por mucha de la nobleza —que en los monasterios tenían deudos y patronatos— y las religiones respectivas, con altas jerarquías eclesiásticas y gran influjo sobre el Papa y la Curia romana; pugna que podía llevar muy fácilmente al quemadero, como a Savonarola y sus amigos, a quienes dieron tostón, verdad es que apretándoles primero el gaznate. De lo dificilillo del negocio puede juzgarse viendo que fué preciso para sacarle adelante todo el poder de los Reyes Católicos —en la cúspide de su fortuna— y la terribe voluntad imperiosa de Cisneros. Otros reformadores, Santoyo, Villacreces, San Pedro Regalado, tuvieron que plegar velas y limitarse a moralizar tal cual convento; fray Francisco —don Gonzalo Ximénez de Cisneros, mejor— veía las cosas en grande, con ánimo real; dijo el cardenal Grávela era imposible que aquel hombre no descendiese de linaje de reyes. Ya se ha visto que descendía.

Viejo pensamiento era de los monarcas llevar a loa claustros el espíritu de orden y justicia que habían infundido al reino. En 1493 solicitaron del Papa autorización para reformar todos los monasterios de frailes y monjas de sus Estados. El 94 les vino bula otorgativa; más que le pidieran hubiese dado Alejandro VI en el aprieto en que se hallaba, con los franceses a las puertas de Roma y los españoles por única esperanza. Llamaron entonces a Cisneros, como se ha visto, y a 13 de febrero del año siguiente le encomendaron la espinosa misión.

No lo dijeron ni a sordo ni a manco: entró por aquellos trigos, casi ahogados en cizaña, hoz en puño y corazón ancho. Ya con solas sus fuerzas había tentado el vado; ahora, bajo las alas del águila real y con las bulas del Padre Santo, vencería, *Deo volente.*

La frailería estaba dejada de la mano de Dios: la gran peste que en el siglo anterior asolara Europa vació casi los cenobios, y priores y prioras, con el buen deseo de poblarlos, admitieron a tantos perillanes y doncellas de alta guisa, que había en los claustros hambre y falta de varones buenos, ya que no de buenas hembras. Siguióse el interminable cisma de Occidente, durante el cual tres Papas gobernaban —o desgobernaban —a la Cristiandad, sin contar las degollinas y algaradas endémicas y la rudeza de los tiempos. Consecuencias: los monasterios volviéronse casas de recreación, con mesa y cama bien provistas, y las bodegas más guarnidas que las librerías. Todas las grandes familias monásticas danzaban en aquel corro de folias: dominicos, agustinianos, Jerónimos, franciscos, carmelitas, bernardos... Sólo los cartujos —esos muertos vivos— seguían impasibles su regla, sus eternos silencios. Fray Francisco fué para esta lozana tropa un aguafiestas, un derramasolaces... ¡Vete de aquí, viento cierzo!

Sin embargo, había Órdenes y Órdenes; la mayoría podían tener bienes en común, y éstas poca o ninguna resistencia hicieron, por lo menos a las claras, y hasta sus rabadanes secundaron el cisneriano brío reformador; al que manda, la disciplina en los suyos nunca le parece mucha; y se bañaban en agua de rosas viendo cómo de las celdas de sus caridades

salían golosinas, alhajuelas y rentecillas —retenidas muy a gusto por padres propietarios—, y se iban, pian pianito, a engrosar el acervo conventual. ¡Buen ayudador se les metió por las puertas! Había que abrírselas de par en par como al sol de invierno a aquel fraile tan estrecho de manga.

¡Qué castellano duro y fino Cisneros! Visitaba los monasterios y, reunidos a capítulo los padres, hablábales con encomio y fuego de la regla seguida por los patriarcas, parangonábala con la relajación hodierna y, hollando este blando camino con sus pies de bronce, les persuadía de que renunciasen a los privilegios conventuales, opuestos al austero espíritu primario, y traídos a su presencia "los quemaba como Alcorán pésimo de vida ancha". (En esto de quemar *alcoranes* era un maestro. Ya se verá.)

Hubo, pues, que dejar el olivo tempranito, acudir al coro a hora horada, corregirse en su lenguaje los desbocados, moderar el regalo de la mesa, tornando —siquier circunstancialmente— a los nabos, berzas y caldibaldos... Relegóse *ad calendas graecas* el engullir a boca llena corroborado por el vinillo aloque. Si el bendito fraile duraba, iba a ser fábula, y muy fábula, aquello que del refectorio, hasta las migajas; ¡medrados estaban!: en el coro mucha fiesta, y en el refitorio feria sexta... Buenos son los santos en los retablos, pero no sueltos por el mundo...

Mas donde surgieron las veras dificultades fué al topar con los suyos, con los franciscanos; no se dijo a humo muerto que del más amigo la mayor lanzada. En realidad, no fueron todos, sino la mayoría, los pertenecientes a la Claustra o *laxos,* que a los *espirituales* o de la *Observancia* —de éstos era Cisneros— poco les inquietó la reforma, pues harto reformados estaban. Ambas ramas —rivales ya en vida de San Francisco— diferenciábanse en un punto capital: la aceptación de bienes. Los claustrales teníanlos en común; los observantes practicaban estrictamente la pobreza; el resultado fué que mientras poseían los primeros hermosos conventos, llenos como colmenas, los segundos sólo pobres cenobios, émulos de la venta del Mal Abrigo y la casa de Poco Pan, y aun pordioseando; crearon porverbio: más pedigüeño que fraile observante.

Cisneros —por sí y sus comisarios—, ateniéndose netamente al espíritu y la letra de la regla, que prohibía *tener bienes aun en común,* se los quitaba de cuajo, aplicándolos a religiosas a quienes su pobreza no permitía guardar clausura, siempre que votasen observarla, y como las rentas eran crecidas, dieron para socorrer asimismo a parroquias y hospitales necesitados.

Y no paró ahí; ató corto a los frailes correntones, suprimió los zapatos y los trajes de suave jerguilla o estameña e impuso paño burdo y sandalias de esparto, expurgó de profanidades las celdas y, ni que decir tiene, fué inflexible en la rúbrica de *honéstate monachorum,* y, lo que más esoció a los laxos, sometióles al vicario general de la Observancia.

Lo llevaba a punta de lanza. Excomulgó a comunidades enteras, cerró conventos, quitó el hábito a algunos contumaces y los hizo salir desterrados de España. La reina, por su parte, contribuía a domesticar las cerreras ovejitas del Señor, y a las sobrado retozonas las encerró con siete llaves. El mucho desorden suele traer demasiado concierto, pero si rejas, ¿para qué votos?; si votos, ¿para qué rejas?

Los frailes andaluces —Custodia Hispalense— sometiéronse sin dificultad, salvo dos o tres casos recalcitrantes ; pero en Castilla y Aragón hubo que desalojar conventos por la fuerza, prodigar las a mata candelas y las *cessatio a divinis,* no faltando notas que, si pintorescas ahora, maldita la gracia que tuvieron entonces. Tal la fachendosa salida de los desobedientes claustrales de Toledo, en procesión y con cruz alzada, cantando el salmo *In exitu Israel Aegypto, y* la cazurrería de los de Salamanca, que recibieron a los comisarios reformadores salmeando cuatro horas seguidas en su iglesia con desentonadas voces, a fin de no oír la intimación, que, claro es, *no oyeron,* pues no hay peor sordo que el que lo hace de bellaco, y que cuando los sacaron *velis nolis,* clausurando el convento, corrieron las calles, armando la gran marimonera en amor y compañía con las damas de la mancebía... Los dominicos salmaticenses también la

hicieron buena; a éstos les dio por lo heroico, y, armados de todas armas, encastilláronse en su convento —doscientos religiosos y mil alumnos— y resistieron de poder a poder. Hubo que echarles encima una manga de ballesteros que les metió el resuello en el cuerpo.

Los menos malos de los expulsados buscaron refugio en las tierras del Papa, pero los bocaditos del diablo, los que tenían —y cuando le tenían— el cuerpo en la celda y el corazón en la plaza, viéndose destetados de las cosas que más gusto les daban, colgaron el hábito en la higuera y pasaron a Berbería a tornarse moros. No se perdió nada: vendían espíritu y eran todo carne. Por otra parte, el ganado que es del lobo, no hay San Antón que le guarde.

Pero Cisneros no era ningún doctrino, y esas alharacas le hacían apretar más la mano y andar listo. Así, cuando Lorenzo Vaca, abad comendatario del *Sancti Spirtus* de Segovia, anunció tenía buletos pontificios para recibir a cuantos quisieran volver a la Claustra, viendo los estragos que esto hacía entre aquella gente interesal y propietaria a quien ya tenía casi sojuzgada, sin pararse a mirar si las licencias eran o no auténticas —que todo podía ser, pues Roma se vendía al mejor postor—, mandó a un alcalde con cédula real para que le pusiera a buen recaudo. No debió de ser tan bueno —o el frailito resultó una anguila—, pues salióse del encierro y no paró hasta Roma, donde contó sus cuitas al cardenal Ascanio Sforza —hermano de Ludovico *el Moro*—, tratando a Cisneros de frailazo caprichudo y violento. Pensó el purpurado que todo lo que decía el pandero era vero, y fué con el cuento a la Silla Apostólica. Y, lo que es peor, el Papa le oyó, y aunque un año antes le había nombrado arzobispo de Toledo, mandó suspender la reforma por un breve del 9 de noviembre de 1496, que de sabios es cambiar de opinión. No se amilanó Cisneros, que conocía bien el paño, y al poco tiempo logró otro autorizándola de nuevo. Suponen algunos agujereapelos que medió dinero. Nunca estuvo eso de más en la Cátedra del Espíritu Santo, pero quizá ni hiciese falta, pues por aquel entonces (1497) Gonzalo de Córdoba era ya el *Gran Capitán* y había librado a Ostia, puerto de Roma, de las zarpas del pirata vizcaíno Menaldo Guerri, zorro viejo que se reía del Papa y sus excomuniones, apresándole cuantas naves entraban por el Tíber.

Corroboradas las bulas, Cisneros aguantó a pie firme el hachazo que le tiraron sus hermanos los seráficos de Italia en figura de fray Gil Delfini, general de la Orden, un polvorilla, que viendo cómo a los bienes de ésta se los llevaba Pateta, y encendida la sangre con las chismerías de los bergantes fugitivos, vínose para Castilla hecho un toro de fuego. |Se veían las caras fray Más y fray Menos!

El padre Gil tenía muy ligera la ira, y, azuzado por unos y por otros, descargóla nada menos que sobre la reina Isabel, que escuchó con excesiva mansedumbre

los ataques virulentos contra el "reformador intruso" y sus valedores. Sólo cuando acababa ya, le dijo con mesura:

—Padre mío, ¿pensasteis bien lo que habéis dicho...? ¿Sabéis con quién estáis hablando?

—Sí, señora; ¡con la reina de Castilla, que es polvo y ceniza como yo!

Y salió echando chiribitas. Sé le enfrió un tanto el genial cuando, en la puerta de la sala, sintió que un caballero aragonés —Gonzalo de Cetina— le tiraba del hábito y le decía pasito y con fiera catadura:

—Si lo que habéis dicho a la noble reina de Castilla en sus propios Estados se lo dijerais en Aragón, juro a Dios que os ahorcara con esa cuerda que lleváis ceñida.

Saludable le fué la lección al páter; amansáronse sus bríos, y aunque antes fanfarroneara *coram populo* "que no había de parar hasta hacer caer a aquel hombre (Cisneros) de la altura en que estaba a su primitiva oscuridad y miseria", tras visitar a fray Francisco —arzobispo de Toledo ya, que le recibió reverente y sin darse por entendido de sus pasadas bravezas—, volvióse para Italia sin hacer cosa mayor, diciendo para su sayal: "¡Hermanitos, a otro perro!"

La Claustra estaba vencida. Hasta 1510 duró la reforma, dominando rebeliones esporádicas y resistencias pasivas. En 1517, laxos y espirituales se separaron, bajo dos generales distintos. Tras de la tempestad amanecía, por fin, el santelmo.

LA MITRA TOLEDANA

Cuando el cardenal Mendoza sintió que el sol de su tarde era ya el sol de los muertos, y que las canas amortajaban su rostro, retiróse a bien morir a su casa de Santa María de la Fuente, extramuros de Guadalajara, pues no convienen pensamientos de vida en edad de muerte y quizá no tuviera fuerzas para dejar de caer con la hoja.

Allí pasó casi un año. Por las rejas y por la galería entraban los jazmines, las mosquetas, los azahares y el caro sol de Castilla. Llegó el agosto —frío en rostro— y la anual melancolía del otoño; las nieves después... Crecían sus ansias, dábanle unos sobresaltos tristes, el cansado corazón flaqueaba una vez y otra vez, y con estos despertadores de la humana miseria, vivía pared por medio de la muerte. No se engañaba, pues Dios le iba contando los instantes. Dictó su postrera voluntad, con generoso disponer de gran señor; agregó un codicilio nombrando albacea a doña Isabel y autorizándole para hacer y deshacer; confesábase casi a diario, y —lo que atañe más a nuestro cuento— se murió (11 de enero 1495), dejando vaca la mitra toledana; pero antes —en una visita que le hicieron— aconsejó a los reyes nombraran por sucesor suyo a fray Francisco, pues, hombre sin parientes poderosos, no era tan de temer como un noble de campanillas encaramado en la Sede Primada. Ya se dijo algo del don de profecía de don Pedro: por él no quedó; hizo —ya se ve— cuanto pudo para salir buen adivino.

Pero uno piensa el bayo y el otro el que le ensilla. Rey Fernando codiciaba la prebenda para un bastardo suyo, don Alonso, a quien a los seis años hizo arzobispo propietario de Zaragoza. La reina reservó sus pensares, y, por su parte, los deudos del finado tenían como en la mano la sucesión de tío por el sobrino, esto es, por don Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo hispalense. Al único que no se le pasó por el magín heredar obispando fué al que le encasquetaron la mitra en la cabeza: fray Francisco.

Cuando le consultó Isabel sobre el negocio, recomendó sin vacilar a don Diego: precisaba Toledo prelado de atuendo y rumbo, de clara sangre y rico parentado; aún hay más: agregó —equivocándose de medio a medio— que si hubiesen consultado a don Pedro, igual sería su sentir. De humanos es errar: ello nos viene del pecado original, según los teólogos; la cosa, pues, no se arregla con el tiempo.

Comprendió la reina que el difunto había dado en el clavo, y oyendo como quien oye llover al tuno de su marido, que no cejaba en lo del bastardillo, mandó un propio a pedir con urgencia y secreto las bulas para el franciscano a Rodrigo de Borja, vicediós en la tierra y que sabía, además, dónde le apretaba el zapatillo: exaltó al arzobispado más rico de la cristiandad a un reformador franciscano, y tres años más tarde mandaba quemar —después de bien excomulgado— a otro reformador —Savonarola—, siguiendo consejos de padres franciscanos... ¡Y todo por los ojos bellidos del rey de Francia, que se le coló de rondón en Roma! (A los hechos: el 20 de febrero despacharon las bulas de marras; el 31 de marzo se firmaba la *Liga Santa* entre España, Venecia, el Papa y el Emperador contra Carlos VIII, alias *el Cabezudo.* Garantía de esta alianza, según el uso de la época, fueron los matrimonios de Juan y Juana de Castilla con Margarita de Austria y Felipe *el Hermoso,* respectivamente, matrimonios que, como es sabido, torcieron los destinos de España: nadie sabe dónde la tiene.)

Ajeno fray Francisco a la entruchada, vínose a Madrid en su borrico a confesar a doña Isabel —pues corría la Semana Santa—, más destemplado y amargo que nunca por los berrinchines que le ocasionaban los hermanitos de la Claustra. Absolvióla, confortóla, etcétera, y tornó a su posada a disponer la partida para el convento de Nuestra Señora de la Esperanza, en la villa de Ocaña, donde quería pasar aquellos días y los pascuales, con mucha oración y meditación, y alguna paz, si le dejaban.

Pero otra vez salió verdad el refrán del caballito bayo: una cosa pensó el fraile y otra la reina de las Españas. A la posada vinieron a buscarle; fuese para palacio sin pensar en nada malo, y ya ante su alteza, tras parla sin sustancia, alargóle una bula pontificia. Tomóla el páter con respeto, la besó y la puso sobre su cabeza, según costumbre mora, tan divulgada entre cristianos que ha hecho refrán: la bula del Papa, ponía sobre la cabeza y págala en plata. Y no le iba mal el uso a aquel cigüeño cerrinegro que, tostado por soles, rajado con las nieves y envuelto en el pardo sayal, tenía el pergeño de un almohade desde la planta del pie hasta el cénit de la cabeza. Leyó después la garambaina del encabezamiento: *Alejandro, obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestro venerable hermano fray Francisco, electo Arzobispo Toledano.* Del susto se le cayó al suelo.

Alzóla la reina, y le dijo:

—Señor padre, si vos me dais licencia, yo la abriré.

—Esto, señora, no reza conmigo —y salió a espeta-perico de la sala.

Le oyeron marmear: "Tal disparate sólo se le ocurre a una mujer."

El carro de Elias hubiese deseado para huir de la quema; pero, a falta de cosa mejor, mandó albardar ' a *Benitillo,* y, provisto de una verdasca, se dio tan buena mano, con su acompañante y un fraile que de camino se les agregó, en eso de tragar leguas, "que —observa un cronista— no parece sino que les fueron dadas las alas del águila del Apocalipsis para huir a la soledad". Hasta Pinto —veinte y pico kilómetros —no les alcanzarán las gentes de palacio, y eso que llevaban buenos caballos. Traían orden real escrita y tuvo que volver, bien a su pesar.

Pensó la reina que con el tiempo y la reflexión se ablandaría, mas no sucedió así, y hubo que recurrir al Padre Santo, quien mandó nueva bula ordenándole, en virtud de santa obediencia y bajo pena de censuras, que aceptase *ipso facto* el arzobispado. Recibida en Burgos, allí le llamaron los reyes para entregársela. Obedeció esta vez, pues, al fin, se lo mandaba el que tenía el lugar de Dios; rindió su juicio y volvió, resignado, a ponerla sobre su cabeza, diciendo por tres veces: *Fiat!* Medio año había durado la pugna. La corte entera, empezando por los monarcas, le besó la mano.

Tras éstos, que iban a Cortes a Zaragoza, siguió Cisneros. Durante el viaje le consagraron arzobispo en la capilla de la Piedad, de los franciscanos de Tarazona; pero, embargado por las idas y venidas palaciegas, no pudo entrar en Toledo hasta dos años después, el 20 de septiembre del 97. En el entretanto, acompañó hasta Burgos a la reina, que iba a Laredo a embarcar para Flandes a doña Juana, después *la Loca* (22 agosto 1496), y casó en Burgos (11 marzo del 97) al principe don Juan con la archiduquesa Margarita, la princesa más bella que en sus tiempos hubo en la Cristiandad, según Brantóme, la cual se pintaba sola para despachar esposos juveniles: al heredero castellano y al lindo Filiberto de Saboya los evaporó en menos que cuesta contarlo. Menos mal que —segunda vez viuda— salióse por la tangente y amistó —dicen— con una dama de enorme hermosura, Laodamia de Fortiguerra... Pero volvió a las andadas en compañía de un gentilhombre

flamenco, que resistió como bueno. Yerros por amor, dignos son de perdón.

Entre fecha y fecha —más bien en invierno que en otoño— fué en romería a San Pedro de Cárdena, en busca de espectros gloriosos. Hizo quitasen del sepulcro del Cid "un gran cobertor de piedra, para le ver; y besó sus huesos, que eran grandes, más que del mayor caballero que en estos tiempos hay". Como se ve, el sepulcro del Cid no tiene llaves, ni hay quien se las eche. Bien empezaba el arzobispo. Allí, en tierra fría y pardilla, con cejas de verdor y sol cernido, nació su sueño de sojuzgar la Berbería, indudable sugestión del *genius loci.*

VIDA DE ARZOBISPO

Cuando consagraban al rey Wamba le salió de los cascos una abeja y voló hacia el cielo, augurio virgiliano de la dulzura de su gobierno. A fray Francisco, desde luego, no le ocurrió otro tanto, y los primeros en palparlo fueron sus católicas majestades, que creyeron, dada su sencillez de vida, sería razonable congrua unos cuantos millones de maravedises para aquel nuevo padre del yermo. (Un capón —y de los buenos— valía entonces veinte maravedises; catorce, una gallina; la fanega de trigo, cincuenta.) Lo demás para el real tesoro —casi siempre exhausto—, y los castillos y adelantamientos de la mitra, a la corona. Pero Cisneros les dijo en redondo se volvería —y con gusto— a su celda, mas que nunca aceptaría el arzobispado con menguas ni sisas. Y no cedió; tuvieron que convencerse que aquel hombre subía como incienso a Dios, sin torcerse a una parte ni a otra.

Cuando así manifestó a los reyes, corridas las cortinas, quién era, es de suponer cómo se produciría con los otros. Hizo tabla rasa de todo; reorganizó a su gusto el arzobispado, quitó y puso alcaides en las fortalezas y regidores en las villas.

La justicia empezó por casa; licenció familiares, pajes, palafreneros, la turbamulta de criados que poblaban la obispalía toledana. Llamó para que le asistieran diez frailes franciscanos —once con su hermano Bernardino, hueso éste que le dio harto que roer—. Los seráficos abrieron ojo, pensando que el arzobispado era huerto lleno de portillos e iban a llover mitras sobre la lechigada de familiares con cogulla. Quien vive de ilusiones, muere de desengaños; no obispó sino a dos, y a la larga: a fray Francisco Ruiz y a fray Diego de Villalón.

Y en cuanto a su persona, el sayal de paño burdo a raíz de las carnes o sobre una almilla de medias mangas, tan dura y tiesa que se tenía sola, y la llamaban los fámulos el *ganso aparado;* zapatos de apóstol, o séanse sandalias de esparto; las malas comidas y peores cenas; el dormir sobre tablas o en el santo suelo-Nada, naturalmente, de la pompa primacial: cruceros, caudatorios, maestresalas, reposteros, ministriles, locos, familia numerosa, lustrosa y dispendiosa, cual la de otros mitrados —y aun mitradillos— que se hacían servir los yantares a plato cubierto, y con salva, bebían a pasto del blanco y del tinto —y el agua vaya para el río—, holgábanse más de lo necesario en camas perfumadas y llenas de olores, gastando el patrimonio de Cristo en banquetes, juegos y en dar al diablo.

Fray Francisco era el revés de la medalla: escasez para sí y mano pía, larga y liberal en la limosna. Ni siquiera cambió de cabalgadura; en su asnillo iba tras la corte, sin juzgarlo desautoridad suya... Aquello no podía durar, y no duró; informaron al Padre Santo. Alejandro VI —ducho en humanas prudencias— se hacía cruces: este bendito era lo singular, lo insólito, la gallina blanca en el corral... Y se preguntaba si todos los lunáticos de la Cristiandad iban a florecer en su pontificado: fray Gerólamo, fray Francisco... En fin, vivir para ver. Los españoles querían un prelado de circunstancias; nada costaba complacerles. Le disparó un breve (15 diciembre 1495) ordenándole viviese con el fausto y boato que su nuevo estado requería, pues lo de la pobreza evangélica no había de tomarse tan a la letra ni practicarlo tan a lo vivo.

Obedeció el reacio; quitó siete de sus frailes y quedóse con tres y con su hermano; admitió por pajes vastagos de las familias más nobles del reino, rodeóse I de criados. Trocó, a ruego de la reina, *Benitülo* por i bestia de mayor prestancia: una muía parda, boqui-S sangrienta, orejiviva.

—Juro a tal —había dicho el vendedor— que no 1 hay tales cuatro pies en España; cien ducados vale como un dinero...

El arzobispo, algo socarrón, le dejaba decir. Sabía \ muy bien que quien quiera la muía sin tacha, que se 1 ande a pie, y la aceptó: alguna tenía que ser.

Con ella entró en Toledo; quiso hacerlo de noche, : por ahorrarse la recibida, pero el popular, los regido-: res y el cabildo dijeron que el primado entraría en la primada —su esposa, según los cánones— como mandaba Dios, a la luz del día, y no, como quien dice, a . cencerros atrapados. Tuvo que ceder; topó en los toledanos —ahora y después, como se verá— con la horma de su zapato.

El 20 de septiembro (1497), con poca compañía, avistó la ciudad. Como a tres tiros de ballesta salió, extramuros, la clerecía a recibirle y besarle la mano. Venía a la guisa en su cuatropea, con gran sombrero, sayal pardillo y zapatos cortados, remedando con ropas finas el hábito de francisco. Delante llevaba su cruz de plata —como arzobispo y primado—, la misma que el cardenal Mendoza hincó en las torres de la Alhambra. Por calles estrechitas, alcatifadas de flores, llegó entre júbilos a la iglesia mayor. Parecía como si todas las campanas se quebrantaran de repiques.

PARÉNTESIS DE LUTOS

Breves y con contera de pena fueron sus días toledanos. La noche de San Francisco, en amaneciendo (5 octubre), moría en Salamanca el príncipe don Juan, y tan sin tiempo ni ocasión, que de sus padres —a bodas de la princesa Isabel y el rey de Portugal, en Valencia de Alcántara— sólo Fernando alcanzóle agonizante. Isabel, tras un regreso angustioso, halló una tumba cubierta de brocado pelo, y a la cabecera, *Bruto,* su lebrel blanco y prieto.

A consolarles acudió el viejo arzobispo, quebrando una vez más su reposo:

—Tan presto se va el cordero como el carnero; mozos desreglados, sin concierto, a la primera van.

Buena falta les hacía a los padres, pues muchas cosas morían con el pobre príncipe, sevillano como *el Burlador,* pero tartamudo y vulgar... Pedro Mártir dice, sin rodeos, que le agotó su esposa; nada de extraño tiene; amor nunca dice ¡basta! cuando se es joven. Otros lo atribuyen a una caída de caballo, allá en Granada. No se contradicen ambas cosas. Ello es que se murió, y fué el primer guadañazo del destino contra los reyes gloriosos y triunfantes. Le llevaron —cumpliendo su último deseo— a Santo Tomás dé Ávila, el convento dominicano de donde salió Torquemada, labrado con dineros judíos, cristianizados mediante la confiscación. Allí, dormido, la espada en los pechos y juntas las manos, tallóle —harto lisonjero, como artista de corte— mícer Dominico Fancelli. Al conde de Tendilla ni le engañó ni le contentó: era "de mejor gesto que el que Su Alteza tenía".

Si no muy galán, sus gentes le querían: varios se metieron frailes a su óbito —tal Antonio de Guevara, nuestro gran escritor plateresco—, y hasta hubo un suicida, *San Pedrico,* mozo de espuelas, que se saltó los sesos dándose de calabazadas contra las paredes. Era de pocas chichas —de ahí el diminutivo— y un andarín famoso en toda Castilla, y "por echar el sello al mucho caminar, en un momento anduvo con el alma todo lo que hay desde Salamanca hasta el infierno", según un cronista no muy dado, por las muestras, al sentimentalismo.

Margot, la archiduquesa, quedó muy preñada; del mal el menos: podía venir heredero. Para esperarle con holgura y sosiego, para calmar la pena de la reina, fray Francisco ofreció las casas arzobispales de Alcalá, cercadas de murallas como una ciudadela. Isabel aceptó; en las desgracias es grato tener junto a sí viejos amigos, sobre todo cuando quedan ya pocos y han venido las canas. La viudita, con un rostro como una rosa, disimulaba la tristeza de su corazón. Allí pasaron otoño e invierno, y allí, antes de tiempo, nació una niña muerta. Segundo golpe del destino: bien vengas, mal, si vienes solo.

Y aun otro zarpazo aguardaba a los reyes. Quedó princesa heredera Isabel —por matrimonio, reina de Portugal—, y Castilla la juró sin reparos en Toledo (29 abril 1498), y en manos de Cisneros juraron ella y su esposo guardar las leyes de estos reinos. Para alcanzar lo mismo en Aragón, fueron las dos parejas reales a Zaragoza, a Cortes convocadas. Los aragoneses se opusieron: no podían jurar heredero sino a varón; menudearon dimes y diretes y no se logró nada. Surgió, al fin, una fórmula: la princesa iba pronto a parir; si era hijo, le juraban. Hijo fué; tiempo andando le bautizó Cisneros, y le llamaron don Miguel de la Paz, porque la ponía entre Portugal y Castilla. Hubo júbilos, músicas y coplas; repicaron las campanas, dispusiéronse luminarias para la noche. Y a las dos horas moría de sobreparto la princesa (23 agosto 1499). Se aguó la fiesta y disipó la alegría. Corrió el anciano a consolar a los reyes, y los halló llorando; Isabel arrodillada a la cabecera de la hija. Viéndola así se le cayeron los palos del sombrajo y rompió en sollozos. Dióle ella corazón, a lo leona: mortales eran, y habían engendrado a una mortal; sólo quedaba alabar a Dios por el tiempo de vida que graciosamente había

dado. Cisneros, vuelto a sus espíritus, aconsejó resignación, conformidad, alegando pertinentes lugares de la Escritura. Lo de siempre. Y ni se resigna ni conforma nadie.

Para alegrar al pueblo sacaron por las calles, en unas andas, al recién nacido. Algo se mitigó la pena, pues a rey muerto, ¡viva el rey! Pero el padre, don Manuel, partió la noche misma, a la luz de antorchas, hacia su reino, melancólico, con el rostro caído, sin gusto ni contento. Dejaba en aquel suelo la carne y el alma de una mujer hermosa, hermosísima, deseada en silencio tiempo y tiempo... Recordaba —ahora— sus besos boca a boca, sus celos falsirrisueños —pues los tenía risueños sobre tristes—, sus perezas y mohines de regalada en la cama, las tablas de sus muslos... ¡Ay ventura, cosa liviana y sin raíz...! Pesábanle mucho ls treinta años; quería morir... (No murió, sin embargo. Casó después dos veces, tuvo muchos hijos; llamáronle *el Venturoso* y *el Salomón de Portugal.* Reinó veintidós años, y su heredero pensaba que ya se comía el pan de los niños, que él era hijo de *Padre Eterno.)*

Y el último cuchillo, la última lanza de dolor, no se hizo esperar, definitivo, certero, golpe de gracia en suma. Y alcanzó a España, tras pasar a los reyes de claro; al año escaso (20 julio 1500), en Granada, murió don Miguel de la Paz. Desvanecióse la unión con Portugal, y el cetro hispánico pasó a las manos locas de los Austrias. Todo en poco más de dos años,

queste mundo, falaguero

es sin dubda;

porque más presto se muda

que febrero.

A VUELTAS CON LOS TEMPLOS VIVOS Y CON LOS TEMPLOS MUERTOS

Cisneros —hay que volver un poco río arriba— halló sobrado que reformar en su diócesis de ciento ochenta leguas a la redonda, sin contar Huesear ni el adelantamiento de Cazorla: cuatro ciudades, ciento ochenta y tres villas y trescientos veintidós lugares o aldeas, con muy buenas iglesias y curatos.

Un prelado tolerante y cortesano como Mendoza, mucho más tiempo con los reyes que con sus ovejas, apenas reparaba en tales menudencias y pecadillos; cobraba las rentas, repartíalas con mano liberal, y, en su escepticismo, sólo pedía a los hombres una cosa: discreción, y corriese el agua por los cauces antiguos, que innovar —en mal o en bien— siempre es malo a la postre. Cisneros, de alma más ardiente, los quería perfectos; se angustiaba por el malgastar de la hacienda de Cristo, por los malos ejemplos, por las carnalidades, por los vicios... Resumen, que su vida era una perpetua agonía y berrinche, y como bríos le sobraban y no era hombre para estar cruzado de brazos ante el desgobierno, entró cortando y talando, decidido a meterlo todo en caja. Logró mucho: cosas que parecían inconmovibles fundiéronse bajo su mano; corruptelas veteranas, pecados que, de viejos, estaban ya olvidados, los arrancó de cuajo; moralizó el clero secular, sin abandono de la reforma monástica —asunto peliagudo, entrando ahora en la fase de las triquiñuelas y pelitriques legales— ni las fábricas religiosas de su mitra.

Realizó además, por entonces, obras de gran aliento en la catedral. Amplió a dos naves la capilla mayor, que resultaba angosta, e hizo labrar para ella, en madera de alerce, que pasa por incorruptible, un hermoso y grande retablo de la vida de Cristo, colocando a ambos lados, en dos enterramientos de gusto gótico —bien cargados de oro y blasones—, obra de Copín de Holanda, las efigies y urnas cinericias de los monarcas e infantes que yacían en la capilla de la Santa Cruz o de los reyes viejos, unida a la mayor tras la reforma.

Como se ve, desplegaba igual celo en los templos vivos —los sacerdotes— y en los templos muertos —las fábricas—; pero los unos no eran tan dóciles como los otros.

Lo primero con quien tropezó fué el Cabildo primado, gente rica y de alcurnia, amigos del fausto y de no dar cuentas a nadie de sus pasos; conciencias de teólogo, que entraban por todas como la romana del diablo. De cómo andaba la clerecía entonces, baste saber que en el Concilio de Aranda —en tiempos del arzobispo Carrillo— se dispuso, entre otras cosas peregrinas, que los sacerdotes dijesen misa, cuando menos, cuatro veces al año. Se echaban la casulla encima como si fuera una marlota para ir a jugar cañas, celebraban en un periquete, y ancha es Castilla, y todo el monte orégano. Esto no se inventa aquí, se dijo en pulpitos, y en tiempos mucho más rígidos que los de Cisneros. Y el Cabildo toledano se llevaba la palma. De su soberbia y arrestos dará idea el que se opuso a la misma reina cuando quiso erigir —cumpliendo la voluntad del muerto— el sepulcro del cardenal Mendoza en el presbiterio del altar mayor. (Claro es que no les valió a los prebendados, pues Isabel, harta de dar razones, mandó derribar una noche el muro que impedía la obra, y nadie se atrevió a abrir el pico.)

Al saberse la elección del nuevo arzobispo, el Cabildo, muy ceremoniático, comisionó a dos canónigos, Francisco Alvar y Juan de Quintanapalla, para felicitarle. Cisneros, agradeciendo la fineza, aprovechó la coyuntura para endilgarles una plática sobre sus intenciones de reforma eclesiástica: convenía se sometiesen a más estrecha disciplina, practicando la antigua *vita communi,* según la regla de San Agustín, sobre todo los semaneros, y él, a su costa, les fabricaría sendas celdas junto al templo. Y puso manos a la obra: en el claustro alto, que da al patio interior, empezó a construir habitaciones a porrillo. Los cabildantes, con el discurso y la

obra, se escamaron: de ésta les enchiqueraban. ¡Adiós el vestir lo precioso, comer lo sabroso, gozar lo deleitoso y poseer lo honroso! ¡Adiós los entonamien-tos y vanidades y las dormidas con buena moza! Reuniéronse en conventículo a tomar providencias, pues la cosa urgía, y ya pensaban que el río se llevaba el ojo de la puente. ¡Y no eran nadie! Un pueblo entero: catorce dignidades, cuarenta canónigos, cincuenta racioneros, cincuenta capellanes y veinte canónigos extravagantes. Había que precarverse del prelado que entraba en paz, como el caballo de Troya, y dentro traía solapadamente la muerte.

Decidieron irse en alzada nada menos que al Padre Santo, y don Alonso de Albornoz,, hombre audaz y solerte, partió para Roma secretamente. Tal, por lo menos, se figuraron; pero bien comidos y calentones, quién más, quién menos, subióse a quebrar pulpitos, y no debió brillar en el conclave la prudencia, que es, según San Bernardo, abadesa de las virtudes. El caso es que Cisneros lo supo y acudió prestamente con el remedio: una orden de los monarcas para detener al viajero. No fué posible; habían salido ya del puerto de Valencia. Tras él partió a vela y remo una galera real; le ganó el barlovento, llegando a tiempo para prevenir al embajador Garcilaso de la Vega. Y cuando Albornoz desembarcó en Ostia, topóse con su excelencia, que le convidó a cenar. Terminado el ágape, le dijo, con mucha cortesanía, tenía orden de volverle a España por las buenas o por las malas. Ante tal manera de razonar, que en griego se llama dilema y en latín *argumentum cornutum,* por lo mucho que aprieta al adversario, el canónigo bajó la cresta: Garcilaso era hombre para todo; urdía tramoyas diplomáticas y asaltaba *castillos con mejor ventura que su hijo el poeta.* Vínose, pues, para Toledo, bien acompañado, y le costó la escapatoria, amén de una filípica cisneriana, dieciocho meses entre prisiones y destierros.

El Cabildo cogió miedo, comprendiendo que con el novel arzobispo no valía burlar, pues tenía pesadas burlas; pero fray Francisco pensó para sus adentros no era bueno extremar rigores, y no llevó adelante lo de la vida en comunidad —fray Hernando de Talavera la había impuesto a los cien canónigos y racioneros de Granada—, pues el que manda ha de saber, como buen piloto, trocar las velas con los tiempos. La obra del claustro —unida a las casas arzobispales por una *cavalcavia*— sirvió para alojar a los reyes cuando éstos iban a Toledo.

"EL CAÍN DE ESTE SANTO ABEL"

Así gastaba sus días este hombre combativo y generoso, a quien por su inteligencia y fuego comparaban los contemporáneos a Agustino. Y no iban mal; igual ardor, igual vista clara. Buen español —sene-quista, estoico en lo puro de su alma—, practicaba ascetismo entre lujos y riquezas, desdeñoso para sí de bienes: una túnica remendada, unas tristes sandalias; almendras, avellanas, arrope y buenos tragos de agua clara. Éste hubiese sido su ideal, su anhelo. Ya se dijo que Roma le obligó a vivir con la pompa pertinente a su estado, y así lo hizo, al exterior cuando menos, por muestra de acatamiento y reverencia. Vistióse pieles y sedas, prefiriendo las de tono pardo —el color de su Orden—, pero sobre el sayal frailesco y el cilicio.

Como toda vida destacada, cuajó sus perfiles en anécdotas. Predicaba en su presencia un franciscano de los reformados a su pesar —el padre Contreras—, y asiendo la ocasión por el copete tronó a lo espanta-pueblos contra el lujo de los prelados, apretando en el capítulo de la gula, pues —a su decir— era como el abad de la Madalena, que si bien come, mejor cena. Cisneros aguantó paciente la cellisca, y acabada que fué, topó con él, cual por azar, en la sacristía, asióle del hábito, le miró a los ojos, y desabrochándose sirgos y martas mostróle el sayal, y, además, le convidó a su mesa, llena y cumplida, pero donde el buen bocado no le cataba el arzobispo, sino sus comensales.

Ésta, de traje y yantares; ahora del lecho.

En su alcoba tenía una pomposa cama de estado, rica en damascos y linoy; pero escondida bajo ella, una tarima de tablas con ruedecillas. Allí dormía, sin más aderezo, y a la mañana deshacía la muelle, ingenuo ardid que no engañaba a sus criados. Lo comprendió, y echólo a burlas.

—Esta cama de respeto es la del arzobispo, y esta otra, la del fraile.

Como si los huesos del fraile no fuesen los del arzobispo.

Y otra del sueño, ligero y abreviado, a lo liebre. Fué en un viaje por tierras cismontanas, pasado Despeña-perros. Posó en una de esas ventas blancas y sobrias, con poyos a cielo abierto, donde los ojos se cierran a fuerza de contar estrellas. Viejo, muy viejo ya, casi en las postrimerías, sus desvelos eran muy largos. Insomne, levantóse para hacer camino con la f resquita, cuan do apenas la media noche declinaba hacia el día —por los augurios del tempero— sereno y claro, día de Dios, como decimos en España. Buscó a sus gentes, y despertó —con algún sornavirón, pues era vivo de modos-al literero, quien dormía muy a gusto lo duro de una jornada por malos caminos.

—¡Levantaos de allí, que ya es tarde!

Y el otro, que era mozo de humor y lengua presta díjole regostando el calorcillo de la yacija:

—¡Cuerpo de Dios! ¿Soy yo acaso como vuesa señoría, que no hace más que dar una sacudidura como mastín mojado y ceñirse una cuerda?

Su celo se hizo pronto sentir. Tras los bienes espirituales vinieron los temporales, por añadidura; en pocos años dobló las rentas del arzobispado, que eran de por sí enormes, de diezmos: treinta y cinco mil fanegas de trigo, treinta y un mil de cebada, cuatro mil bien corridas de centeno, más once cuentos y medio de mará vedises por otros capítulos.

Y no es que mezquinase; pecaba, por el contrario, de liberal. Partidas en cuatro quiñones, dedicó dos a pobres, uno al gasto de casa y el otro a obras diversas: fundación de hospitales, pósitos y conventos, estampación de libros, becas para estudiantes...

Vida sobria y discreta en que no se perdía paso ni derramaba el pensamiento. Gran madrugador, a las dos de la mañana estaba muchas veces en pie. Meditaba, rezaba, decía misa de alba —casi siempre con estrellas— asistido por dos míseros franciscanos. Confesábase casi a día. Y al trabajo, pues era de tan gran viveza que todo lo quería hacer por sí y que pasara por su mano. Para no perder el tiempo hasta se afeitaba de noche, y mientras maese Silvestro, su barbero, trasgueaba con brochas y bacías, leíanle un poco de Biblia.

A las siete empezaban las audiencias. Todos podían llegar a él, y, aparte de las gruesas limosnas repartidas periódicamente, respondía a los memoriales menudos de los pobres como debe responderse, con dineros a toca teja. Ahora que no se hacía de miel. Recibía en pie, lo cual quería decir que los demás no se sentasen. Tras una larga mesa iba y venía, Biblia en mano. Cuando lo oído y contestado le parecía suficiente, abría el libro y empezaba a leer. Lo mismo, sólo que al revés, que el león veneciano de San Marcos, quien, cuando se cansaba de oír a un embajador, cerraba el libro. Así hasta las once. Trancada entonces la puerta, reunía a sus pajes para tomarles la lección, lo mismo que un dómine. De ellos salieron algunas buenas cabezas: Juan de Vergara, el humanista; Alonso de Orozco, excelente escritor de ascética en latín y romance, y Fernando Valdés, inquisidor andando el tiempo.

Ni aun durante las comidas sosegaba. Bien le leían libros santos, bien sus invitados habituales, canonistas, teólogos y escriturarios de nota —nada de *Petrus in cunctis* ni celebridades de medio pelo—, peritos en el arte de decir, mantenían controversias sobre los puntos más remontados de sus Facultades. Oía y callaba; siempre hablaba poco, lo cual daba un singular relieve a sus palabras. Tales simposios se hicieron famosos entre la Cristiandad docta.

Por la tarde tampoco reposaba. Caían los negocios de la diócesis, extensa como un reino, y los mil y mil proyectos y obras en que siempre anduvo metido. Tras breve cena, se recogía a dormir en su tarimilla.

Parece que tal vida no había de despertar ni envidias ni rencores; pues fué al revés. Los franciscanos de la Claustra —por la reforma y por las pocas distinciones que repartía en la Orden— no le perdonaban. Y aquí surgió el Caín, su hermano Bernardino.

Andaba por tierras de Navarra buscando pan de trastrigo; a la vuelta supo la entrada de Gonzalo en la Observancia, y no teniendo cosa mejor que hacer se metió también de fraile, ahora que no estaba todavía harto de carne, como el diablo del dicho. Inclinóse hacia la Claustra, regla de manga ancha, y en un principio todo fué bien, tanto que su hermano, al ser promovido arzobispo, le incluyó entre los religiosos que trajo a su lado. Era "de genio desembarazado y casero", es decir, confianzudo y campechano, y además violento y duro de mollera. Alvar Gómez de Castro —el gran historiador cisneriano—, que le vio en Alcalá ya viejo, no es muy adulador en la semblanza: alto, robusto —pero consumido—, rostribermejo y arrebolado, corva nariz, ojos hundidos... Lindo talle para trasgo o dominguillo de higueral.

Sinsabores no le faltaron con él: mezclábase en el gobierno de la casa, desmoralizaba a los criados con confianzas y rigores intempestivos, hacía el mandón, en suma, como si todo fuera suyo. Cuando el hermano le llamaba al orden, subíase a las bovedillas y llovían lindezas y asnalidades sobre la testa arzobispal, y luego se marchaba a roer su rabia a un convento escondido; cuando se desfogaba, sentía soledades de las ollas de Egipto, y volvía a palacio muy mansamente, como si nada hubiese hecho ni dicho.

Sin embargo, también le sirvió alguna vez. Casado el otro hermano, Juan, con doña Leonor Zapata de Lujan, sobrina del conde de Barajas, Cisneros les ayudó, no mucho, pues siempre fué muy parco en dones con los suyos. Quiso labrarles casa en Torrelaguna, y mandó al vendaval de Bernardino, y tan buena maña se dio que en menos de un año tenía el matrimonio nido, y el mejor de la villa. Quizá fuese esto lo único aprovechable que hizo.

En una de esas escapadas, desabrido, zahareño, lleno de agrazones el alma, aportó a Guadalajara. Trazó allí un libelo contra su hermano, destinado a la reina; lo supo aquél, y como lo que más sentía en el mundo era que le hiciesen perder su afecto y gracia, mandó aprisionarle y recoger el manuscrito. Así se hizo; del despecho y la envidia que le molía el corazón enfermó nuestro fraile. Pasó dos años ahora caigo y luego me levanto; quizá saliese de la prueba algo lunero.

El hermano empezó a ver claro: no tenía remedio, y cada vez sería peor, ya que el lobo empeora según envejece. Por ello resistió a la conciliadora mediación de los reyes; el caso no tocaba a su persona, sino al crédito y dignidad primacial, y en rozando puntillos de preeminencias eclesiásticas era inflexible, y no había más Dios ni más Santa María.

Pero Bernardino —es decir, los franciscanos— debía tener buenas aldabas en Roma. Escribió (1498) al papa Borja, pidiéndole, arrepentido, permiso para retirarse a una ermita en los campos con tres o cuatro compañeros a seguir al pie de la letra la regla de San Francisco. Alejandro VI le otorgó en un breve. Vencieron los seráficos; entonces en gran predicamento *ad limina apostolorum.* (El 22 de mayo del mismo año ardía en Florencia Savonarola —el dominico, rival por ende— y arrastraba sus cenizas el Amo.)

Cisneros transigió, admitióle de nuevo en su casa —lo de la ermita era una buena maula—; pero le tuvo ya entre ojos. No le faltaba razón, según va a verse.

Enfermó a poco de unas fiebres muy ardientes y congojosas que el tuvieron largos días en cama. En el ínterin substancióse una causa entre una casa rica —amigos de Bernardino— y una mujer pobre o empobrecida; la vara de la justicia se torció una vez más y falló a favor del poderoso. La infeliz, desesperada, con el mal perder del que lo pierde todo, logró, arrollando a cuantos se lo impedían, llegar al lecho de Cisneros y contarle su cuita. Cobró como por ensalmo fuego el rostro mustio. Se hizo traer los autos, vio la injusticia, anuló la sentencia, depuso a los jueces y resolvió dar a Bernardino una lección que no se la olvidase; pero primero quiso oírle. Alejados los suyos de la cámara, le mandó entrar. La entrevista fué dura, pues se cruzaban dos caracteres violentos. Cisneros, con la razón de su parte, no cedía nunca; el Gonzalo, el ricohombre empobrecido y orgulloso, sólo murió para lo que a sí atañía, para las razones de carne y sangre, que se dice en ascética; en lo referente a intereses más altos, puestos por encima de lo humano, vivió siempre erguido, retador, como una efigie ecuestre. Reprochó, recriminó, amenazó... Tropezaron el Caín y el Abel —valga la alegoría del cronista— y, los ojos sangrientos, lleno de ira el corazón, fuese el jayán contra el enfermo, le echó al cuello las manos garrudas y apretó hasta que el otro cayó desmayado, perdidos pulso y color. Ira de hermanos, ira de diablos, o alheña —rojo, sangre— en manos, que hay dos refranes para el caso, como si no bastara uno.

Muy pasito salióse de la alcoba; dijo a los servidores que no entraran ni hiciesen ruido, pues el arzobispo dormía, y fué a esperar lo que viniera, encamado como liebre. Pero un pajecito —Fulanillo Avellaneda— oyó la riña, y algo debió de chocarle en Bernardino, pues, desobedeciendo la orden, entró de puntillas, dio voces, vino gente...

Tras largo paroxismo volvió en sí: lisa y llanamente contó lo sucedido, sin atenuar ni paliar nada. Cazaron al golondrino, y, trincado muy lindamente, le llevaron al convento francisco de Torrijos, pues Cisneros le perdonó la vida, que si no le cuesta trece buenas saetas en el pecho. Allí le recibieron bien; menudearon los pan y agua y los palos de hurtamano. En fin, Abel se apiadó y escribió al guardián le tratasen benignamente; pero le dejó a la sombra. Intercedieron unos y otros, el rey Fernando, *la loca del Sacramento* —doña Teresa Enríquez—, para que la libertara. Así lo hizo, y aun le asignó ocho mil maravedises de renta al año, pero a condición de no verle jamás. Aquí hizo raya el amor fraterno, hasta aquí pudo llegar; cierto que una mala hora cualquiera la tiene, y se cae de viejo que en este mundo no hay Abel sin Caín, ni Cristo sin Judas; pero Cisneros era, al fin, barro humano, y Dios no pide imposibles. Harto hizo.

HACIA GRANADA

En paz estaba el arzobispo —si es que su genio le dejaba estarlo alguna vez—, en paz y en ocio, y como los ocios del discreto son siempre fecundos, planeó un dechado de Universidad abierto a todos, no coto cerrado de la riqueza: demasiado bien sabía cuan cuesta arriba se les hace el estudio a los pobres.

Quiso emplazarla —dicen— en Torrelaguna. Con rara unanimidad se opusieron los lugareños: los estudiantes les comerían las uvas de sus viñas; era muy asna aquella gente y hubo que buscar tierra menos inhóspita... Pensó el primado en Alcalá de Henares, villa suya, donde pasaba largas temporadas, su residencia habitual casi. Tampoco allí lo vieron con buenos ojos, pero esta vez era el amo y no cedió en su pugna de siempre contra la "dagnosa ignorancia", obsesión en su vida y bordoncillo en su hablar.

Pidió para Compluto al Papa iguales privilegios, libertades, prerrogativas e indultos que los gozados por los colegios de Salamanca y San Clemente de Bolonia. Rodrigo Borja dijo amén.

Bendijo y exorcizó el solar antes de poner la primera piedra. Quería Universidad moderna y eficiente; en lo material, nada de casticismos cerriles: escoger lo mejor, fuese donde fuese. Lo era París, y según la de allí, se trazó la alcalaína.

Ahora que sólo fué torre de viento por entonces. Cosas más graves y más urgentes estremecían nuestra España: la pugna de cristianos y moros surgía otra vez en Granada y su reino, males conllevaderos sin el peligro del Islam berberisco, tan próximo, y los turcos, tan valientes, afortunados y ganosos de gloria.

Las capitulaciones con que se rindió Boabdil todo eran flores: conservarían los vencidos religión y lengua y su vida de siempre. Dulces promesas, fáciles sobre el pergamino, difíciles de sostener un día y otro día entre pueblos rivales, saturados de espíritu religioso.

Los vencedores procuraron cumplirlas: el brazo secular y el eclesiástico fueron piadosos. El conde de Tendilla —hijo del marqués de Santillana— tenía la alcaidía de la Alhambra; fray Hernando de Talavera inauguró el arzobispado (octubre 1493). Política de mano blanda, en suma: tolerancia, esquivar conflictos, dar siempre largas y esperanzas. Ambos se entendían bien: según Pedro Mártir, eran un alma con dos cuerpos.

El conde —capitán tan afortunado e incansable durante la guerra que sólo su nombre aturdía y pasmaba a los granadles—, la paz llegada, y quizá antes, sintió el hechizo de la morería: recibía en la Alhambra, tendido en alfombras, con mucho regalo de cojines de brocado y seda; vestía casi a lo moro; hablaba algarabía (también latín, pues era muy docto y de linda crianza, como hijo de papá). Su guardia montaba a la jineta...

Fray Hernando no le iba en zaga; vero apóstol, repartía limosnas abundantes, buscando levantar el ánimo descaecido de los desgraciados, que veían su patria deshecha, sus familiares, en muchos casos, muertos, arruinada su hacienda. Procuraba apartarlos de la holganza, dábales mimbres y espartos para que tejiesen cestillos y sogas, encauzábales otra vez hacia sus menudos oficios: alfares, bulerías, tornos de seda, y hacia la tierra, que ahora no era ya suya...

Los quería cristianos, cierto —¿cómo había de quererlos un fraile, y encargado de cura de almas ?—, pero sin olvidar que Dios más usa —y gusta— de la suavidad de su providencia que de la eficacia de su potencia; de su casa nunca salían sin consuelo y remedio y, si pobres, con el seno vacío. Viejecillo, y tan consumido que afloraban los huesos bajo la piel, su ancianidad era benévola y alegre: gustaba de que sus *zambras* y *naúbas* tañesen en las iglesias y las procesiones; decía *ibara ficu* —(Dios) te bendiga— en vez de *Dominus vobiscum...* Aprendió

árabe vulgar —lo que aquellos pobrecillos hablaban— y le hizo aprender a sus predicadores y misioneros, y publicó en él un catecismo, compuesto por fray Pedro de Alcalá. Avezados al duro trato de sus reyes, tras las tristezas y despojos de una guerra perdida, persuadiéronse pronto que aquel hombre era de alguna pasta de los cielos, le veneraban, llamábanle el *Santo Alfaquí.*

Pero no todo el mundo son idilios, cama de novios blanda y sin hoyos. Quizá los infelices, los que nada tenían, incluso ganaran al cambiar de sueños; pero los otros, los de sangres orgullosas, los bienhallados antes y ahora cortesanos de la desgracia, guardaban en el alma heridas, tras de las que en su carne hicieron las lanzas cristianas: nadie las curó —ni podía— ni ellos querían que se les curaran.

Consecuencia, hubo sublevaciones parciales, que castigaron con mano dura los alcaldes y justicias de los reyes: ajusticiaron muchos y, descuartizados, repartiéronlos por los caminos, "de tal manera, que los pusieron bajo el yugo del temor y obediencia que convenía", dice Fernando del Pulgar. La sangre salpicaba, pues, sus conversiones; los morillos se erguían; sin embargo, fray Hernando no se desanimaba, pues no se seca ni marchita tan fácilmente la esperanza de los santos.

Pero los reyes no volaban tan en altanería y sintieron recelos; las piraterías y entradas en tierra cristiana —guiados por los granadles que pasaron al África— menudeaban: la costa del reino recién conquistado era una puerta abierta a temibles contrarios heridos de odios envejecidos. Había que separar para siempre los moros de aquende y los de allende; gente de la misma raza, de iguales gustos y pasiones, sólo la religión podía dividirlos: convenía, pues, cristianizar, y de prisa, sin tantos escrúpulos y lenidades.

A esto fué Cisneros —el que besó el sepulcro del Cid— a la ciudad de alma mora, donde, ya se ha visto, no estaba tampoco la tierra para almáciga de claveles.

"DELLO CON DELLO, DEL PAN Y DEL PALO"

Llegó Cisneros a Granada en junio del 99. La ciudad había pronto y bien restañado sus heridas bélicas, pues los reyes nuevos favorecíanla con todo amor; en lo materia), bajo aquel gobierno estable y llano, era más venturosa que con los últimos sangrientos régulos nazaritas. Conservaba íntegra su espíritu; reían sus plazas; a través de *mucharabís* zurcidas de jazmines, las cámaras olían suavemente; por las calles estrechas, la voz de ocultos surtidores y caños acompañaba las pisadas, y los jardines y los copiosos huertos de higueras y naranjos, enclavados intramuros, prestaban nido a las avecillas que cantan con la primavera. Decían los almuédanos chillones *alidenes,* y los juglares de zoco sus cuentos picarescos, con salsas de mímica endiablada, no lejos del convento de la Santa Cruz o del *Sancti Spiritu,* mientras en una glorieta, entre muros pintados de verdes claros y carmines muertos, un corro de cristianólos —hijos de conquistadores— cantaban a un sol alegrín, humedecido aún por el calabobos:

Sal, sol, sólito,

y estáte aquí un poquito...

Ambos arzobispos trabajaron de consuno en la mies de las conversiones: tras los desastres, cuando todo se hunde, abundan los descontentos del Dios y del César. Ya se habló de lo logrado por Talavera; Cisneros, sin lastre de escrúpulos y más inteligente y conocedor de los hombres, multiplicó al ciento por uno la cosecha de catecúmenos: de junio hasta diciembre se bautizaron setenta mil. El cómo ya se verá.

Vencidos, pobres, imaginativos, tibios en sus creencias... ¡a ellos, con dádivas!, que manos generosas son manos poderosas, y liberal lo fué Cisneros siempre. Nube de predicadores, por él pagados, cayó sobre Granada y su reino; en persona sermoneaba de lo lindo, y dio en una treta que no se le pasara por el magín a fray Hernando; reunía muy a menudo a los más sabios alfaquíes, y de bueno a bueno, pero sacando todos los filos y agudezas de su ingenio, les hablaba de religión, arrimando el ascua a su sardina, ni que decir tiene; y como sabía bien la tierra que pisaba, sobornaba con mano liberal, reforzando sus teologías con presentes: turbantes, almolafas, aljubas... Tenía el ánimo rico, aunque no tuviera rico el tesoro, pues hubo de empeñar, para estas larguezas y la soldada de los quiebra-pulpitos, las rentas de su arzobispado hasta Dios sabe cuándo. Pero sacó adelante su propósito; varios alfaquíes de campanillas se hicieron de los de Cristo, y tras ellos mucho pueblo, que siempre es tornadizo. En un solo día bautizó cuatro mil hisopo en ristre, pues hubiese sido congojosa obra echarles agua por colodrillo a aquellos imitamonos, amigos del sol que sale.

Fray Hernando —hombre benigno y de larga espera— se alarmó: mejor sería ir con tiento, dar tiempo al tiempo, no fuese a ocurrir algún desavío; fray Francisco —a quien le gustaban las misas de cuerpo presente— dijo que nones, "pues se perdían cada día muchos moros comprados con la sangre de Cristo", y como era terco e imperioso, se llevó el gato al agua.

Ya sabía lo que se hacía; los morillos —como todos los hombres— eran amigos de vivir entre dos aires y nadar entre dos aguas: su Dios no les había defendido; buscaban otro más fructuoso... Por las noches, a la puerta de sus casuchas, cantaban al son de adufes y jabebas coplillas socarronas:

Agora venir el rey Fernando

a ganar a todo lo mundo;

arzobispo de Garnatha,

cara de oveja y carne de cabra;

arzobispo de Toledo,

dar caperuza, y cristiano luego,

para ganar a todo lo mundo….

Tras los sermones vinieron las campanas, las "campanas malditas"; los reyes habian fundido más de un centenar años atrás; pero, aunque repartidas por los conventos, parece no se resolvieron a montarlas; Münzer (1494) vio varias en el jardín de los Jerónimos. Cisneros, que tenía gallardos arrojos, no se arredró, y desde sus nidos de piedra picaron y repicaron de lo lindo; le costó un remoquete pintoresco: el de *Alfaquí campanero...* ¡Y bien que campaneó a los que no querían por las buenas olvidar al Profeta, pues los dejos y fines de aquel hombre fueron menos risueños que sus principios!

Talavera recelaba: aquellas conversiones corrían peligro de no ser sinceras, sino interesadas e hipócritas. Cisneros le salía al paso: tanto montaba, que bien sabía él besar muchas manos que querrían ver en boca de alanos; los padres quizá fueran así, pero los hijos serían, de juro, cristianos a maza y escoplo: disimularían con ellos, por el fruto gustoso que de estas raíces amargas se coge.

En el fondo, halagaban a todos; los reyes, al volver a Sevilla en noviembre, tras su estancia en Granada, animaron el celo de los prelados evangelizadores; política y religión dictaban lo mismo: cuantos más cristianos, y cuanto antes. No se olvidan en ocho años ocho siglos de dominio; aun sojuzgados eran muy de temer. ¿Que estaban abatidos e inermes? Ojo avizor, pues no es tan viejo el moro que puñalada no diera si ocasión tuviera. Y con tan católicas ideas se fueron los Católicos a pasar el invierno a Sevilla, ciudad de buen edificio y buen cielo, buscando un poco de alegría para sus penas y clima suave para sus trabajados huesos. "¡Sevilla para el regalo!", que dice el cantar.

Y mientras tanto, la cristianización crecía por horas, entre la gente popular sobre todo. Otros, sin embargo, tenían al Dios viejo muy metido en su alma en carne viva, y los felices éxitos del arzobispo les refrescaban sin cesar la llaga. Surgieron esporádicos alborotos y protestas, que hubo que reprimir encarcelando a los díscolos, cosa perfectamente lógica; pero Cisneros, fiado en su todopoderío, extremó la nota echando a las prisiones una jauría de sabuesos tonsurados para que por la fuerza les metiesen el catecismo en la cabeza. Menudeaban las palizas a puerta cerrada, y salían de las mazmorras cristianos tan fervientes que eran una bendición de Dios.

Y como en la Casa del Señor no hay acepción de personas, tampoco allí; testigo fué, por su desgracia, Zegrí Azaator, caballero muy calificado por ambos abolorios, y de la sangre real nazarita nada menos. Le echaron el guante, y cayó en las garras de un limosnero del primado, Pedro León, "que conformaba el nombre con el fecho". Este tal, tan mala vida daba a los presos que en cuatro o cinco días desaparecían sus escrupulillos y apostataban.

Zegrí era valiente y listo: aguantó más, le cargaron de hierros y cadenas, hacíanle dormir en el suelo de ladrillos, previamente regado, y poco pan y mucho palo... Y ni se convertía ni pillaba unas cuartanas, que era lo natural.

León se tiraba de los pelos ante su primer fracaso catequístico. ¡Hombre soberbio que sólo en sus puños fiaba y en los milagros del garrotazo y tente, perro, sin caer en la cuenta que el que cuenta sin Dios no sabe de cuentas! Y Dios —Alá por lo menos— terció en el asunto. Pasados veinte días, Zegrí empezó a pensar que no tenía hueso que bien le quisiera y que

aquella vida no era para llegar a nietos, y una mañanita dijo a su cancerbero quería hablar con el alfaquí grande de los cristianos. Del respingo se le fué a Pedro León el bonete por el occipucio, y sin más palabra consultó el caso, y dada la anuencia, le llevó ante Cisneros, pero cargado con los dijes de marras, sin perdonar uno.

Recibióle afable en su estrado; pidió el moro le quitasen grillos y guadafiones, y una vez libre contó que la noche antes se le había aparecido Alá, ordenándole cristianar, y aprisa. Fray Francisco le oyó con gozo —¡ya estaba el gato en la talega!—, y el feróstico, mirándole de rabillo, se relamía de gusto: no marraba una. Y aquel día estaba de suerte; Zegrí no hacía las cosas a medias, y le loó ante el amo con una chuflilla algo zaina: "valía un valer, era tal que si su señoría quería que todos se volviesen cristianos que se los entregasen a aquel su león".

Rió el arzobispo, que conocía demasiado bien al pájaro; quedaron todos amigos, y por sí mismo le instruyó y bautizó, poniéndole Gonzalo, pues sentía gran cariño por su ya tocayo el de Córdoba, contra el que tantas veces peleara en la Vega diez o doce años antes, cuando los dos eran más mozos. Gonzalo Fernández Zegrí se llamó en adelante, y fué tan buen cristiano que todos —hasta el gran Pedrillo— tragaron el milagrón de la visita de Alá.

CANDELADA EN BIB-A-RAMBLA Y MUERTE EN EL ALBAIC1N

La corona que fray Francisco puso a su catequética fué una gran lumbrarada en Bib-a-Rambla, plaza no muy espaciosa entonces, inmediata a la puerta del Arenal, que le dio nombre.

Ardieron muchos libros arábigos, de cuatro a cinco mil requisados en la ciudad; se exageró la proeza: hasta un millón elevaron su número los aspirantes a canonizarle en Roma. Al *advocatus diaboli* del proceso se le hicieron muchos.

No fué palo de ciego, sino cosa pensada y repensada, resultante de un plan férreo para descuajar el islamismo; pero es indudable que procuró librar cuanto de la cultura no tenía matices religiosos. Un senado de al-faquíes asesoró a Cisneros: medicina, ciencias, filosofía quedaron en salvo y hasta —lo que hoy reputaría peligroso un dogmatista del nacionalismo— los libros de crónicas, alma profunda de los pueblos. Hubo, además, muchas ocultaciones y gatos por liebre: once años después tuvo el rey Fernando que ordenar una nueva rebusca, porque, aprovechando la oscuridad del idioma, habían quedado como de otras rúbricas libros religiosos. El albalá se conserva en Simancas.

Ardieron, pues, en brava fogaña, una buena parvada de alcoranes y comentarios suyos, libros de mística y de rezos, quizá centones de casidas... Códices con deliciosas iluminaciones, forrados de guadameciles y estofas con chapería de plata. Tan lindos eran que se ablandó el corazón de algunos y propusiéronle salvar las pastas, que muchas valían ocho y diez ducados, y abrasar los escritos... Fray Francisco, amante de los libros bellos —dígalo esa Poliglota de espléndidos tipos—, también los admiraba y deseaba, pero no quiso teñir de interés el atropello o el desagravio, según sean moros o cristianos los ojos que lo miren, y todos fueron condenados. Hay personas señoreadas muchas veces de la ira —y si se quiere del orgullo—, pero que todo el año —y toda la vida— se les pasa sin una mala codicia.

Ardieron, pues, con ruido de espinas secas y seroja; alzóse hacia el cielo un chorro de humo, negro primero, blanco y desgajado después. Y en la yema del fuego, las hojas perfumadas libertaron sus aromas entre latines e hisopazos. Altas, muy altas —señoras de las aljamas, ahora iglesias—, tañían las campanas del Al-faquí campanero, dura sombra enjuta, que, a la orilla del hoguerón, miraba la quema.

Pasaron las Pascuas, y gracias a Dios no fueron malas; terminó el año bien y el siglo entróse con buen pie. Siguió el apretar las clavijas a los sarracines, cada vez menos y más abatidos, pero, cuando ya todos creían agua pasada el pleito, surgió como surgen los peligros, inopinadamente.

Un mayordomo del arzobispo, Fulano Salcedo, con un alguacil real llamado Velasco de Bar/ionuevo, y otro porquerón, encaminóse un día de enero al Albaicín, a buscar la hija de un *helche* —cristiano regenerado—, pues a la prole de los tales se la cristianaba quieras que no quieras y sin molestarse en cubrir las apariencias. Ocupa el Albaicín una colina al norte de Granada, y estaba en aquel tiempo rodeado de muralla, que la aislaba de la ciudad. Coláronse de rondón en la casa, la sacaron de un brazo y se la llevaron a pesar de sus gritos y sus lágrimas. Malo es que llore y diga lástimas una mujer cuando hay cerca hombres de pelo en pecho, y mucho más si tienen cuentas de agravios por cobrar, pues la sangre entonces sin fuego arde. Así ocurrió, y los alguaciles, donde creyeron hallar una malva, toparon con un abrojo. Al alarido y lagrimeo de la morita y de los suyos acudieron muchos más moros de los precisos para enderezar el entuerto. Les tomaron los pasos, juntáronse alrededor en gran muela, se cruzaron palabras y altiveces, revolvió el diablo la piscina de los rencores viejos, salieron a relucir los cuchillos, y el Barrionuevo —malquisto en aquel barrio viejo a fuerza de perrerías y sargentadas— se fué a cenar con Cristo aquella noche por obra y gracia de una losa

que le encajaron en la chimostra desde un piso. ¡Libre Dios las nuestras de pan de ventana! Y no fué solo, pues se llevó como escudero a su cofrade. Salcedo encomendóse a San Pies —santo alígero— y escapó gracias a una morita que le cobijó en su casa. Nunca faltan buenas almas; ni héroes. Se metió bajo la cama de la huéspeda y ni chistó ni mistó, unos dicen que en tres días, y otros —y es más probable— en aquél y parte de la noche. Cuando pasó el nublado, entró a la chita callando en la morada arzobispal, donde todos le tenían por muerto, y aun él mismo no estaba muy seguro de si era hombre o espíritu, pues es malo ver las orejas al lobo.

Mientras este roldan dormía el miedo bajo las faldas de su mora, la marea del Albaicín cubrió Granada entera, y dio donde debía dar: en la casa del que les amargaba su dulce vida y pregonando vino vendía vinagre. La turba cercó el palacio, bramaban por los aires las piedras y las saetas, el lelilí subía hasta los cielos. Venía a más andar la noche y con ella el peligro. Cisneros atrancó y fortificó su casa con pericia capitanesca, y se pudo contener de momento a la trulla. Aconsejábanle los suyos que huyese a refugiarse en la Alhambra; veía, como hombre, el peligro al ojo, pero habló y obró como buen hombre: no les abandonaría, moriría con ellos. Tiene gran fuerza y sangre esta palabra : moriré con vosotros. Se animaron todos, y entre trabajos y zozobras pasaron las horas. Cuando Dios echó sus luces, bajó Tendilla de la Alhambra con doscientos jinetes, y Cisneros, vestido como siempre de su valor, olvidó el cuerpo, y le dijo guardase bien el castillo, que la ciudad poco a poco se sosegaría. Y así fué, pero duró aún tres días la revuelta y tardó diez en sosegarse del todo.

Tendilla no se durmió; guarneció como pudo las puertas que daban al Albaicín y pidió socorro a las ciudades vecinas, pues los moritos se habían sublevado a las claras, gritando ¡Mahoma y libertad!, y barreado las calles del barrio, lo que no les costó gran trabajo, pues eran tan estrechas que si dos burros se encontraban en dirección contraria no podían pasar, y en muchas se tocaba el alero de una casa con el de la de enfrente.

El capitán y los prelados intentaron negociar paces reuniendo a jeques y alfaquíes. No fué posible: alegaban las capitulaciones de la rendición, y, además —y ésta es la fija—, eran treinta moros por cada cristiano.

No cejó el conde, y ofreciósles el perdón enviándoles con un escudero su adarga en señal de paz. La apedrearon —signo muslime de guerra— y al portador le dieron de palos.

Mal iba el negocio, pero el *Alfaquí santo* hizo una sentada que pudo salirle bien o no salirle: con unos clérigos inermes, precedido de su cruz patriarcal, pasó la puerta de Guadix y fuese hacia aquellos angelitos. Llegó a la plaza de Bib-el-Bonut —o Bibalbonud— con los pasos graves, lentos y pensativos con que solía andar, y una sonrisa y unos ojos alegres como cuando mezclaba arábigo en las misas y sonaban las chirimías y ajabebas. El vejorito tenía "descolorido el rostro y colorado el corazón". Se suavizaron ceños y entrañas, las gumías volvieron vergonzosas a sus vainas, y, sumisos, le besaban la orla del vestido.

Tendilla, que lo supo, ni quiso ser menos ni desaprovechó la coyuntura, y, desarmado, con un puñado de alabardas, metióse entre los grupos de la plaza y tiró al alto su bonete grana, que era decirles iba en son de paz; recogiéronle, y después de besarle respetuosamente se lo devolvieron.

Unos y otros querían arreglo. Sidi-Ceibona, moro principal, sosegó a los suyos y entregó los más culpables al conde. Soltó a la mayoría, con miras a tranquilizar los ánimos y, además, porque los Mendozas eran, de estirpe, naturalmente humanos, y una buena sangre luce perdonando agravios. Los sublevados rindieron sus armas, unas pocas ballestas, gorguees y lanzas. Sólo cuatro de los presos —los que más se ensañaron con el alguacil y su colega— fueron ahorcados por el corregidor de la ciudad, gentecilla de poco más o menos, pues los cuarenta electos o jefes huyeron al ver la cosa malparada y se entrañaron en la Alpujarra, que no tardó en levantarse. Para los desgraciados, para los hijos de Pero Sastre, se hizo la horca, que no para los siete infantes de Lara.

Y porque en esta tapicería de espantos y heroísmos no faltase la sal y pimienta de lo cómico, estando el arzobispo perplejo de cómo enterar urgentemente a los reyes de las novedades, un caballero viejo, de honradas canas, llamado Cisneros también —y al que algunos hacen su pariente— le ofreció un negro canario, esclavo suyo, tan andarín que, a veinte leguas cada día, se plantaba en Sevilla al mediodía siguiente.

Vio fray Francisco el cielo abierto; llamó al moreno, y dióle la carta para entregar en manos de la reina o del secretario Almazán.

—Señor, yo me remito a mis pies —respondióle, y echó a andar; pero andando y andando suele venir la sed, y el moreno, trago aquí y sobretrago allá, la cogió buena y la durmió mejor, y llegó Dios sabe cuándo.

Entretanto, por Sevilla corrían —o volaban— extraordinarias pajarotas: Granada y su tierra, en poder de moros; ¡adiós reino, adiós conquista!... Y todo por el fraile. Rey Fernando —que nunca le quiso bien, pues gracias a él quedóse sin Silla Primada su bastardo— cayó sobre la reina, recriminando celo que tantos sinsabores producía; ¡caro había costado su arzobispo!... Defendió Isabel al ausente, pero allá en su alma dolíase de mudez tan inexplicable. Y le escribió: urgía le informase de lo ocurrido en la ciudad.

Cisneros, al recibir la noticia, comprendió su ligereza al fiar tal noticia a un cualquiera, y despachó a su familiar fray Francisco Ruiz, quien tranquilizó a los Católicos; y como ya estaba todo sosegado, fué en persona pocos días después y explicó su conducta, que sólo trabajos, peligros de muerte y empeño de rentas y haciendas habíale traído: copiosa mies de conversiones, cierto, pero comprada a peso de vida-Comprendieron los reyes la justicia de sus descargos, y que si mostróse alguna vez vestido de rigor y santamente cruel fué a causa del celo que ponía en la salvación de tantas almas. No se les dormía tampoco la memoria, y precisamente para eso le habían traído desde su archidiócesis.

Ganado el pleito, no perdió el lance fray Francisco, y díjoles que pues los moros se habían sublevado merecían, como rebeldes, pena de muerte y perdición de bienes, conviniendo que el perdón que les diesen fuera con medida y tasa: cristianar o dejar la tierra.

Labraron tanto en los corazones reales sus palabras, que así se hizo pregonar en Granada. Cisneros volvió allí: junto con Talavera bautizó y predicó, llanos y humanos ambos con los más pobres y pequeños. Al despedirse fray Francisco, ya con el pie en el estribo para volver a Castilla, fray Hernando le dijo:

—A la verdad, señor; que fizo vuesa señoría más servicio a Dios en Granada que los reyes nuestros señores, pues ellos conquistaron las piedras, y vuesa señoría, las ánimas.

Mucha hipérbole lleva el elogio, porque sin las piedras no hay almas que valgan; pero, en fin, exagerado o no, se deduce en buena consecuencia la verdad del refrán: hay que apretar el torno para sacar el mosto.

COLOFÓN ROJO DE LAS CONVERSIONES

Si los moros españoles se hubieran contentado con sólo mandar sus quejas al soldán de Egipto, la sangre no habria llegado al río. Quejóse el muslim de que se quisiese bautizar a la fuerza y amenazó —diente por diente— con retajar a todos los cristianos de sus tierras. Los Católicos diéronle cumplidas excusas, es decir, se las dio Pedro Mártir de Angleria cuando, tras copiosas bienandanzas y fortunas, llegó a Babilonia de Egipto (El Cairo). No se obligaba a dejar su ley a los creyentes: bastaba con que dejasen la tierra, pasando a Berbería, si no querían cristianar. El soldán se dio por satisfecho, y los granadíes se encontraron —a todo bien suceder— como corderos ante lobos.

Ya se dijo que los huidos electos del Albaicín se escondieron en las villas alpujarreñas. A fines de enero se alzaron villas y castillas: Huéjar, Montujar, Lanjarón, Andarax... Marcharon contra ellos tres columnas; Tendilla mandaba una: otra, el conde de Lerín, y la postrera, el rey Fernando.

Tierra áspera, erizada de obstáculos naturales y de cuantas trabas pudieron agregar los rebeldes, dificutó mucho las funciones de guerra. Pero todo llega. Tendilla —12 febrero 1500— cayó sobre Huéjar. No tardó mucho la escalada. Gonzalo de Córdoba —ya cuarentón— fué el primero que coronó los muros. *Metieron los varones a espada,* como en el romance; mujeres y niños se vendieron por esclavos, y la puebla ardió en pompa.

Peor les fué a los de la taha —comarca— de Andarax con el conde de Lerín, Luis de Beaumont —Viamonte le decían en Castilla—, un navarrito de sangre caliente formado en las terribles banderías de su tierra, vinculadas a los linajes, y que como mayorazgos se heredaban de abuelos a padres y de padres a hijos y a nietos, conservando siempre verdes los antiguos agraces. En Laujar, donde le hicieron cara bravamente, cortó por lo sano, y amén de otras buenas haciendas, coronó la obra volando con pólvora la mezquita mayor, en la cual se había cobijado un sinfín de moros con sus hembras y crios.

El rey, por su parte, pronto cantó victoria en el valle de Lecrín. Lanjarón, su más fuerte castillo, se rendía a la regia merced el 8 de marzo. Las condiciones fueron pagarle cincuenta mil ducados o hacerse cristianos. Como es natural, crecieron los conversos.

La primera intentona alpujarreña se dominó, pues, pronto y a costa de poca sangre cristiana; mora, ya fué otra cosa, pero no importaba: si habían de irse a Berbería, preferible era se fuesen al otro mundo, de donde no podrían tan fácilmente volver.

Al año siguiente reanudóse la zambra. Ahora era la serranía de Ronda de cabo a cabo: se cortaba el pescuezo a los curas y se llevaba a los cristianos cautivos al África. Los reyes, desde Granada, llamaron a Cisneros, entregado en cuerpo y alma a su Universidad alcalaína y a su catedral primada. Lo dejó todo y partió hacia el Sur.

Pero la guerra anduvo más de prisa. Mañanita marceña salieron de Ronde —"reina de los cielos, flor de Andalucía"— las banderas cristianas, gente toda bragada y bregada en encuentros con morillos: el conde de Cifuentes, Alonso de Aguilar —hermano mayor del Gran Capitán— y el conde de Ureña, Juan Téllez Girón. Mañanita clara, trepando por lomazos pelados, al son de cuernas y trompetas, más de montería que de guerra. Y ni un moro. Y caminar y caminar con el sol que ya da en las espaldas. ¡Allí, allí! Cerca de las nubes, en cumbres aguileras, reflejo de alfanjes y moharras. ¡Qué más quiso don Alonso! A más moros, más despojos; ¡duro con ellos...! Pero, ¡echarles un galgo!, tenían alas en los pies.

Y la persecución, hora tras hora, les entrañaba en la sierra. Casi noche salieron a un llanillo entre breñas; allí estaba la pobreza de aquellos desdichados: sus alhajuelas y sus

bestias; sus hembras y sus hijos; ¡triste caravanera horrorizada! A ella se fueron los cristianos más aprisa que fraile a convitón... La sarracina fué buena en los principios: honra y provecho, matanza y saqueo. Pero bien ríe el que ríe el último. Los moros acechaban esperando un momento favorable. Y se le dio Dios, o el diablo: ardió un barril de pólvora con tremenda llamarada y tronido, y visto el desgobierno de la hueste, cayeron sobre los cristianos, quienes pagaron lo hecho y por hacer. Don Alonso intentó juntar su gente; no pudo, tal pánico y dispersión había, y como era un hombre —*el Caballero sin miedo* le llamaban—, mandó retirarse a su hijo, herido en el rostro y pasado el muslo de un lanzazo, "para que no fuese toda la carne en un asador" —dijo—, pues en ellos acababa la casta, y para consolar a la madre, pues él ya se daba por muerto; y junto a unos peñascos que le hacían espaldas gritó con su arrogancia de siempre:

—¡El pendón de Aguilar nunca huyó de morillos!

Y, tras de su caballo ya caído, se lió a cuchilladas contra todos... Rendido el brazo de matar, suelto el coselete, entre un lívido corro de muertos, trabó pelea con un morazo muy terne, y rodaron, abrazados, por el suelo sangriento, el cristiano debajo; aún se irguió, dispuesto a despenar a su contrario, gritando: "¡Yo soy don Alonso de Aguilar!"; pero el otro lo madrugó, hundiéndole por el costado la daga hasta la manzana, y contestó con otro grito: "¡Y yo el Feherí de Ben Estépar!", de orgullo a orgullo, pues ambos eran sangre de reyes. Así murió, en Sierra Bermeja, una noche de marzo, aquel terrible Aguilar, que aguantaba impertérrito lanzadas y excomuniones. Fué muerte natural en una vida siempre luchas, pues perro que mata lobo, le mata lobo.

Si se ha de creer al romance, en un campo de muertos, entre despojos y banderas pisoteadas, todos los moros, al pasar, hincaban en él su lanza. No muy lejos, como una Parca,

llorábale un acautiva, — una cautiva cristiana,

que de chiquito, en la cuna, — a sus pechos le criara:

"Don Alonso, don Alonso, — Dios perdone la tu alma,

que te mataron los moros, — los moros de la Alpujarra."

Cuando años después su nieta, la condesa de Priego, reparó su enterramiento en San Hipólito de Córdoba, aún le hallaron entre los huesos un gran hierro de lanza.

El rey, tras la mala nueva, fué contra los levantiscos dispuesto a acabar con todos y de una vez; no pudo descargar en ellos su cólera, pues viendo que de resistirse ardería más bravo y feroz el castigo, se entregaron sin condiciones, y el político Fernando, olvidando venganzas y atento sólo al remedio, fué generoso: hacerse luego cristianos o pasar al África en barcos del rey a diez doblas por cabeza. La mayor parte cristianaron, pues no tenían el oro pedido ni quien se lo fiara. Así terminó la rebelión, que llenó de sangre y lágrimas la tierra; tuvo, sin embargo, una cosa buena: unos y otros vivieron en paz setenta y siete años...

Al llegar Cisneros todo había terminado; fué un viaje tan en balde como el de Antón, que fué a Granáa a náa; es decir, no tanto, pues pescó una pulmonía en la Alhambra que por pocas no lo cuenta: los aires de Sierra Nevada eran "muy sotiles y delgados", las ventanas de palacio harto grandes, y el fraile sesentón...

Cerca anduvieron los físicos áulicos de no despabilarle a fuerza de baños, sudores y sangrías, pero le sanó en semana y pico una mora archivieja con "ungüentos y yerbas" y paseítos ribera arriba del Darro.

Ya bueno, en cuanto los reyes le dejaron, se volvió muy contento a su Compluto.

DIGRESIONCILLA DE MELANCOLÍAS

Desandaba el camino hacia Castilla con esa dulce melancolía de los convalecientes de dolencias largas. Parece entonces todo penetrado por una luz más sutil, que se ve y no se ve, es decir, que es algo más de lo que se ve, inexplicable, pero sensible.

Camino de Castilla, tierra clara, tierra igual, donde toda diversidad y fantasía es en las praderas azules del cielo.

Retorno, regreso a libros y a sabios... Ya era viejo, no duraría mucho, quería reposo, retirarse a vivir de recuerdos; ¡hartos madroños había dado la madroñera...! Viejo, viejo; pero, dejadas a la espalda penas, traía el alma sembradita de flores-Tierras de la Mancha, sendas escondidas en los altozanos, entre el tamujo y el romero: lagunas verdes con marco de carrizales, abrigadas solanas, cerros no muy enhiestos, algunas manchillas de jaras altas, bandos de palomas... Y aunque invierno —cerca de las Pascuas de Natividad— y los montes con una pica de nieve, sol y flores en el alma del viejo. Al llegar a Alcalá (fines del 1501) ya estaba bueno.

Y de buen talante, como se verá. Recibió alegremente a fray Francisco Ruiz, que tornaba de Indias cargado de preseas pintorescas (hacia agosto del 1502). Pero conviene explicar cuándo y a qué había ido, si bien brevemente, porque son cuentos largos.

Los desafueros de Colón en la isla Española motivaron el envío allí de Francisco de Bobadilla (1499). No lo debió de hacer muy bien cuando el 13 de febrero de 1502 partía de Sanlúcar una flota con el nuevo gobernador, Nicolás de Ovando, caballero de Alcántara. Cisneros aconsejó a los reyes mandaran con él religiosos a convertir la indiada. Así se hizo, y el arzobispo escogió tres, entre ellos a fray Francisco, quien, llegado a América en abril, le probó mal la tierra y retornó en los mismos barcos —primeros de julio—, en los que también venía, "entre grillos y cadenas", Bobadilla, el enmendador enmendado. (Tuvo mal fin, no llegó a España: en una borrasca le tragó el mar con su nave, quedando por manjar de peces.)

Desplegó el recién venido su centón de indianerías ante el primado: el pan de por allá, el *cazabe,* hecho con la harina de raíz de mandioca, cosa rica, según el reverendo; las camas en que los nativos dormían más de la cuenta —guindadas de dos árboles—, todas de algodón, y que llaman hamacas, "que son como unas fracadas gordas de acá, y muy blandas". Y dos arcas de ídolos, que fué con lo que más se rió y espantó su señoría, y con razón sobrada, pues era aquello un retablo de asombros, veras efigies de los malignos tal como daban en manifestarse a la otra banda, vistos por sus adoradores, naturalmente, que verdad es no les favorecían mucho: ojos y dientes de huesos de pescado, pies y orejas de algodón, los cuerpos de contecicas o escamas como las jacerinas...

El arzobispo —perro viejo— debió de pensar allá en sus adentros que demonios pasados por agua eran menos de temer que alcoranes junto a morería, y en vez de darles tostón los mandó a un museo: en la Universidad en cierne quedaron como memoria. Milagros de la melancolía.

Algo peor les fué a los seis indígenas que figuraban —una rareza más— en el parvo trofeo indiano. La tierra fría y los mantenimientos recios les acabaron pronto, aunque muy mozos; fueron muriendo héticos: el que más duró tres años. Pero todo no ha de salir a pedir de boca en este mundo.

LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Pues, amigo de Dios, la empresa de Alcalá fué un arco de iglesia, como suele decirse. No faltaron tropiezos e interrupciones, unos casuales y otros malintencionados, porque en la viña del Señor cada hombre es de su vidueño. Al fin se cantó la gloria: surgieron los colegios y el barrio de escolares. Apenas pasados dos lustros, la flamante *Alma Mater* pasmó a Francisco I: no comprendía cómo un fraile había hecho en un puñado de años lo que en París tardaron siglos los reyes de Francia; de atrás les viene a los galos la cerrazón de mollera ante los aciertos ajenos. Eugenio Robles —biógrafo del cardenal— llámala octava maravilla, y eso que cuando escribía (1604) El Escorial estaba recién hecho.

En fin, maravilla o no, costó harto erigirla y poblarla; pero el fraile era terco y tenía dineros abundantes, y con ambos talismanes nada resiste en el mundo.

Antes de partir la primera vez para Granada había estudiado la obra con Pedro Gumiel y abierto los cimientos (28 febrero 1498); a su regreso, Gonzalo Zegrí —el bien inspirado por Alá, del séquito ahora de Cisneros, con cincuenta mil maravedises anuales de gajes— puso bajo la primera piedra del Colegio de San Ildefonso (14 marzo 1500) un frailecito francisco de bronce, de a palmo o poco más, y dentro —pues estaba hueco— el pergamino de la fundación y monedas de plata y oro. Todo iba bien, cuando le llamaron de Granada, otra vez, los reyes. Quedó en suspenso la obra hasta el nuevo regreso, por las Navidades del año siguiente.

Pero con los primeros alientos del siglo comenzó a crecer la fábrica. Fray Francisco dábale cuanto calor podía, y muchas veces se le veía entre la obreriza con la plomada y el nivel en la mano, midiendo líneas, calculando áreas, o mirando cómo los carpinteros blanqueaban a boca de azuela pinos albares y los canteros tallaban y pulían la piedra franca. Fué construir la gran pasión de su vida —pasión de reyes—, tan acusada que le atrajo burlas: nunca había tenido Toledo —se decía— arzobispo tan edificante. Además se sabía viejo y quería gozar de su obra; de ahí sus prisas, comunes a cuantos edifican con *amore.*

Estaba en todas; acudía a Roma, y los Alejandros, Julios y Leones derramaban inmunidades y privilegios. Y también a la reina, con el fausto motivo de haber nacido en Alcalá (10 marzo 1503) su nieto don Fernando —luego emperador de Alemania—, al que parió su madre doña Juana "riyendo y burlándose, entre juego y burla", pidióla eximiese a la villa de pechos reales; accedieron los reyes, y Alcalá, agradecida, guardó muchos años la cuna en que se meció el infantillo.

Por cierto que el nacer éste —o por lo menos el estado de ánimo que la alegría universal había causado en Cisneros —hizo *nacer otra vez* a un prójimo por cuya vida no se podía ya dar un ochavo. Ello fué así. Presidía por el arzobispo en la su noble villa de Alcalá un corregidor —Hernando de Zúñiga— que, con un ten con ten de penca y honra, tenía al pueblo como una balsa de aceite.

Y un día, por la calle Mayor arriba, caminito del árbol sin hojas, en un pollino y con pregonero y fraile, llevaban uno de tantos. (El francisco que le asistía era fray Ambrosio de Montesino, poeta de los reyes, muy dado a los romances a lo divino, que si fueran tan buenos como tantos, otro gallo nos cantara.)

Acudían más' almas a ver la fiesta que aviones trae el verano: medio pueblo, y con la algazara que es de suponer. Emparejaron con la casa do moraba el arzobispo, cerca del convento de Santa María, pues cedió su palacio a la reina, y uno de los pajes vio el jabardillo desde una ventana. Jovencito y de blandas entrañas, sin pensarlo mucho y como si para él no hubiese puerta cerrada, entró en el *sancta sanctorum* arzobispal.

Leía su señoría un libro de mal latín y robusta doctrina, y extrañando el abrepuertas, le preguntó, algo seco, qué quería.

—¡ Señor, que trae la justicia, por esta calle, un hombre a ahorcar!

—¿Qué justicia es?

—Señor, la de vuesa señoría.

Soltó el libro y los redondos anteojos y, muy presto, salió por la sala hasta un ventanal que daba a la calle Mayor, en el momento en que abocaba allí la procesión, y con una gran voz:

—¡Alguacil, dexá ese hombre; no toquéis en él!

En oyéndole el pueblo, bájanle del burro, le quitan la hopa, y todo fueron gracias a Dios y bendiciones a su señoría, salidas de los mismos que se prometían un buen rato de holgorio y trisca, entre trago y trago del moro, viéndole pernear cuando el ahogador le apretara el gañote. ¡De buena escapó el perdulario!: picaros hay que tienen fortuna, y picaros hay que no tienen ninguna.

Fué pasando el tiempo y sucedieron mil cosas que derramaron su atención: la locura de doña Juana, a quien por ruego de la reina fué a tranquilizar en lo posible; la muerte de ésta; la rebelión, ya escrita, del Cabildo primado; la sorda hostilidad del claustro salmantino, en que los de Santo Domingo enseñaron la oreja. Azares de toda laya que le hacían andar de ceca en meca y le convertían ya en inquisidor, ya en regente del reino.

Pero el Colegio Mayor de San Idelfonso –así llamado por ser el patrón de Toledo, y muy venerado de fray Francisco— crecía a ojos vistas. Debía constar de treinta y tres colegiales —teólogos, artistas y de otros saberes— en memoria de los años de Cristo, y de doce clérigos —ajenos a la enseñanza, sólo para el servicio divino— en la casa de los apóstoles.

El día de San Lucas —18 de octubre de 1508— se inauguraba el curso con profesores traídos de Salamanca y de París, dieciocho cátedras en total, y abundante estudiantina, aunque no tan numerosa como nos dice fray Pedro de Aranda y Quintanilla, quien la hace subir a cuatro mil.

Leíase Teología —"según las tres veredas": Santo Tomás, Escoto y la Nominal—, Filosofía, Medicina y Retórica; lenguas hebrea y griega. Puso Cisneros el veto al *Jus Civile,* y si se dejara llevar de su inclinación lo propio hiciera con el pontificio o canónico, pues sólo le soportaba a regañadientes y sin darle mayor importancia. Le molían los leguleyos y legisperitos : harto había tenido que sufrirles y bregar con ellos durante la reforma franciscana.

En cambio, para las otras disciplinas no perdonaba gastos ni desvelos. A sombra de la Universidad nació la Poliglota Complutense, que Cisneros defendió con tanto brío frente a la Inquisición y frailazos energúmenos, y Erasmo loa en sus epístolas a los profundos filólogos salidos de Alcalá.

Y vaya la nómina de los primeros profesores, buscados entre los más eminentes de entonces: de Teología o Nominales, Gonzalo Gil, burgalés, gran memorión y citatextos; de Teología de Escoto, fray Clemente Ramírez, franciscano, hombre huraño y de poca *parola;* de Teología de Santo Tomás, el doctor Pedro Circuelo, un aragonés de Daroca, la loca, la cerca grande y la villa poca, amigo de sus libros y de decir verdades agrias; de Artes, es decir, de Lógica y Filosofía, otro burgalés, el doctor Miguel Pardo, traído de la Universidad de París y tan hecho a la, dulce Francia que no prescindió nunca de la libertad de costumbres, allí corriente y moliente, y nadie se metió con él; le ayudaba en sus cátedras Ambrosio Morales, padre del cronista; de Medicina, los doctores Tarragona y Antonio de Cartagena, seguntino éste y gran médico en su tiempo, tanto, que por orden de Carlos V asistió a los hijos de Francisco I, traídos a España en rehenes después de Pavía; el Griego corría a cuenta de Demetrio Ducas, cretense,

que fué sucedido por Hernán Núñez *el Pin-ciano;* leía Hebreo el judío converso Pablo Coronel; la Retórica, Fernando Alonso de Herrera, hermano de Gabriel Alonso, el del *Libro de agricultura;* para el Derecho pontificio fueron dos: Loranca y Salceo, personas no ilustres, pero suficientes; Pedro de Lerma explicaba la Ética de Aristóteles.

Vinculó Cisneros la rectoría en los colegiales de San Ildefonso, y de allí salió el primer rector, Pedro Campo, hombre que reunía el despejo y don de gentes a raras condiciones para el mando. Tenía a su cargo presidir claustros y juntas, pagar los salarios, vigilar la buena marcha de todo, y hasta, en circunstancias fortuitas, destituir y nombrar profesores; es decir, llevar en peso la Universidad. Y no paró ahí: andando el tiempo llegó a fallar —como juez único— las causas civiles, criminales y mixtas, tanto de profesores como de estudiantina. Rodeábale una Junta de seis consiliarios, todos colegiales: tres de San Ildefonso y tres de otros colegios. Era cadañero, elegido por voto secreto de todos los colegiales la vigilia de San Lucas, pero nunca lo podía ser dos veces seguidas.

Además de los colegiales, residían en San Ildefonso los *familiares,* doce estudiantes pobres y bien dotados de ingenio, que recibían techo y yantar, a quienes el rector ocupaba en menesteres domésticos: despensero, cocinero, servir a la mesa, etc. Seguían después los *porcionistas,* estudiantes ricos, que pagaban cuando menos veinte escudos de oro anuales, comían en el refectorio y disfrutaban aposentos con llave y sobrio ajuar: cama de madera con cuerdas, mesa y sillas. Tenían derecho a lavandera, rapista y médico.

Éstos eran los potentados, los felices de la tierra; pero "en el patio" del Colegio, en la *leonera,* campaban trece estudiantes pobres —que percibían, como limosna, dos florines de oro de Aragón—, los llamados *camaristas,* con otros aún más desdichados, los *compañeros,* que sólo la habitación recibían; no se limitaba el número: cuantos cupiesen en las celdas. Un vicerrector gobernaba este *pandemónium.*

Comían juntos, en mesa de limpios manteles, colegiales, capellanes y porcionistas. Por aquello de que más vale que sobre pan que no que falte vino, abundaban ambos: la cara de Dios —o sea el pan— no se tasaba; la sangre de Cristo, sí; una azumbre (dos litros) por barba al día, y libra y media de carnero, amén de tocino, verduras y, por sobremesa, algunos regalillos de fruta. Los viernes y días de vigilia, peces —manjar cuaresmal—, huevos, legumbres, miel y manteca. No se cuidaban mal —mesa franca, en suma—, pero sin llegar a lo de "tribulación, hermanos: entre dos, tres pollos". Lo que sobraba iba a aliviar la gazuza de las almas en pena del patio.

Para entre las comidas corporales apacentarles con las espirituales, no faltaba durante los simposios lección de la Biblia o de los Santos Padres; y se hilaba delgado: si trabucábase el lector, le corregía *in continenti* el decano de los teólogos, y a falta suya, el de los artistas. Ello implicaba, naturalmente, silencio, que se guardaba a rajatabla.

La vida de puertas para adentro era severa y dura: latín a todo pasto, hasta "en el familiar, cotidiano coloquio", y si no, pérdida del vino; pocos solaces —nada de naipes, dados *ni* vihuelas—; sólo se toleraba algún monacordio o clavicordio, con tal de que no se ocuparan mucho en él ni perturbasen a los otros, y en cuanto a diversiones, de higos a brevas se jugaba en el patio a la pelota, la piedra o la tierra. Y nada de gastar armas —la pasión de la muchachada de entonces—, por mor de evitar quimeras.

Al anochecer se cerraban las puertas, no sin avisar con un toque de la campana grande y nueve rotundas aldabadas para que saliesen los que vivían fuera del Colegio; un familiar, de plantón en el quicio, vigilaba para evitar gatuperios.

Pero los que gozaban y padecían la vida estudiantil eran los radicados extramuros. Allí se juntaba lo bueno de las Españas: los ultramontanos —de Despeñaperros para arriba—, duros, autoritarios, cada uno con un rey en el cuerpo, y los cismontanos —desde el famoso puerto para

abajo—, morenos, amorosos y de agudo entendimiento. Es decir, "andaluces y castellanos viejos, naturales enemigos", según dicho de Mateo Alemán, que arrastró también manto y beca en Com-pluto. Los perillanes de Segovia topaban con cordobeses duchos en verlas venir y cazarlas al vuelo, y como se iba de diestro a diestro, la partida finaba en tablas.

Cisneros no contó —es decir, contó demasiado bien, pues sentía crecer la hierba— con la que se le venía encima. Pero en toda su obra de reformador se palpa un raro espíritu que pocas veces se encuentra en los tales; es imposible reformar a todos: atenerse, pues, a que los obligados a andar derechos no se tuerzan, y vayan los otros por su camino, y allá se las entiendan con Dios. Así zanjó en este mundillo universitario el pleito eterno del alma y la carne, de una vez para siempre: en el Colegio, mano dura; fuera, hacer la vista gorda; al fin y al cabo no pasarían los desmanes de mocedades y barraganadas, cosas de carne y hueso, que ocurren y ocurrirán mientras los hombres sean hombres, pues pedir prudencia a mozos de veinte años y pensar que se cosan los ojos y la boca y se hagan ermitaños es pensar que el cielo se cae a pedazos.

A la entrada del curso, una alegre familia sacudía la tranquila ciudad, un si no es dormida —no obstante residir allí casi siempre el primado—, gente libre y decidora, dada a la tuna y el pispoleo, amiga de vivir a sus anchuras, sin términos ni lindares, que, naturalmente, no venía sola; refrán al canto, "a Alcalá, putas, que viene San Lucas". Cuando algunos tordipollos caían en aquella pajarera, jamás les faltaba mentor baqueano para el río revuelto.

"Sois novatos, sois palominos duendos...", les decía, y les llevaba a la calle de los Bodegones, angosta y oscura, donde nada faltaba para regalo del pico, y que —como tras el vicio viene el fornicio— era a la vez la calle de las damas o mujeres de amores. Y los estudiantes de pueblo, mozos tiernos, no muy hechos a hablar solo con sola, perdían el poco juicio que tenían ante una lunarosa, llena la boca de risa, que les encalabrinaba respondiendo a sus audacias con un bofetón-cilio, o una nena de pechitos valientes y quebradilla la color, que más por necesidad que por malicia pecaba.

Al salir, cada uno hablaba de la feria según le había ido en ella:

—La verdad, hermanos, que la burla no llegó a más de tomalle las tetas y a jugar un rato —decía uno.

Éste loaba las lindas carnes de la suya, más blancas y amorosas que seda; aquél las damerías y melindres, la bermejura de los labios; a otro, más poeta, le atormentaba y daba gloria el recuerdo de unos suavísimos ojos zarcos y verdes, pensaba en los escudetes de río, y acudía a la copla:

No durmáis,

ojuelos verdes,

que por la mañanita

lo dormiredes.

Y mientras aquellos locos —alegría callada, candela apagada— platicaban de amores y hermosuras al sereno de Dios, el adalid de la correría quedábase en la venta que tomaron por palacio, bien aposentado de mesa y cama.

En ocasiones, la estudiantada, en mancomún, las hizo muy gordas. Libraron de las manos de la justicia real a un platero guadalajareño, cuya cabeza estaba prendida con alfileres. Reclamó el rey algo amoscado, y el arzobispo respondió paterno:

—Es la espuma de la ebullición escolar, que pronto calmará sus ardores.

Otra vez la barrabasada fué mayor: las justicias de Alcalá llevaban a ahorcar a un pájaro volandero, función de cada lunes y cada martes en aquellos tiempos en que era realidad tangible la panacea que para salvar a España proponía un terne chapado a la antigua: "la ley de vagos vigente y una horca en cada esquina".

Ya tenía el compadre la soga hecha collar y pasaba saliva estirando el pescuezo de solo pensar en el tra-guito que le esperaba, cuando un escolar de pelo en pecho gritó tocando el cielo con las manos:

—¿Qué cobardía y flojedad es ésa, hermanos, que a vuestros ojos y en tiempo de cuaresma se guinde a un malaventurado?

¡Buena la hizo! Como un solo hombre cayeron los estudiantes sobre la pina de porquerones, pregoneros y alguaciles, les molieron las costillas con *delectatio morosa,* y al buchín y a su ayudantillo les aplicaron sendos puntillones en el nalgatorio. Libertaron al reo y le llevaron a sagrado al convento de San Francisco.

La villa puso el grito en el cielo, y los estudiantes más arriba, si cabe. El alcalde, para aplacar a sus compatricios, echó mano —aconsejado por mayordomo del arzobispo— a un remedio que fué peor que la enfermedad: sacó en borrico a un tuno de la cárcel pública, pregonando solemnemente "que aquél era el descomedido estudiante que había levantando el tumulto y librado al criminal".

Los escolares tragaron el anzuelo y ya salían a bocanadas por todas las calles amenazando con quemar la villa si no le liberaban, cuando, descubierto el embeleco, las lanzas se volvieron cañas, y tornaron a sus posadas entre risas y burlas.

Enfurecióse el pueblo, y el mayordomo de marras tuvo que transmitir sus quejas a Cisneros. Contestó éste diciendo que a su venida iba a llover con sol, pero cuando vino no hizo nada, es decir, sí, celebró la prudencia de la villa y defendió a sus chicos, saliendo garante de ellos para lo porvenir, agregando que las cosas juveniles era mejor echarlas a burlas.

Y aún hubo otra, y sonada, pues fué la trifulca nada menos que con las gentes del rey Fernando, cuando visitó la Universidad en enero de 1514.

En invierno anochece temprano, y mandóse a los pajes del cortejo alumbrasen con antorchas. Estos galanes burláronse de los estudiantes —donde abundaban remiendos y harapos— con agudeza de mala ley y chocarrerías; respondieron lo suyo los sopistas, pues tam-poco tenían pelos en la lengua, y del dicho al hecho hubo esta vez poco trecho: las antorchas alumbraron en dos sentidos, y no faltaron estacas para la réplica, y fué tanta la tremolina que al Católico, a pesar de su flema, se le subió el humo a las narices, y quejóse airado a Cisneros.

—Señor —le respondió—, hasta las hormigas tienen hiél; nadie hay tan vil que no trate de repeler las injurias.

Todo terminó en paz gracias a los colegiales y al conde de la Coruña, y Fernando, comprendiendo eran cosas de muchachos, no habló más del asunto.

Puso, en cambio, cortésmente un reparo a la fábrica: ser de ladrillo, tierra al fin, malo para lo que se quiere eterno.

—Así es, ¡oh rey! —respondió el fundador—; no otra cosa podía hacer quien como yo tenía prisa, porque camino a más andar hacia la huesa; pero si no me engaño, la fábrica de tierra que entrego a este pueblo estudioso, se encargará él de hacerla de mármol.

De mármol, no; pero de dorada piedra de Tamajón sí que la hizo treinta años más tarde, por mandado del rector Juan de Zurbalán, Rodrigo Gil de Ontañón.

Las diablerías estudiantiles no herían muy hondo aquel viejo corazón violento y generoso. Más sintió una lanzada de los maestros. Celos de los salmantinos fueron la causa: le sonsacaron varios colegiales, entre otros Gonzalo Gil, Alonso de Herrera, Alfonso de Córdoba, quienes arrastraron numerosos alumnos. También por entonces Bartolomé de Castro —maestro de Artes— partióse para Roma, a buscar, sin duda, la hierba de la buena fortuna.

Cisneros, cuando lo supo, disimuló su amargura en un refrán: "Ya volverán las palomas al palomar, mientras haya trigo que picar."

Pero no volvieron, y les fué todo de cabeza: Gil encontraba rudos y terrazgueros sus nuevos colegas y discípulos; Córdoba, a fuerza de contrariedades y rabietas, se metió agustino; Herrera pescó el mal de San Lázaro..., y Castro, que volvía de Roma cargado de desengaños, murió en la mar.

Esta vez puso el fundador un colofón renacentista al lance:

—Es el genio complutense, que venga justamente sus agravios.

Tal fué Alcalá y su gente; áspera vida a veces y a veces dulce como miel; turbulencias, banderías, intrigas de campanario, cierto; pero también en su haber una gavilla de dioses mayores del panteón hispánico: Cervantes, Alemán, Lope, Tirso, Calderón, Quevedo, Mariana, Ambrosio Morales, Melchor Cano, Pablo de Céspedes, *el divino* Valles, Arias Montano, Suárez... Y beatos y santos: Juan de Ávila, Tomás de Villanueva, José de Calasanz, Ignacio de Loyola. Y como en España siempre tras de la cruz está el diablo, también estudió en Compluto el famoso Don Pablos. Y hasta se enamoró y casó —entre Hipócrates y Galeno— el picaro Guzmán de Alfarache.

LA POLIGLOTA COMPLUTENSE

Jano bifronte, Alcalá reía hacia lo estudiantil, y plegaba la frente hacia un paisaje de áridos —y gustosos— lejos. Paralela a la nerviosa labor del aula surgía una obra de sosiego, de largas y tranquilas lecturas, pródiga del aceite de las vigilias estudiosas: la Poliglota Complutense.

Árbol milenario la Biblia —la versión de San Jerónimo, llamada Vulgata, ritual en la Iglesia—, abundaba en quimas secas y plantas parásitas, ¡ardua labor —y de poca medra— rejuvenecerle, escamondándole y purgándole de horruras! Hacienda prolija de sabios pacientes y concienzudos, bajo la égida de un mecenas generoso, hecho a mirar siempre las cosas a la luz de la eternidad. Quince años —los postreros de su vida— duró el afán: corrió parejas con la muerte, y la ganó por breves meses; verla terminada, ver juntos los seis infolios que marcaban ruta nueva en los estudios bíblicos, fué quizá su última gran alegría, su quitapesares frente a las ingratitudes y frente a las inevitables sequedades de la vejez.

Salilla clara, llena de luz cruda alcalaína; rimero de libros en un ángulo, banco de facistol para escribir, y allí una cabeza inclinada sobre el mundo nonato de una página; tinta en los gavilanes de la pluma y la idea en trance de rendirse a los conjuros del cerebro-Pugna, forcejeo de las viejas y cálidas palabras orientales y de los vocablos griegos al transubstanciarse en latín cesáreo, exacto, lengua de hombres casi divinos,

Horas idas sin sentir hojeando tesauros, crestomatías, aparatos bíblicos, adversarios; dudas resueltas, toretes domados, y a las últimas nubes, cuando el familiar entraba la luz, un esfuerzo más y la página que termina, acuchillada de testaduras, escolios y arrepentimientos, negros casi los márgenes. Así días y días, años y años, el elenco de eruditos reñía su batalla diaria. Unos iban, otros venían, y fray Francisco que les decía con angustia:

—Apresuraos, amigos míos, que la vida es corta y yo podría faltaros o vosotros faltarme.

Festina lente, como en la divisa augústea del delfín enroscado al ancla que resucitaba por entonces Aldo, hispanos, hebreos, griegos, traducían y compulsaban, apresurándose lentamente, y cada día —en torno a su mentor muchas veces— hablaban de la labor hecha y y de las dificultades surgidas.

Desde 1462 hasta el 500 pasaron de ochenta las ediciones latinas de la Biblia, algunas —cual la romana del obispo Atería (1471)— cuidadosamente revisadas; Cisneros quiso remontarse a las fuentes y publicar los textos hebreo, caldeo y griego junto a la Vulgata, corregida, según ellos, de sus errores, pues —como dice en el prólogo de la Poliglota— "toda lengua tiene la propiedad de sus términos, que no se puede fielmente expresar en la traducción, por perfecta que sea". Fué su torcedor siempre la ignorancia de la lengua santa y de la helena por los eclesiásticos, pues les vedaba el cabal conocimiento de las Escrituras y Patrología griega.

Se rodeó de un plantel de sabios filólogos: Elio Antonio de Nebrija; Diego López de Zúñiga —el de las polémicas con Erasmo—, sabidor de latín, griego y hebreo; Hernán Núñez de Guzmán —llamado *el Pinciano* por ser de Valladolid, Pintia a la latina—, discípuo y émulo de Nebrija; Bartolomé de Castro; Deme-trius Ducas —cretense traído por Cisneros de Italia— y su probable discípulo Nicetas Fausto; y tres rabinos conversos: Alfredo de Alcalá —de Alcalá la Real, en el Santo Reino de Jaén—, Pablo Coronel, segoviano, y Alfonso de Zamora, jóvenes en la edad, mas con ardor varonil y pensamiento cano.

Cisneros tenía ya trazado el plan general, y distribuyó los trabajos: Ducas, Zúñiga y Guzmán se ocuparon en la Versión de los Setenta Intérpetes y en el texto griego del Nuevo Testamento, junto con una traducción latina del Antiguo Testamento griego, ayudados por sus

discípulos; Nebrija, tan alatinado, cuidó de la pureza del latín de la Vulgata; Coronel compuso una gramática y un diccionario hebreos, y, junto con Zamora y Alcalá, revisó los textos hebreo y caldeo.

Fatigas y dispendios costó procurarse los códices que gozaban de mayor fama y antigüedad. Algunos los hicieron pagar, y bien: siete manuscritos hebreos costaron cuatro mil ducados, cuatrocientos una Biblia gótica. En cambio, otros los cedieron generosamente: la Señoría veneciana mandó copia de uno que fué del cardenal Besarión, y, sobre todo, Juan de Médicis —León X más tarde (1513) y entonces cardenal— envió, sin hacerse de rogar, las mejores piezas de la Biblioteca Vaticana. Cisneros, agradecido, le dedicó encomiásticamente la Poliglota. A éstos se atuvo en la impresión, pero sin desdeñar otras fuentes, como un Codex Rho-diensis de las Epístolas de San Pablo, al que alude Zúñiga, y otros traídos de la Biblioteca Medícea de Florencia y de Grecia y Siria, sin contar con los magníficos manuscritos hebreos recogidos en Toledo y su tierra. Largas rebuscas y preparaciones, con un eterno descontento de entendidos.

Finaba el 1510 cuando fray Francisco llamó a Ar-naldo Guillermo Brocario —Arnau Guillen Brocar—, impresor de gran fama, radicado en Logroño. De seguida comenzó a fundir tipos hebreos, caldeos y griegos, cosa nunca vista en Alcalá. Dos años más tarde principiaron a sudar los tórculos, y por los idus de enero del 14 salía el primer volumen, sexto de la obra.

No fue mucho correr, pero hay que imaginarse cómo irían las galeradas de deles y añadidos.

En la portada campean los jaqueles cisnerianos bajo el píleo de cardenal —lo era desde 1509, con título de Santa Balbina— y la cruz de arzobispos, encuadrados por columnas y orlas renacientes. Contiene todo el Nuevo Testamento, tras unos breves principios: dedicatoria, cuadros de concordancia, etc. La impresión es muy bella, a dos columnas, una ancha, el griego; otra más angosta, el latín. Los caracteres helénicos son claros y de hermosa forma, y la escuela de los usados en los manuscritos miniscilares posteriores al siglo onceno. El latín va en tipos góticos muy legibles.

Por mayo del mismo año se terminaba el segundo volumen, quinto de la obra, que contiene un vasto vocabulario hebraico-caldeo con sus equivalencias latinas, otro mucho más breve latín-hebreo y una gramática de esta lengua, compuestos, como ya se dijo, por Pablo Coronel.

Siguieron los otros cuatro volúmenes —el Viejo Testamento—, cuyas páginas se dividían en dos secciones horizontales; la de arriba, repartida en tres columnas; hacia el margen, el hebreo; hacia el lomo, la Versión de los Setenta, y al centro, la Vulgata, porque —dice no muy cortesmente en uno de los prefacios— "así como Jesucristo fué crucificado entre dos ladrones, la Iglesia latina se halla entre la Sinagoga y la Iglesia griega". Los Setenta llevan una versión la-tina interlinearía, de la cosecha complutense. La sección inferior se parte en dos columnas: la más ancha contiene el texto caldeo, es decir, el Targún o paráfrasis de Onkelos, el Parafraste caldeo; la otra, su traslación latina.

Cuando maestre Arnau sacó de la prensa la capilla del último pliego (10 julio 1517) hizo poner a su hijo Joanet las ropas de cristianar para que se la llevase al cardenal. El-viejo, lleno el pecho de gozos:

—Gracias, Dios mío, por habernos dejado terminar felizmente una obra tan difícil —dijo templequeando de alegría.

Difícil fué, ciertamente: "obra como de milagro" la llama Alvar Gómez. De herejes, judíos y frenéticos les acusaron frailotes de cal y canto. A Nebrija por poco le enchiqueran en las cárceles del Santo Oficio; algo peor debía de temer, según lo que dijo a un espiritado con cogulla que le amenazaba con vindictas divinas y otros fieros males: algo así como que si en

vez de ser el arzobispo su señor inquisidor general lo fuera fray Diego de Deza, les olerían las carnes a humo. Pero el anciano era una encina recia que protegía de los rayos, y la docta familia pudo seguir su labor a cubierto de asnedades y descomedimientos; así y todo tuvo que tenerlos una temporadita en Toledo, pues había mar de fondo en la frailería.

Tampoco de puertas para adentro le faltaban tragos amargos, desengaños no solamente tristes, más, tristísimos; con el esquinado Elio Antonio chocó en seguida, pues, demasiado gramático, quiso vaciar en volutas ciceronianas el verbo del Espíritu Santo, y por tal profanía no pasó el castellano de Tierra de Campos. De las defecciones de Hernán Núñez y de Castro ya se habló. Pero la obra coronada, todo se olvida, sobre todo cuando sale a satisfacción, y él la tenía por la mayor de las suyas. Fué, editorialmente, un mal negocio: rebasó el coste los cincuenta mil ducados, y cada ejemplar de los seiscientos tirados vendióse a seis y medio.

Los años pasan, y toda labor científica tiene fatalmente que ser superada. Tal le ocurrió a su Biblia, pero nadie podrá quitarle la gloria de ser la primera poliglota, y la edición príncipe del Nuevo Testamento y de la Versión de los Setenta. Influyó decisivamente en las famosas de Roberto Estienne y en las ediciones quinta y sexta de Erasmo.

Pronto los escasos volúmenes tirados multiplicaron su valor y agotáronse. Tan raros eran, que Felipe II resolvió publicar por ello la Poliglota Regia en Amberes (1569-1572), vigilando la cual, en la oficina de Cristóbal Plantín, el pobre Arias Montano pasó tan malos ratos cuando sus compatriotas saquearon la villa.

EMPRESAS MENORES. LO MOZÁRABE

Sotillo primaveral son en la dura brega cisneriana estas romerías por los libros. Al par de la Poliglota —y como a su sombra— rumiaba otros proyectos; no todos pudieron granar, porque la muerte pone coto a muchas buenas voluntades.

Tal sucedió con la versión completa de Aristóteles encomendada a Juan de Vergara, uno de sus polígrafos. Tratábase de sobrepujar a Aldo Manucio, que (1495-1498) publicó en cinco infolios la edición príncipe de *el Estagirita;* se agregarían al griego dos versiones castellanas, una literal y otra parafrástica. Empresa de tantos vuelos claro es que tendría a cualquier humanista de entonces; Vergara puso manos a la obra, pero hizo sólo castillos en el aire: faltó Cisneros y todo se desmoronó, y allá fueron los manuscritos de la *Physica,* la *Metaphysica* y *De Anima* a la biblioteca catedralicia toledana.

En cambio, las exégesis del famoso *Tostado* llegaron a feliz término en robustos y copiosos tomos. Y también las *Epístolas* de Santa Catalina de Siena, primer libro alcalaíno de Brocar (1512); varios tratados de Savona-rola, de Lulio y de Santa Ángela de Foligno; la *Escala* de San Clímaco y la *Vida espiritual* de San Vicente Ferrer, todos romanceados.

Y superándolos —orientada a lo que hoy llamaríamos política agraria—, una obra olvidada o casi —a pesar de sus veintisiete ediciones— y que el cardenal imprimió a sus expensas en 1513, y repartió profusamente entre los labradores de sus tierras: el *Libro de agricultura,* de Gabriel Alonso de Herrera, labrador también e hijo de labradores, que a la teoría de los geopónicos grecorromanos y musulmanes agregó la experiencia adquirida en sus viajes por Alemania, Italia y el Delfinado. Sus seis partes o libros son nuestras *Geórgicas,* en prosa hermosísima y de un encantador castellano preclásico.

Otra empresa tentóle también. Visitó en 1502 la librería de la catedral primada; como en casi todo tiempo y lugar, los libros estaban de cualquier manera; la humedad y los ratones hacían de las suyas. Quiso poner inmediato remedio, instalándolos en lugar bien soleado y ventilado; con atuendo que emulase al de la Vaticana; pero la Universidad, la Poliglota, Mazalqui-vir y luego Oran absorbían sus recursos: las rentas no daban para más.

Parece que allí hojeó varios códices góticos antiquísimos de breviarios y misales mozárabes. La biblioteca no se hizo, pero el histórico rito hispano salvóse.

Esta venerable liturgia —reliquia de la primitiva cristiana con taraceas visigodas— vivió en paz y tranquilidad en los reinos de la Reconquista y entre los cristianos sujetos al dominio moro —los mozárabes que le dieron nombre— hasta finales del siglo xi, en que Sancho Ramírez en Aragón y Alfonso *el de la mano horadada,* en Castilla, impusieron contra viento y marea el ritual gregoriano. Alfonso cedió en este caso a la presión de unas faldas, las de su esposa, una madamina partidaria, como francesa que era, del culto nuevo, defendido por los monjes de Cluny. Pero el pueblo de la recién ganada Toledo dijo que nones, y tuvo que ceder la caprichuda, y ambas liturgias convivieron, pero sólo en la ciudad, y no en toda, sino en las seis parroquias donde desde tiempo inmemorial se practicaba. Los años todo lo destruyen; las antiguas familias mozárabes se fundieron en sucesivos entronques con los conquistadores, y el pobre culto vetusto, sin valedores, fué perdiendo una a una sus seis iglesias: San

Marcos, San Lucas, San Sebastián, San Torcuato, Santa Justa, Santa Olalla de Mérida. Sólo en los días de las advocaciones respectivas —y casi como por rutina— se decía la *misa de los mozárabes.*

El cardenal Mendoza —quizá en la exaltación nacionalista que siguió a la guerra de Granada— quiso restaurarle, pero le atajó la muerte. Cisneros llevó adelante el empeño; recogió

cuantos manuscritos pudo referentes a esta liturgia, y encargó de su revisión al canónigo Alfonso Ortiz, famoso teólogo, y a tres sacerdotes de las parroquias mozárabes de Santa Justa, Santa Olalla y San Lucas, e hizo imprimir en Toledo al genovés Melchor Gorricio y a Pedro Hagembach, alemán, multitud de misales y breviarios, en letra latina, en vez de la gótica en que estaban.

Hizo más: dedicó al rito en la catedral la capilla del Corpus Christi —sus armas coronaban la hermosa rejería—, asignándole para su servicio trece sacerdotes llamados *mozárabes sodales* y un capellán mayor. Cantaban en tono bajo las horas por mañana y tarde, y celebraban a diario la misa, de ritmo más lento que la latina.

Otros prelados —Gosca en Valladolid y Maldonado en Salamanca— imitaron su ejemplo, pero eran ya muchos años y la tradición estaba rota. Sólo en la capilla toledana se sigue hasta hoy partiendo la hostia en nueve partes y poniéndolas sobre la patena en forma de cruz, y se reza a un cuarto arcángel, San Uriel —fuego o luz de Dios—, a quien se representaba en otro tiempo blandiendo una espada cortadora y con llamas ante sus pies.

EL NIÑO BONITO

Surge aquí un nuevo personaje de escasa sindéresis, mas de gentil estampa: Felipe de Austria, el hijo de Maximiliano "pocos cuartos". La suerte o la muerte —o las dos— se empeñaron en empujarle al trono y se salieron con la suya. Tercera hija su esposa, cayó el hermano varón —de tan pocos años y tan larga esperanza—, luego la primogénita y su hijito, y Juana se encontró a topaojos con una corona que no podía razonablemente esperar.

A Felipe —muchos pájaros en la cabeza huera— no se le cocía ya el pan hasta verse amo y señor de todo. Flamenco rubicundo, de gran boca bermeja y belfo de candilón, cara de leche y sangre, anacarado cuello, dulce mirada inexpresiva y buena planta, parece que cuando nació se le rieron los cielos, según concurrían en él partes que hacen amable; claro es que so vaina de oro era cuchillo de plomo, pero esto poco importa: bebía la vida a bocados y se llevaba las hembras de calle, como es de suponer. A la española —que se pasaba el día adorándole— los dedos se le volvían huéspedes, no sin razón, pues por donde quiera que iba todas se le envidiaban, y aunque algunas se quedaron con las ganas otras parece que no. Él, amigo de fiestas, bailes y fablas de amores —rodeado de un consejo de casquilucios de su parigual—, si podía atrapar dos no se contentaba con una. "No le parecía cosa mejor que los gentiles gestos de las mujeres", dice el continuador de

Pulgar; nada, era un convencido de que los nabos en Adviento y la mujer en todo tiempo.

Conociendo la Baja Alemania de entonces —testigo Pero Tafur—, donde "grant poder tiene la dehesa de la lujuria", jocunda y dada a barraganía como ninguna de la Cristiandad, se comprende que el archiduque no quisiese cambiar de clima: amores, cazas, músicas, jardines, representaciones y otros cien deleites teníalos pegados al alma. Resistíase, además, a venir a España, como si un extraño presentimiento le augurase que había de ser su tumba.

Se hizo el sordo, y sólo cuando no pudo demorarlo más —le mandaron ex profeso a don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba— vino con su mujer atravesando la dulce Francia morosamente y entre fiestas.

Entraron por Fuenterrabía, y allí fué el pasmo de los vascongados cuando vieron el carro de monsieur Bossut, que realizó la proeza de pasarle por entre aquellas breñas hasta las llanas alavesas. De Vitoria a Burgos, donde los nobles, por festejarles, corrieron toros; Felipe les volvió la fineza llevándoles a una cetrería, para que vieran sus soberbias aves. El 20 de febrero (1502) siguieron viaje por Torquemada, la malmurada, Dueñas y Cabezón de Campos. Llegados a Valladolid, "la mejor villa de Castilla", soslayando la Mota con sus ciento veinte cañones, fueron a Segovia, donde pasmó a los flamencos el puente a piedra seca que hizo "el diablo llamado Hércules"; luego Madrid, Illescas y Olías; allí les esperaban rey Fernando y los nobles, y bajo un palio de brocado de oro, con las armas del Reino y de Borgoña, cabalgando Felipe a la diestra del rey y Juana a la izquierda, entraron en Toledo; por entre calles engalanadas y arcos triunfales llegaron a la catedral. Hubo *Te Deum* y sermón de bienvenida a cargo de Cisneros. Cumplidos con Dios, fueron a ver a la madre: hacía estrado entre damas vestidas de terciopelo carmesí y de martas, con un sobrio traje de lana negra ella; tras los saludos y besos de rigor, suegro y yerno se marcharon, y la reina y su hija retiráronse a conversar juntas a una espaciosa cámara.

Quince días después, reunidas las Cortes, juraban a doña Juana princesa heredera de Castilla, y al archiduque, príncipe consorte. Cinco meses entre burlas y veras duraron las fiestas; cayó por entonces Corpus: hubo procesión fastuosa, asistiendo los reyes, el arzobispo y todo el pueblo, sin faltar tampoco, desde luego, los gigantes, la tarasca, el tarascón y la tarasquilla. A pesar de todo, Felipe se aburría en la ciudad erizada de campanarios y abundosa de niñas

bonitas, pero que eran para él de las que se ve y no se toca, pues doña Juana no le dejaba ni a sol ni a sombra; y sin términos medios: lluvia de caricias o chaparrón de celos. ¡Y había que oírla entonces, perdido el pudorcillo y el rostro como unas flores, dejados con las ropas vergüenza y empacho al pie de la cama —como Teano, la mujer de Pitágoras—, amorosa y retozona, ella tan delicada y tan señora! Diría:

—¿No te basta mi cuerpo? ¿Por qué vas cada noche de puta en puta y dejas mi cama?

Felipe pensaba para sí: "¡No me lo hicieras bueno!", y a pocas caricias, de enojos reales pasaba ella a los fingidos; poníale cara seria, se volvía de espaldas, le rechazaba entre mohines:

Tirte allá, que no quiero,

mocuelo Rodrigo;

tirte allá, que no quiero

que burles conmigo.

Dicho viejo, que amor y majestad no hacen hermandad. Y *el Hermoso,* que otra cosa no sabría, pero sí templar mujeres, llevábala donde quería con soguillas de amor.

Finadas alegrías y jolgorios, marchó la corte a Zaragoza, a ser jurados los príncipes por los reinos de la corona de Aragón; así se hizo. Vueltos a Castilla, Felipe, hastiado de la gravedad española y mucho más de su mujer, otra vez preñada —e iban tres en seis años—, desoyendo consejos y razones, y aunque la princesa "no hacía sino gemir y llorar", partió para su país, donde la vida —sensual y tranquila— se deslizaba apaciblemente,

así como corre el agua

por debajo de la adelfa,

haciendo escala en Barcelona, ciudad —como mediterránea y rica— de vida fácil también; no le faltaron damas hermosas y saraos, a los que asistía con mascarilla, para poderlas contemplar más a su gusto.

Si la vida corría fácil para él aquí y en Flandes, en cambio Juana, picada de celos, se anegaba en tristezas. Aún tuvo ánimo unos meses; parió bromeando al infante don Fernando, pero luego la invadió la obsesión de ir a buscar al marido; absortábase de continuo, no dormía, comía poco y mal, saltábale el corazón como si estuviese en parrillas... Imposible retenerla en Alcalá. Al fin, Isabel —Fernando batía en el Rosellón a los gabachos— partió con ella, diciendo la llevaba a embarcar. Enferma ya, no pudo pasar de Segovia. Doña Juana siguió hasta Medina del Campo y se aposentó en la Mota, despachando de tapadillo su recámara hasta la frontera para ganar tiempo.

Con la semisoledad creció la locura, abrasados hasta las medulas sus huesos en su amor, anhelando juntarse con él por instantes; y un día, cuando más metida estaba en este pensamiento, recibió una carta del ausente, y exaltada, y sin pensarlo más, *partió* para Flandes; daba pena y risa: con sólo una camisilla, enseñándolo todo, bajó a los patios... ¡Y era un amanecer de noviembre, y nevaba! Los guardias, aunque atónitos, alzaron la puente levadiza; llena de iras y fuegos, les insultó, amenazándoles con cortarles la cabeza y otras mercedes de

ese jaez. Procuraron disuadirla sus damas; no hizo caso y como un fantasma daba vueltas y más vueltas, sombríos los ojos, los labios reblanquecidos, cabizcaída, lívidas las carnes de frío...

Isabel mandó a unos y a otros a calmarla —Cisneros entre ellos—, pero poco alcanzaron: que se refugiase en una cocinilla de cuerpo de guardia, nada más; y en cuanto pudo, llegó a la Mota. Fué más afortunada; logró meterla en el castillo y que se vistiese. Y la tuvo entretenida con largas esperanzas todo el invierno; pero, en abriendo el tiempo, no pudo prolongarlo más, y en marzo de 1504 salió para Laredo. Tuvo que esperar dos meses por malas mares. En mayo se hizo a la vela. El viaje no era largo; con buen tiempo, ocho singladuras y en Brujas.

No fué allí muy dichosa. Halló a su marido en las faldas y regazo, como quien dice, de una rubia magnífica, porque, a fin de cuentas, el rubio vuelve a la rubia y el moreno a la morena; lo demás es esnobismo o figurería, dicho un poco mejor.

A Juana se le subió la ira a la mollera: ¿ Qué se creía aquella blancota? ¡Negra es la pimienta, y cómenla los hidalgos, y blanca es la nieve, y písanla los caballos! Y por sí o por no, se le fué al bulto, la arrancó las tocas, y con unas tijeras que llevaba la dejó pelona... Felipito, que lo supo, se puso hecho un toro de fuego —¡lo que son las modas en este mundo!—, y aquella noche, a puerta cerrada, debió de haber moros y cristianos; ello fué que la princesa se puso enferma de resultas.

Todo esto llegó, ampliado, a España; la madre seguía mala, acalenturada, y empeoró de pena; el padre, quebrantado por la campaña de Francia y la edad, cayó en cama también. Sanó; pero, en cambio, Isabel quedóse en la estacada. Otorgó su testamento famoso (12 de octubre), y el 29 de noviembre moría; bien ganado tenía el descanso: treinta años de luchar y padecer. Su cadáver fué llevado a Granada.

Cisneros —junto a ella desde hacía meses— tuvo que dejarla casi en las últimas para solventar en persona un enojoso pleito de prerrogativa con los canónigos de Toledo, siempre reparones en puntillos; cuando le dieron la noticia lloró como un crío, y eso que no era largo en lágrimas. Llamóle el rey, con los otros albaceas, para abrir el testamento, al monasterio Jerónimo de la Mejorada.

Pero antes, la tarde misma de la muerte, había alzado noblemente en la plaza de Medina pendones por su hija al grito de: ¡Castilla por doña Juana y don Felipe!

Ya era rey el niño bonito.

SUEGRO Y YERNO

Dispuso la reina Isabel en su testamento que si su hija estuviese ausente de Castilla, o no pudiere o quisiere intervenir en su gobierno, lo hiciese por ella don Fernando, hasta que su nieto don Carlos tuviera los veinte años.

Cumpliendo la cláusula, el rey viudo asumió la regencia, lo hizo saber al archiduque y a todas las ciudades. Convocó además las Cortes castellanas en Toro, y, reunidas en enero de 1505, juraron por reyes a doña Juana y don Felipe, y como para nadie era un secreto la incapacidad de aquélla —quien enferma de locura, sana tarde o nunca—, se declaró regente a don Fernando. De todo ello mandóse cumplido aviso a Flandes.

Y ocurrió lo de siempre en las mudanzas: levantaron cabeza los descontentos y ambiciosos. En Castilla el duque de Nájera, quien ya en las Cortes se opuso cuanto pudo al nombramiento de regente; y junto al archiduque, el que era embajador de los Católicos en la corte de Maximiliano, don Juan Manuel, señor de Bel-monte, hombre tramoyista y urdemalas, devenido su oráculo. Fruto de sus manejos fué la carta del yerno al suegro diciéndole renunciase a la regencia.

Éste le contestó que viniese cuanto antes para España. Y mandó a Lope de Conchillos a tratar el asunto secretamente con doña Juana; encontró bien la hija las razones del padre, y le escribió era su voluntad que continuase gobernando el reino. Quiso la suerte que la carta diera en manos de don Felipe, y lo primero que hizo fué encarcelar a Conchillos, y lo segundo —y esto fué peor aún— encerrar a la reina en sus habitaciones, impidiéndola hablar con ningún español. Como es de suponer, se empeoró el estado mental de doña Juana, que llegó a veces a un verdadero frenesí.

Lo supo el viejo rey, y aumentaron sus penas; no iban muy bien sus negocios: los nobles le dejaban día a día, pues atraen más las auroras que los ocasos; con los dedos podía contar los leales: Alba, Cifuentes, Tendilla..., pocos más, siempre a su lado, sirviéndole en ambas fortunas.

El archiduque y su padre pactaban entretanto con el rey de Francia: la invasión de Nápoles se veía venir, y quizá también una guerra en las fronteras nacionales. Fernando recurrió a un ardid que de momento paró el golpe, pero que a la larga le perjudicó, haciéndole perder la simpatía popular, casi la única que le quedaba. Negoció con Luis XII casarse con su sobrina Germana de Foix. Tenía la novia dieciocho años y él cincuenta y pico; era —dicen— "muy poco hermosa y algo coxa". Será verdad; pero también lo es que aquellos amores le echaron a la sepultura en pocos años, y que, calmudo y todo como era, llegó a sentir unos celos terribles. En el contrato matrimonial le daba en dote casi todas las conquistas italianas del Gran Capitán: la ciudad de Nápoles y las provincias que correspondieron a los franceses en el reparto del reino irían a los hijos de ambos, y de no haberlos, al Rey Cristianísimo.

Se hizo el trato, y casados por poder en Blois, se velaron en Dueñas (marzo 1506). El pueblo lo llevó muy a mal, y dícese que de entonces viene aquello de "ruin con ruin, se casan en Dueñas". En todo caso le encajarían el refrán, que es más viejo, pues figura entre los que coleccionó Santillana.

Con el enlace en capullo se enconaron aún más las relaciones de Fernando y Felipe, quien llegó hasta pedir al Papa (junio 1505) llamase a Roma a varios prelados —Cisneros entre ellos— porque eran causa de disturbios en el reino. Se ve bien el juego: quitarle al viejo los pocos amigos que le quedaban. Julio II se lavó las manos, limitándose a mandarle un breve recomendándole concordia con su suegro.

Claro es que el arzobispo lo supo, pero no necesitaba de tales estímulos para defender al rey. Aconsejóle mano dura con los grandes, y en Segovia (octubre 1505) —adonde había sido llamado por Fernando— tuvo un tremendo altercado con los embajadores de Felipe. Les cantó las verdades sobre su política tortuosa, los malos tratos a la reina y la prisión de Conchillos, exigiéndoles le enviasen inmediatamente legados —por los caballos de posta que ya tenía a la puerta— para que, al instante de recibir el mensaje, libertara y repusiera en su anterior autoridad a Conchillos, y —agregó con voz fiera— que si proseguía en su mala fe y hostilidad hacia Fernando, no le faltarían a éste valedores —entre los que se contaba— que impidiesen a don Felipe —y para siempre— la entrada en estos reinos. Y todo ello *motu proprio,* sin consultar al viejo, que cazaba en los montes cercanos.

El efecto fué fulminante: quedó libre el preso, y dos meses después los archiduques embarcaron para España. Y aun antes, el 20 de octubre, se ajustó en Salamanca una *concordia:* firmarían los documentos públicos los tres, y con la fórmula *los reyes y la reina.*

Malo fué el viaje de Felipe y Juana; una tempestad los arrojó a Weymouth, y tras muchos trabajos llegaron a nuestras costas. Desembarcaron en La Coruña (26 abril) en vez de en Laredo, como habían dicho: esquivaba el mozo encontrar al viejo. Fernando desanduvo el camino y se dirigió hacia Galicia. El marqués de Astorga, partidario del flamenco, no le dejó entrar en su ciudad y señoríos, y lo propio el conde de Benavente. Del árbol caído todos hacen leña.

Felipe le escribió no apresurase la entrevista: él iría a encontrarle en cuanto llegase su recámara, desembarcada en otro puerto; disculpas burdas para ganar tiempo. Lo cierto era que traía tres mil alemanes, y que con las mesnadas de los nobles descontentos pasaban de nueve mil sus hombres. Con tales razones siempre se tiene razón: reinaría solo en Castilla, junto con doña Juana, una pobre loca a la que traía semisecuestrada, y aunque no lo estuviera sería igual, pues sólo tenía ojos para su Felipe, y en teniéndole a él lo tenía todo; en su afán de alejar a las mujeres, llegó a servirle ella misma de criada, y en un cortejo de miles de hombres era la reina la sola hembra.

Situación difícil y grotesca la de estos dos reyes, rehuyéndose como dos reyes de ajedrez. Hubo que hacer algo, porque los pueblos se desmandaban, y se hizo: pidió Felipe a su suegro le enviase a Cisneros por mediador. De éste ya era más difícil escapar; no hubo tu tío: le atrapó en Orense.

Cisneros vio en seguida que el pacto de Salamanca era letra muerta, y que recordarle era hablar de las nubes de antaño. Cediendo por grados ante lo inevitable, sacó cuanto pudo para el rey viejo: que se cumpliese el testamento de la Reina Católica, y no fué poco, dadas las intenciones que traía *el Hermoso.* Dejáronle, por su vida, los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara; la mitad de las rentas de Indias —que entonces alcanzaban cincuenta cuentos o millones— y otros diez millones de maravedises en las rentas de sedas del reino de Granada. (Había pedido el gobierno de aquel reino; no quisieron dársele.) Y terminó diciéndole a Fernando una verdad como un templo: que si le hubiera hecho caso y tuviera apercibidos tres mil soldados, no habría más ley que la suya, y que pues no lo hizo, era inútil hablar.

Aceptó el rey, y dio prisas, pues andaba con tantos dares y tomares la tierra revuelta. Al fin se encontraron juntos a la Puebla de Sanabria. Felipe con dos mil quinientas picas y quinientos escopeteros alemanes, desplegados como en batalla, tañendo sus pífanos y atambores; Fernando con apenas doscientos hombres, caballeros en muías.

En una ermita hablaron barba a barba; el viejo le dio algunos avisos sobre los nobles que le rodeaban; Felipe, muy amable, a todo decía que sí. Y se separaron corteses, pero fríos, y sin permitirle que viera a su hija.

Siguió otra vez la farsa de los dos cortejos esquivándose, procurando Felipe entrar solo en Castilla. Al fin, el viejo, viendo el pleito perdido, renunció al convenio de Salamanca y partió para Aragón. Pero aún se vieron en Renedo, despidiéndose —al parecer— con mucho amor.

LUMBRE DE SARMIENTOS

Lo mejor que tuvo el reinado de *el Hermoso* es que fué corto: dos meses y pico. La verdad, tan poco tiempo no compensaba tantos ires y venires; pero Felipe no nació profeta y, además, la ambición no es consejera, sino consejerilla.

Cuando menos no le perdió: se marchó a escape al otro mundo» pero sin dejar ir día en vano para fiestas y bureos, y que le quitasen lo bailado; fué una alegre bambochada, prolegómeno de las que con el hijo Carlos habían de venir, mirando siempre amaneceres, vueltas las espaldas al Poniente, olvidado —niño bonito— de que el diablo quiere tu ánima, el mundo tu hacienda y la carne tu vida.

En seguida quiso incapacitar a doña Juana por loca —Cisneros le apoyó resueltamente—, pero las Cortes de Valladolid se opusieron y la juraron reina propietaria (12 julio 1506), y a él, rey consorte. Fallido el intento, sin pararse en barras y con ley, o sin ella, empezó a gobernar solo. Entre pecorea y banquete, quitaba sus cargos a los viejos —hechura de sus suegros— para dárselos a sus amigos, flamencos unos, castellanos otros, mancomunados todos para llevar el agua a su molino. Hasta de las rentas del Rey Católico en la alcaicería de Granada dispuso. Lo supo Cisneros, pidió las cédulas al tesorero —que las llevaba en las manos—, las rasgó y amenazóle con cortarle el pescuezo. Y, seguido, mandó ensillar su muía y fué a ver a Felipe, le contó la cosa y le dijo que por ese camino se desharía el reino como la sal en el agua.

El Hermoso no repugnó la agridulzura de aquel boca de verdades; blando de carácter, comprendió su yerro: él no sabía de las cosas del reino; le habían engañado, y sería verdad. En adelante no firmaría provisión alguna sin que primero Cisneros la viese... Fué una suerte tal docilidad, porque el haz de saetas de Isabel se desmadejaba por momentos. En el fondo no era malo: un botarate nada más.

Salió de Valladolid con parte de la corte para Tudela de Duero (a tres leguas). Firmaron allí paces con Navarra, y tras una breve temporadilla, partió hacia Burgos, a hacerse proclamar en la *Caput Castellae,* y buscando también ciudad, porque el menosprecio de corte y alabanza de aldea no iba con él. Varias tardes antes de marchar vióse un prodigio que dio muy mala espina a las gentes: un cometa rabudo de "largura de una lanza de armas". Si fué oráculo, harto verdadero salió.

Alojóse con doña Juana en la *Casa del Cordón,* el palacio de los condestables de Castilla; pero antes, para que no se comunicase con su esposa, puso en la calle a la condestablesa, doña Juana de Aragón, mediahermana de la reina. (La tuvo Fernando, muy jovencillo, en doña Aldonza Iborre, dama de Tárrega, la *minyona de la muja nit* —la muchacha de la medianoche— porque a tal hora se veían; era hermosa y arriscada: vestida de hombre, y sirviéndole de escudero, le siguió durante toda la guerra de Cataluña.)

Otro desafuero consumó Felipe: quitó la alcaidía del castillo de Burgos a los Estúñigas —la tenían desde los tiempos de Juan II— para dársela a don Juan Manuel. Celebró este suceso con fiestas: lo de siempre, banquetes y cabalgadas. Bien repapilado, salió el buen mozo en un caballo blanco, a la jineta, con capuz de seda grana y en la mano una poma de oro. La pavonada resultó paseo largo. De sobretarde, casi a las Oraciones, regresaron. Venía sofocado con exceso, y en la plaza de armas del castillo se le ocurrió jugar un partido de pelota con un capitán vizcaíno de su guardia, gran pelotari, que le debió de volver tarumba a fuerza de reveses y botiboleas. Colorado como un cabracho, sudando a mares y hecho pedazos, paró el juego y se echó entre pecho y espalda un corrental de agua fría, bebiendo a boca de jarro, que los reyes de entonces no andaban con remilgos. No le hizo falta más: aquella noche ardía en calenturas que no le dejaban sosegar (19 septiembre).

Ni le valieron médicos, ni "la muy grande hacha de cera" que por su salud prendió el Concejo, ni los cuidados de su mujer, que no se apartó en todo el tiempo de su lado y le refrescaba la boca con un hisopillo: a los seis días derramó su alma en el mar de la muerte.

Doña Juana mandó embalsamarle a usanza flamenca, es' decir, sacándole el corazón y las entrañas, que en un cántaro de barro, cubierto con un lienzo blanco, llevaron al otro día a Miraflores su barbero —quien se encargó del despanzurre— y su maestro de capilla. Los cartujos las enterraron junto al altar mayor.

El cuerpo —por orden de Cisneros— se expuso, para que todo el mundo lo viera, en un salón de la casa, sobre una cama de brocado: vestía sayo negro y calzas grana, y encima una gonela con sus blasones; a ambos lados, las mazas o cetros reales, y sobre los pechos, su estoque real, con el lema altanero en la hoja: *Qui vouldra* —lo que quiera—. Aún estaba hermoso y parecía vivo.

La reina —por contra— semejaba una sombra en pie. Encapirotada de negro, trasojada, la cara como el panal de la cera, la boca —graciosa y celosa— marchita y sin color,

en los labios de antaño no hay claveles hogaño...

Y la razón, ni qué decir tiene, por esos trigos de Dios.

REGENTE, CARDENAL, INQUISIDOR

No fué Cisneros a palacio a hacer y deshacer, como se ha visto, sin motivo ni fundamento. Cuando los médicos dijeron que la enfermedad de Felipe era la última, citó a los grandes en su posada. Se eligió, sin estridencias, una junta que velase por la paz del reino hasta que se reunieran las Cortes. Entraba en ella con cuatro castellanos más y dos flamencos.

Poco después hubo otra, y borrascosa. Sólo entre españoles. Pensaba el arzobispo que el mejor camino era llamar al rey Fernando, pero no tenía apoyo la idea: sólo el condestable y el almirante —familiares suyos— le querían. Los demás, en contra. El arbolario del conde de Benavente gritó que le oyeron los sordos:

—¡Tatirre! ¡Primero romperé yo dos pares de corazas que el rey de Aragón entre en Castilla!

Cisneros se plegó, aparentemente, a la voluntad de los más; hubo de hacer, como dicen, gala del desaire.

—Baste, señores, cuarenta años y más que el católico rey de Aragón ha gobernado y regido estos reinos; rija ahora el tiempo que nuestros señor sea servido los suyos, que personas y señores habrá en estos reinos que, dándoles Dios salud, los sepan también gobernar y dar cuenta dellos.

Apaciguáronse los sobresaltos, y a una boca le comisionaron para que, a rey muerto, fuese a palacio "y toviese cargo" de doña Juana. Ya era regente de hecho, *y* poco habría de poder si, cuando pasase el nublado, no traía a Castilla a don Fernando.

Desde las cuatro de la tarde llevaban encerrados los perilustres, y tenían un hambre de buitres. Eran las once bien corridas, y entre pronósticos y hablillas, sonaron las doce.

El maestresala se acercó atribulado al amo: la cena era de carne y no había otra en casa; la preparó para el jueves... Pero ¡las doce de la noche!: ya era viernes...

Su señoría le miró de rabiojo, ¡cuántos bobos mantiene la harina!

—Tráenos de cenar, que, en verdad, no pueden ser sino las once.

Se les alegró la pajarilla: ¡Bien va el fraile!, ¡con éste nos entierren, que sabe de cuentas! La cárcel y la cuaresma, para los pobres es hecha...

Cisneros no era el de antes: sabía *hacerse cargo.* Y éste fué el secreto de sus dos regencias.

Y que sabía no hay que dudarlo: en muriendo Felipe, escribió secretamente a don Fernando que viniese a Castilla lo más presto que pudiera; en el entretanto, él entretendría a aquellos claros varones.

Otro día fué a vivir a palacio. La Junta, para abrir boca, amenazó a los burgaleses con azotes y otros rigores, por mor de evitar ruidos y tumultos, pues se temía que los flamencos pagasen lo hecho y por hacer.

El primero de octubre se reunió lo más granado de la nobleza. Se comprometieron a no levantar gente de armas y a licenciar la que tuviesen; a no apoderarse de la reina ni del infantín don Fernando, que estaba en Simancas. (Se había intentado, a la callandilla, falsificando una carta del rey, alzarse con el niño. Muy probable por mano del fraile, quien, viéndolas venir, quiso madrugar a los compadres. Pero la cosa no salió bien.) Ítem, se acataría la voz de los más, y si alguno de la Junta se ausentaba del reino, en seguida otro al puesto, pero "con tanto que sea a

contentamiento del dicho señor arzobispo". Lo hacían bueno por noventa días. Y lo juraron. (Tres meses por delante dan para mucho. Una victoria más.)

En realidad, la Junta o el Consejo fueron tres hombres : el condestable de Castilla, partidario del rey viejo; el duque de Nájera, su acérrimo enemigo, y Cisneros,' presidente, *neutral...* Fernando volvería; no se necesitaba ser muy lince para verlo. Pero el camino era largo y hubo que andarle por sus pasos contados, pues sabido es que no está en nuestra voluntad que abra en el tallo el capullo.

En la primera sesión plenaria (6 octubre) se habló bastante claro: Nájera no quería al rey católico para regente, porque era suegro de su enemigo el condestable, y el marqués de Villena, porque no le daba lo que él decía suyo, etc. En vez de Consejo del reino era una sala de chancillería: pleitos de fuero y huevo, y a Castilla que se la llevasen los diablos... Pero allí estaba el franciscano para espantar demonios de esa calaña. Cortó en seco querellas y malos modos.

—Póngase —dijo— por presidente un señor sacado de entre vuestras mercedes, y todos lo obedeceremos.

Y los grandes, unánimes:

—¿Quién, señor, puede gobernar estos reinos mejor que vuestra merced?

No es que le creyesen tordo nuevo, pero quizá no se dieron cuenta del alcance de lo que hacían, atenidos al clásico cegar por que otro no vea. Se trataba de impedir encumbrarse a un rival; y Cisneros —desemparentado, poderoso y viejo— estaba al margen de rencillas de campanario.

Cerróse la sesión, resolviendo convocar Cortes para el invierno.

Pero era difícil, pues hacía falta contar con la reina, y Juana era como perro en pesebre, que ni come ni deja comer. No quiso firmar el decreto convocándolas, ni ninguna otra providencia. Ni aun siquiera decir lo que había que hacer con su hijo: se lo encomendó al Consejo.

Cisneros trató abiertamente de incapacitarla: el gobierno del reino no era un juego de niños, y no podía estar en tales manos. Los grandes —más tímidos, o más amigos del río revuelto— no se resolvieron, dieron largas... Juana, por su parte, decía del fraile *que era loco.* Al fin, hubo que llamar a Cortes en nombre del Consejo, novedad que no gustó a los pueblos, amigos de ir por sendas trilladas.

Y rey Fernando, en Nápoles, llamándose andana y tomándole cuentas al Gran Capitán, entre retozo y retozo con su cojita de manteles... Se desentendía de las urgencias de Cisneros, prometía volver "cuando pudiera"... Se hacía de rogar, en una palabra.

Gracias al franciscano iba —a pesar de todo— cuajando su retorno. Pero no sin contradictores, muchos y poderosos: Nájera, Villena, Benavente, don Juan Manuel, casi todos... Buscáronse otros regentes posibles: Maximiliano, el rey de Portugal, el príncipe don Carlos, gobernando con un Consejo-Eran los más y los más fuertes; tenían en su mano el castillo de Burgos; se aprovechaban de la deficiencia mental de la reina, de los *vapores que tenía en la cabeza,* "vapores que, en los pobres, se llaman locura", como dijo un fulano poco amigo de metáforas.

Lo cierto es que la pobre iba de mal en peor: la mañana de Todos los Santos fué a la cartuja e hizo desenterrar a su marido, y le miró y le tocó, ojienjuta, alucinada...

Otro día, de golpe y porrazo, despachó de palacio a Cisneros y a todos los españoles, y puso en su lugar flamencos. El zahori con sotana vio de dónde venía el tiro —de Villena y

Nájera, por medio de un camarero muy favorecido de la reina—, y en lugar de marcharse echó al correveidile.

Y el tiempo se iba en flores, y los noventa días terminarían pronto. Contaba con dos magnates prepotentes: el condestable —de gran raigambre en la Cabeza de

Castilla— y el duque de Alba, siempre leal al rey viejo, grave y severo, como era ley en los Toledos.

No esperó más: al habla con ambos, metió en Burgos quinientas lanzas y, buscando refuerzos, gastó sesenta mil ducados de la mesa arzobispal en pagar a las guardias del reino sus atrasos: así las tendría de su mano. Fuera de esto, encomendó a Jerónimo Vianelli —ya se hablará de él en la de Oran— levantase gente; pronto tuvo quinientos infantes. Y mandó comprar en Marquina picas, coseletes y espingardas. Todos los días su novel soldadesca —instruida a la suiza— hacia ejercicios en la Vega a son de pífano y de parche. Puso guardia a la reina —cien infantes—, reunió cuantos pertrechos guerreros pudo... Quien trata con lobos traiga al lado el perro.

Y todo sin nombramiento legal que le autorizase, pues *la Loca* era siempre una remora. Surgían ya chispas de rebelión en Andalucía la baja. El duque de Me-dinasidonia quiso adueñarse de Gibraltar por fuerza de armas. (Fué dada en señorío a su casa por Enrique IV; los Católicos anularon la merced.) Cisneros —de su mano mayor, a sombra de las picas y escopetas vizcaínas— mandó a Tendilla que, desde Granada, marchase contra él, y el manilargo cantó la gallina.

Apena esta sucesión de inquietudes, este forcejeo de la autoridad, al garete, contra nobles díscolos y rapaces. Y el rey, desde Nápoles, regateando atribuciones al tremendo anciano —Castilla en carne y hueso—, quien se defendía, por encima de las leyes, contra la desintegración feudal que, tras la cortapisa de su segunda regencia, retoñaría en las comunidades.

Terminaba casi el plazo cuando vino el poder de Fernando, como gobernador del reino, poniendo en su lugar a Cisneros. Villena y Nájera, al saberlo, fueron a verle, queriendo asustarle con roncas y bravosías. ¡A buen monte iban a hacer leña! Les metió las cabras en el corral a entrambos maniferros, y no osaron moverse; y sabiendo que había resquemores entre el de Nájera y el conde de Treviño, su hijo le ayudó con hombres y dinero para que minase el poder paterno en sus propias tierras.

Todo lo complicó, una vez más, la reina: le cogió horror a Burgos, ciudad aciaga donde perdiera al buey hermoso de su marido. Y finando diciembre fué a Miraflores con gran séquito, desenterró sus restos—que ya hedían— y echó a andar sin rumbo, por esos caminos de Dios, siempre de noche, porque las viudas —según su decir— debían huir de la luz del día, pues murió su esposo, que es su sol; posando en lugares y aldeorrios, y aun en despoblado a veces, no obstante ser año invernoso. Desoía consejos, no cuidaba de sí —caripálida, andrajosa— ni accedía a poner aquellos despojos en quietud y honor de sepultura. Duró tan amargo éxodo hasta que, el 15 de febrero de 1508, la trancó su padre —y para siempre— en Tordesillas. Además, las caminatas las emprendió en su mes mayor: el 1 de enero siguiente nació una niña, doña Catalina. ¡Qué cierto es el dicho: amar es bueno, ser amado, mejor; lo uno es servir, lo otro, ser señor!

Pero antes de partir tuvo un inesperado relámpago de cordura; anuló todas las mercedes hechas por Felipe, dejando las cosas tal cual estaban en tiempos de sus padres. Esto se cumplió y no se cumplió, pero embraveció el furor de los desposeídos.

Hubo asonadas, levantamiento de huestes, intentos de apoderarse de su real persona —entonces en Torquemada—, lo que se impidió a viva fuerza; tentativas para traer por regente a Maximiliano, y hasta proyectos de enmaridarla con Villena, con el infante de Aragón, don

Alonso, con el rey de Inglaterra... Se ponía en entredicho la tutoría de don Fernando, por su casorio...

El de Aragón —perro viejo— comprendió era peligroso tirar tanto de la cuerda, y aceleró su vuelta. Pero primero inició una política de captación de los nobles contrarios: ganó a Benavente, a Villena, al conde de Béjar... Y a la par, el marqués de Moya arrancaba el alcázar de Segovia de manos de un paniaguado de don Juan Manuel, tras seis meses de brega, en que hubo asaltos, minas y otros primores de tormentaria.

Al fin, el 4 de abril (1507) se embarcó en Nápoles para España. Traía consigo al Gran Capitán, y se hizo preceder de la mayoría de los veteranos de las guerras de Italia, mandados por Pedro Navarro. Desembarcó en Valencia (20 julio), echó por delante los soldados, y pasando en un vuelo por Aragón entró en Castilla (21 de agosto) por Monteagudo (Soria).

Al venir el rey con tan buena compañía todo fué como una seda: don Juan Manuel huyó a Flandes, a la querencia de Maximiliano, y sólo el de Nájera —atreviéndose a peligros de vida y hacienda— se encastilló en sus tierras. Pero Navarro fué por él, y el cascarrabias, a pesar de su índole terrible —proverbial en los Manriques—, se rajó como cualquier pelaire. Malenojado el rey, quitóle, en punción, sus señoríos. Andando el tiempo se los dio al hijo, Treviño, el protegido de Cisneros.

Todo terminó a su querer, por fin de fines. Tras el intermedio patético del encuentro con la hija loca —pegadita a su muerto—, que terminó con una lógica y prudente encerrona, partió para las Andalucías, pero no sin antes entregar solemnemente el capelo a fray Francisco. Ya era *gran cardenal de España* y además inquisidor general de Castilla. Con ambas cosas —conseguidas del papa Julio sin costarle un maravedí— y con la desconfianza de siempre le pagó el haberle traído a Castilla contra viento y marea de grandes y chicos.

LA CRUZ BLANQUINEGRA

La actuación cisneriana como inquisidor es muy borrosa: se redujo, según su costumbre, a mejorar y poner en orden. Sus diez años de inquisitoriado transcurrieron sin grandes inquietudes y apenas sin procesos; puede ser que en el fondo no sintiese gran afición por el oficio, pues cuando Fernando le ofreció extender su mando a la corona de Aragón declinó el honor en Adriano de Utrecht.

Sólo queda memoria de dos autos de fe realizados en su tiempo, y hay que confesar fueron poco lucidos. Uno, en Córdoba, como finiquito de cuentas de las tropelías de Lucero, y otro en Toledo. En el primero quemaron cincuenta conversos —y es fácil haya que rebajar mucho el número, pues la cifra es de un entusiasta de la *Señora de la vela verde,* de los que gozan acumulando chamusquinas—, y el otro —aún más modesto—, en Toledo, por Navidades de 1516; seis condenados a la hoguera, cuatro hombres y dos mujeres; por cierto que a una de ellas —vecina de Almería— le dieron una tunda de azotes antes de tostarla y rustirla. Mala suerte.

¿De dónde sacó Llórente aquellos 3.904 achicharrados y 43.263 penitenciados a cárcel perpetua o sambenito? Él lo sabrá, pero conviene pensar en la capacidad de las prisiones de aquel tiempo, cuando la mayoría de los delitos se penaban de muerte, y en que esa cifra era casi el medio por ciento de la población española de entonces —unos nueve millones—, y aun partiendo por igual encerronas y sambenitillos, siempre alcanzaría un dos y medio por mil. Un detalle: con los trescientos que prendió Lucero rebosaban las cárceles de Córdoba y de Toro, sede del inquisidor general.

Por lo demás, puede decirse que su labor fué casi de perfeccionamiento y depuración de *la Santa.* Antes de él, cada diócesis tenía su tribunal; los redujo a nueve, solventando de esta forma enojosos pleitos de competencia. Quedaron sólo Sevilla, Córdoba, Jaén, Toledo, Llerena, Murcia, Valladolid, Durango y La Laguna. En 1513 le estableció en Cuenca.

Vigiló mucho al personal subalterno, mermándole atribuciones y corrigiendo abusos. Fueron legión los expulsados, y algunos potros de buena boca que, en los calabozos, no hacían ascos a la pobre carne de las acusadas, pagaron con la pelleja. Descendía hasta detalles pueriles: mudó por el aspa de San Andrés la cruz latina de los sambenitos, "para que no fuese la cruz de Cristo tenida como señal de oprobio".

Pero veamos la Historia, aunque a la ligera, por orden. Fray Diego de Deza —dominico confesor de Fernandez— era inquisidor general de Castilla y León, desde que murió Torquemada (1498), y es fácil hubiese continuado hasta el fin de sus días sin algunos excesos *de celo* que hizo o dejó hacer. Lo que de él pensaba Nebrija, ya se sabe. A juzgar por la efigie abesugada y estrecha de sienes que aparece en la tabla de los Católicos adorando a la Virgen (El Prado), no debía sentir crecer la hierba. En fin, para entendérselas con los carpinteros de la Vera Cruz no hacían falta tampoco muchos punticos y primorcicos.

Ello fué que un fulano —amargo como la adelfa—, Diego Rodríguez Lucero, maestrescuela de Sevilla, estaba de inquisidor en Córdoba desde el 1500. Mientras vivió reina Isabel iba tirando la cosa, hoy dormidos y mañana a dormivela; pero cuando faltó aquel freno, el padrillo se desmandó, y mediante una tropa de testigos falsos o poco de fiar metió en la cárcel medio pueblo, y no sólo conversos y gentecita de la plaza del Potro; hasta nobles muy crestudos vieron sus casas demolidas y sembradas de sal por sinagogas ocultas. Y, sobre todo, más de trescientos marranos ricos. En su cuita, acudieron a Felipe, a Flandes. Parece acompañaron la queja con dineros, y *el Hermoso* escribió a Deza (septiembre 1505) que suspendiese el Santo Oficio sus actuaciones hasta que él llegara a España. No le hicieron caso, y todo continuó como

antes; visto lo cual, lo mejor de Córdoba: el conde de Cabra, el marqués de Priego y varios caballeros, veinticuatro, fueron a Toro a quejarse a fray Diego, quien les dio largas con muy cristianas palabras, pero sin comprometerse a nada, y Lucero siguió campando por sus respetos.

Desembarcó Felipe, y a poco exigió al inquisidor resignara el cargo en un prelado de su hechura, don Diego Ramírez de Guzmán; él pediría las bulas al Papa. Se murió sin que vinieran, y el dominico volvió a su puesto, si bien delegó sus poderes en don Alfonso Suárez, obispo electo de Indias.

Entretanto, los cordobeses se cansaron de esperar; el marqués de Priego, y todo el pueblo detrás, dando desentonados y espantosos gritos, asaltaron el Santo Oficio, y en una avemaria libertaron los presos y procuraron atrapar a Lucero; pero éste, oliéndóse la tostada, salió como alma que llevan los malos, disfrazado y al más correr de una muía.

Con tal justicia catalana perdió Deza su prestigio, muy minado ya por consentir que Lucero acusase de herejía nada menos que a fray Hernando de Talavera. Se le reprochaba su lenidad con los cristianos nuevos y el haberse opuesto a la implantación de la Santa en Granada; además, por línea materna, descendía de judíos. En un tris estuvo que el viejecillo no fuera a las cárceles inquisitoriales de Córdoba.

En ellas pararon su hermana y sobrinas, y las pobres mozas, tan recatadas y pacatas que salían sólo a misa y bajo tupidos velos, mal se las debieron de arreglar para guardar su recato en los vapuleos y el tormento. Hasta pidieron licencia al Papa para aprisionar a fray Hernando, y Julio II la entregó (13 junio 1506) a don Francisco de Roxas, embajador del Rey Católico en Roma. La tal licencia nunca llegó a los inquisidores. ¿Quién la retuvo? Quizá Fernando o Cisneros. Ello fué que tras muchos trámites de España a Roma y de Roma a España, fray Francisco, que aún no era de la Santa, con una de esas zarpadas suyas por encima de las leyes, mandó libertar (mayo, 1507) los deudos del arzobispo; poco pudo gozar de la alegría, pues murió aquel mismo mes. Tendilla, su gran amigo, redactó en fácil latín su epitafio.

Tal desafuero con un varón tenido por santo colmó la medida. El almirante escribió a Nápoles que convenía para la tranquilidad del reino quitar cuanto antes a Deza, y entonces fué cuando éste, bien *motu proprio,* bien que le fuese sugerida la idea, se dirigió a Fernando dimitiendo el cargo. Le cogió por la palabra, y a renglón seguido (17 mayo) nombró a Cisneros en su lugar.

Cuando se supo en Córdoba mandaron a un chantre y a un arcediano pidiéndole hiciese justicia en su pleito, castigando al malo y libertando al bueno. Los recibió muy humanamente, y, por de pronto, encarceló a los testigos sospechosos, y al lucerito del alba le puso a buen recaudo en el castillo de Burgos.

Y abrió proceso, ante un tribunal de conspicuos, bajo su presidencia; abundaban obispos y miembros de los Consejos de Castilla, Aragón y la Suprema. Fallaron (1 de agosto) recusando a los testigos por falsarios o incapaces, y las acusaciones, por absurdas e inverosímiles. Se manda resarcir de los daños causados, y que por cuenta del fisco sean reconstruidas las casas derribadas de que ya se habló. A los trescientos que por salvarse habían acusado con dolo a inocentes se les condenó, por calumniadores, a la pena del talión. Fueron aquellos cincuenta que ardieron en el auto de fe aludido; otros cien merecieron diversas penitencias, y los restantes de los libertados, por Priego, pasaron al África, poniendo agua por medio entre ellos y el quemadero.

Lucerito quedó por bueno, pero se le separó del cargo y continuó en prisiones. Corriendo el tiempo le dio un canonicato en Sevilla. Quizá fuese un iluso, quizá un loco, y desde luego un bicho dañino, *salvo meliori.* Pedro Mártir, con su boba ironía de humanista, le llama, jugando del

vocablo, *Tenebrerius,* en vez de *Lucerius,* y le debió de caer en gracia su propio chiste, pues le recalca siempre que puede.

Tras esta sentencia intervino también —hacia 1511— en el pleito de la beata de Piedrahita —de la Orden Tercera de Santo Domingo—, a quien unos tenían por visionaria y otros por santa, y cuya fama llegó hasta el Papa. Parece se trataba de una infeliz que se auto-nombraba la *desposada del Redentor,* y decía vivir en familia o cosa así con Cristo y su madre, tanto que se detenía en todas las puertas para dejar pasar a la Virgen, y hacía una zalema al vacío aparente. Cisneros era de los de la Santa y la absolvió, aunque con visionarios de tejas arriba no era muy blando que digamos, como pudo apreciar en sus pecadoras carnes aquel fraile ocañense a quien —a creerle— mandaron por revelación se juntase con mujeres santas para engendrar profetas; y aun parece que del dicho pasó al hecho, con lo cual —como las *asistidas* por fray Francisco de la Parra siglo y pico después— "quedaban valentonas y fortificadas para el servicio de Dios". En fin, un *alumbrado* más. Cisneros, *ipso jacto,* sin más deliberación ni vara de alcalde, le encerró, y a fuerza de fríos y hambres, aliñados con salsa de estaca, le hizo desdecirse de sus dislates en un puñado de días, por creer a pie juntillas, como cierto doctor avaro de razones, que era error de libertinos, cuya desvergüenza no ha de ser impugnada con argumentos, sino con suplicios y tormentos.

Pero dejadas estas niñerías de noveles herejes y beatillas rabicalientes —pues querer aquilatarlos sería entrar en un mar—, sólo falló otro proceso restituyendo los bienes confiscados a los herederos de Juan Enríquez de Medina, condenado *post mortem* por los inquisidores de Cuenca. Otros dos estaban aún por terminar cuando le llegó su noche.

ABAD Y BALLESTERO…

Libre Cisneros del quitasueños del gobierno, rebrotaron en él con nuevos bríos los proyectos de conquista africana. Parece que —como tantos otros— soñó con la liberación de Jerusalén, mediante una cruzada de príncipes cristianos. Apuntó alto y dio en Oran, y gracias que abatiera la pieza, pues tan a la diabla se llevó el negocio que fué un fortunón saliese bien.

Ganado Mazalquivir —en 1505, por el alcaide de los Donceles—, la empresa contaba con una frontería sólida, sólo a tres leguas de Oran, jornada breve de medio día. El alma de este empeñó fué también el fraile, dando ánimos -—y lo que es más, dineros— para la empresa.

En España buena parte de los soldados de Italia, ociosa la nobleza —gran peligro— y sin guerra alguna a la vista, la ocasión era propicia. Y únase, además, el optimismo que en un país fundamentalmente agrícola trae una buena cosecha. Porque el 1508 —*el año verde*— dejó fama por mucho tiempo: como en un triunfo de deidades agrestes, rebosaba el reino en mieses y frutos.

Maduro y muy maduro estaba el plan en la terca sesera cisneriana. Jerónimo Vianelli —durante la regencia— habíale iniciado en pormenores topográficos, e incluso construyó un plano de bulto de la ciudad de Oran, con sus casas, mezquitas y castillos, puerto y surtideros. Conocía bien la banda de Berbería, por haberla corrido traficando en las naves de su patria véneta. Tan grato le fué el hallazgo de este audaz italiano que dio a sus servidores orden no hubiese para él puerta cerrada, y muchas horas pasaron conversando mano a mano.

No sólo con Vianelli, también con su amigo el Gran Capitán platicaba a menudo de *re bellica.* Y preguntándole un día lo que era menester para aquella guerra, el cordobés, sonriendo con cordobesía, díjole que tres cosas: dineros, dineros y dineros. Ya era viejo —y desengañado en frío, que es lo peor— y sabía bien cuántas batallas ganan las lanzas de plata. Por eso no había de quedar: el arzobispo era más rico que Creso, según pondera Pedro Mártir.

Así, día a día, iba perfilando su intento. Malo es se junten en una mano espíritu y poder. Malo, claro está, para los contrarios. Aquí salió verdad en alma y letra lo de abad y ballestero, mal para los moros.

Sondeó al rey: a Fernando le parecía muy bien, pero no había mosca. Le salió al paso —longánime— el fraile : adelantaría lo preciso para las pagas y bastimentos de las tropas durante dos meses. En conjunto, se aceptó; faltaban los detalles. Cisneros le insinuó capitanease en persona la empresa: así arrastraría a la nobleza y a las poderosas Órdenes militares, de las que era maestre. Se mostró harto tibio: los años y una niña tier-necita a la vera mitigan los ardores bélicos. Propuso entonces a Gonzalo de Córdoba, pues tras él —flor de la caballería, gloria de la guerra y milicia de España— toda la juventud correría a las armas, y encuadrada por sus hombres de Nápoles, tan usados en el ejercicio robusto de la guerra, nada podría resistirles: lanzas de mozos, consejos de viejos... Peor que peor; ni se fiaba de Gonzalo ni de fray Francisco, y mucho menos de los dos juntos, y con un ejército entusiasta a sus espaldas. Dio largas, y al cabo, fiel a su táctica de oponer hombre a hombre, ofreció a Pedro Navarro, y luego le impuso (20 agosto) como maese de campo. El efecto fué fulminante: los nobles se negaron a seguir a tal caudillo, que ayer era un descalzo y hoy no cabía en sí de soberbio, y lo mismo los caballeros de las Órdenes. De empresa nacional se achicó a expedición militar, y si no paró en gacia y piratería fué por el temple del fraile setentón.

Porque Navarro no separaba guerra de rapiña. De tal molino, tal harina, es claro: ni aun su nombre se sabía bien, quizá fuese vizcaíno y no navarro. Grumetillo en el Cantábrico, *condottieri* en Italia, pirata en los mares de Levante, buen soldado del Gran Capitán, era un maestro en volar fortalezas con pólvora; en la guerra, jamás se desnudaba las armas. Fernando le hizo

conde de Oliveto. Aún no había pasado un mes desde que deshiciera a los berberiscos que saqueaban las costas de Granada, quitándoles, además, su nido, el peñón de Vélez de la Gomera (23 julio).

Púsole al habla con Cisneros, y no fué corto en pedir hombres: diez mil picas y coseletes, ocho mil escopeteros, doscientos gastadores y dos mil de a caballo, de ellos quinientos a la guisa y los demás a la jineta; otrosí, doscientos escopeteros montados, milicia nueva que se iba a estrenar en aquella función de armas. Las mantenencias y naves iban al respective. A todo dijo amén el fraile, pues ni se le cocía ni se le asaba hasta ver a Oran en sus manos.

Quería andar listo a toda costa; pero el rey no tenía ninguna prisa; y empezaron a surgir dificultades: mala sazón el otoño para la mar y tierra de África, tropiezos en el juntar vituallas, morosidad en la recluta, intrigas, suspicacias...

Se pasó el año sin apenas hacer cosa de provecho. Por último, Fernando habló casi claro: se aplazaba hasta la primavera siguiente. EL viejo pilló una buena corajina: ¿de qué valía su presteza en disponerlo todo, en apartar estorbos? ¿De qué las tropas alzadas y ociosas? Tiempo y dineros perdidos, criar carnes y vicios.

En fin, se repuso. Y empezó a sacar cuentas para afrontar la demora: aunque era rico, todo y más hacía falta. Recurrió a su Cabildo. Obtuvo cuanto quiso, mas sin que constara en acta, para no sentar precedente.

Con el año nuevo el rey comenzó a dar calor a la empresa. Hacíanse levas en Andalucía, se buscaban navios. Parece que, mancomunado con Navarro, pensó en emplear los recursos del cardenal en robar la costa norteafricana; tenía echado el ojo a Tremecén —una buena ciudad, redonda como un dinero, situada entre olivares y muy semejante, por entonces, a Écija o a Oné, ambas tierra adentro, y, por tanto, malas de defender—. Pero no se trataba, de eso: ganarlas, saquearlas a carga cerrada y sin desatar fardeles, y a las naves y a España, ajorando trincas de cautivos. Pero tan resuelta fué la oposición cisneriana que hubo que desistir: como pagaba, mandaba.

En fin, el 19 de enero vino orden real de levantar gente. Y se señalaron los jefes, que no eran malos: Diego de Vera, con la artillería; Vianelli, maestre de campo; López de Orozco, al que en la guerra de Granada llamaban los moros *el Zagal* (el Valiente); Gonzalo de Ayora, táctico e instructor de milicias, veterano de Italia; Pedro Arias *el Justador,* gran lancero; don Rodrigo de Moscoso, conde de Altamira, el único titulado que iba en el ejército. La caballería la mandaba García de Villarroel, sobrino de Cisneros.

Entre la gente había de todo: muchos de tierra de Toledo, vasallos del arzobispo; otros de Andalucía, Asturias y Cantabria (montañeses y vascos), y quinientos aventureros venidos de un sitio y de otro. La armazón férrea de esta hueste eran los tercios de Italia, avezados a cortar laureles.

Cuando todo estuvo en su punto salió de Alcalá el prelado con lucida cabalgata. Entró en Toledo entre campaneos y vítores; allá abajo, en la vega, las compañías iban y venían con banderas tendidas y paso igual; de vez en vez, una descarga de arcabucería.

Naturalmente, por su estado e idiosincrasia llevaba las cosas a lo divino: encomendó la empresa a la Virgen del Sagrario —patrona de la Imperial Ciudad—, un día sí y otro también había públicas rogativas por el triunfo, y los conventos —abundantemente limosneados— pagaban en paternostes y aves. Tal rociada mística desataba las burlas de los veteranos, por ser cosa de chiste —decían en sus corros y juntas— ir a la guerra el cardenal, mientras el Gran Capitán estaba en Loja triscando rosarios.

—¡Voto va! Seguir hombres de pro a quien se viste por la cabeza, ¿cuándo se vio? El capitán quiérolo renegador y cruel, y que no tema a Dios ni al diablo.

Hablillas de campamento, sin importancia, pues clásica es la jocosa impiedad de los soldados; peor era la enemiga mal velada de Navarro, su manera cerril de producirse, contra la cual no podía por menos de reaccionar el purpurado. A tanto llegó aquel pica y pica-rete, que el cuadillo juró al cardenal, delante del conde de Altamira, no hacer cosa que él no dispusiera y, por su parte, Cisneros le encargó de cuanto atañía al avituallamiento y orden del ejército.

Poco después, el 21 de febrero, partió hacia Cartagena, señalando el 15 de abril para el embarque de las tropas: ocho días antes estarían en Murcia. Por tierras de la Mancha iba repartiendo limosnas, pues nunca se desbarató jornada ni empresa por ocuparse un poco en el pobre. Tras él, a honesta distancia, bajaba hacia el mar aquella manada de milanos.

Llegó a desino con su familia de clérigos. No tardó mucho en avisarle Pedro Navarro, desde Málaga, que ya tenía en la marina diez galeras y ochenta naves menores; en cuanto abonanzara el tiempo les mudaría de puerto a puerto. Había también que esperar a reunir catorce mil soldados: para Pascua los tendría. Se esperó.

Y comenzaron a afluir tropas. La tierra era estéril, pobre de mantenimientos, y brotaron las violencias, las pesadumbres, los atropellos. El cardenal pidió al rey alcaldes y alguaciles de corte que hicieran las justicias precisas en el ejército: no quería intervenir en causas criminales.

Estaba algo decepcionado; "pensaba que sabía ordenar estas cosas" —escribía después, ya en la nave—. En la guerra, lo veía ahora, todo son pecados, peligros y mala paga. El fin podía ser alto; los medios, siempre brutales, duros. Nunca más cierto que Dios escribe derecho con caracteres torcidos.

Altos y bajos robaban según lo largo de sus uñas; de sartenazos y quimeras ya nadie hacía caso. Y surgió el conflicto, el de siempre: las pagas. Alzó el gallo un compadre complutense, maese Amoldo, zapatero remendón por más señas: ¿cuál halcón salió de caza que primero no cebasen? Y todos a una, jugando las picas, gritaron:

—¡Paga, paga, que rico es el fraile! —y se encastillaron en un cerrillo.

Vianelli, el duro veneciano, comenzó a remediarlo con paliativos: ahorcó a unos y a otros los asaetó. Cisneros tuvo lástima; muchos eran subditos suyos, con mujer e hijos. Mandó a su sobrino Villarroel a decirle se reportase un alguillo. Si éste pecó de brusco, al ítalo se le fué la lengua en la respuesta. Salieron desafiados, y Villarroel, a la primera, le rajó los cascos de una cuchillada.

Tuvo entonces el cardenal un golpe hábil que acabó con los morotes; puso al capitán Salazar —hombre donde hubiere hombres— al mando de los de Nápoles, los más levantiscos, y en cuanto se hizo un poco de paz anunció que se iba a pagar a todos en las naves.

Y así fué: vinieron en carretas, enguirnaldadas con flores, talegones de oro, ceñidos de laurel, y, ante el milagro, los reniegos se volvieron vítores.

Embarcó la gente (13 mayo 1509), pero por falta de viento no pudo zarpar hasta el 16, en amaneciendo, del famoso puerto de Cartagena, uno de los tres de África, según Andrea Doria. Los otros dos, junio y julio.

LA "GANADA DE ORAN"

Como si el fraile "tuviera el viento en la manga , llegaron a Mazalquivir *(Puerto Grande)* al otro día —la Ascensión—, de sobretarde, las diez galeras, ochenta naves y embarcaciones menores de la escuadra. Al amanecer del viernes se echó la gente a tierra. Navarro y Vianelli no querían desembarcar la caballería, por reputarla inútil en tierra tan quebrada; disculpas: la verdad era que la mandaba Villarroel y había que impedirle lucirse.

La morería apostóse en lo alto de la sierra que separa ambas ciudades, cerrando el paso: oraneses, gentes de Tremecén y su reino, aventureros... La noche antecedente coronaron furiosas almenaras los riscos más señeros.

En cuatro cuerpos de a dos mil partiéronse los cristianos, a vanguardia los tercios de Italia. Vino el cardenal, muy galano de pontifical, en su muía, con cruz alzada y clerecía canora de latines. Les echó una arenga más que plática, hablándoles de las fechorías de aquellos tunos en las mares y playas españolas; él les deparaba ocasión de vengarlas en junto, ¡duro con ellos! Y por postre les bendijo con su mano sarmentosa, y soltóles unos hisopazos de agua bendita.

Y como era todo un hombre, picó hacia el moro. Los capitanes se opusieron; para jugarse el corazón a pares y nones ya estaban ellos: no era aquél su puesto. Trabajo les costó reducirle; al fin, allanóse y entró a rezar en una ermitilla consagrada a San Miguel.

Navarro dio la orden de romper, y en aquel momento, espantado con la barahunda, salió a todas piernas un fiero puerco (jabalí); le corrieron alegremente gritando: "¡Ahí va Mahoma!", y le mataron a lanzadas. Entre tanto, toda la tormentaria cristiana tronaba a una; los moros hicieron jugar la suya; se armó una ensalada de tiros que daba gloria, y el aire se llenó de clamores y de palabrotas. Montaña arriba trepaban con los rostros furiosos, fieros, regañados. Se avanzaba poco: la cuesta era agria y desde suso santiguaban con lanzuelas, piedras, garrotes y balas.

El cardenal, que debía tener los labios en el rezo y el corazón en la trifulca, vio la falta que hacían los caballos, y corriendo a la marina juntó los que habían desembarcado, a pesar de la orden, y los lanzó al combate y a defender los portillos de la sierra, por donde los enemigos podían picar la retaguardia. La gente de a pie se animó al verlos venir, y de un empujón llegaron a la mitad del monte. Suerte fué topar allí con una aguada fresca y abundante. De cabeza se echaron a ella, bebiendo a morro, sedientos, trabajados, requemados bajo las armaduras. Entre unos higuerales plantaron sus cañones, y con esta ayuda y el alivio del agua alcanzaron los altos y se trocaron a pica y cuchillo con los pocos que les esperaban.

Pero caía la tarde; la ciudad era fuerte y bien murada —más fuerte que Toledo y Segovia, dicen los cronistas de entonces—, difícil de asaltar sin escalas ni aprestos. Navarro consultó al cardenal: "¿Qué se hacía?" Le respondió: "Atacad al punto. Son nuestros."

No se lo hizo repetir; como en sus buenos tiempos, cuando era un "pica seca", se entró en la brega con la su gente escogida, la de Italia, dando el ¡Santiago! Aquellos diablos, sin orden ni concierto, como locos, se echaron sobre los moros, que no les aguardaban. Revueltos con ellos, atropellados, polvorosos, llegaron hasta los pies del muro. Los de adentro, viendo mezclados trigo con cizaña, no abrieron las puertas, y allí quedaron todos los fugitivos: ni uno escapó.

—¡Entrémonos por esa ciudad de buenos 1

Sin mirar lo que hacían, arrimaron la pica a la muralla, y subiendo por ella ganaron el adarve. Espantaron a los defensores jugando lanzas y espadas a todo matar, y tirándose del muro abajo franquearon las puertas. La ciudad era cristiana. Viejo es que "El tudesco en campaña, el italiano tras muralla y el español a ganalla." Ochocientos moritos quisieron resistir, entrar en la Alcazaba; no pudieron, no se hallaron las llaves... Ochocientos muertos más.

En el puerto, la escuadra sacudía a las baterías de tierra, que aguantaban firme; sólo al saltar hecha añicos la mejor pieza que tenían huyeron. Ya no hubo remedio, cayó la almedina: doce mil entre muertos y cautivos. Algunos elevan a ocho millares éstos; no es probable, seguramente fueron menos, muchos menos.

Y hay un caso —bien vale contarle de pasada— que pinta a la gente del Norte en cuerpo y alma: el asalto a la mezquita mayor. Cerradas las recias puertas, desnudos los muros, no había modo de rendirla; un grupo de cántabros trepa por las picas al tejado, abre un boquete a linternazos, miran por allí abajo: un hormiguero de moros. Dos hermanos vizcaínos —los Arriarán—, sin pensarlo más, se santiguan y se tiran de lo alto; detrás todos, espada en mano. Como pudieron, hincándola muchas veces hasta la cruz, ganaron la puerta, la abrieron de par en par; entraron los otros lobos, la sangre vaporeando en las lanzas.

Duró el saqueo y degollina Dios sabe cuánto. Hubo hombre que ganó diez mil ducados. Más de quinientos mil valió lo que robaron y escondieron, para no pagar el quinto al rey. Los tamborcillos jugaban doblas de oro como blancas; los esclavos se vendían a cuatro monedas de oro, entre lance y lance de dados. Y todo ante una *naturaleza muerta* de cadáveres y despojos, y en una tierra tan bañada de sangre que teñía los pies, y los perros andaban aquí y allá saboreándola.

El domingo entró Cisneros, por mar, en la ciudad. Viola tan blanca, rodeada de huertas, frutales y frescuras, que le alegró el alma: ya era cristiana aquella paloma entre matitas de albahaca; traería para defenderla los caballeros de Santiago del Espada. Recibió de manos de Cedrín, su alcaide, las llaves de la Alcazaba. Aún en calles y plazas había muchos muertos, con la carne oliscando a corrompida. Echaron un sinfín en simas, quemaron a otros y a algunos les cubrió la tierra.

Sacaron de sus cepos y cormas trescientos cautivos cristianos, que bien desimaginados estaban de su libertad. Los amos de antes eran esclavos ahora, y lloraban su ciudad.

—¡Ay de mí! ¡Cómo caíste, flor de las tierras, princesa de las provincias, sol y sal de las gentes!

Consagró el cardenal las mezquitas: una a Nuestra Señora de la Encarnación, y otra "en que había muchos moros muertos" al Señor Santiago, que ya está bien curado de espantos y no muere de coz de gansa.

Ofreciéronle después el botín: sólo tomó el quinto del rey; lo otro, para los gastos del ejército.

Tal fué la *ganada de Oran,* representada con la convención técnica de la pintura de batallas por Juan de Borgoña en la capilla mozárabe de la catedral toledana. Poco ha quedado de ella: el estandarte de Cisneros, las larguirichas llaves de la Alcazaba, las campanas de la Universidad, fundidas de los cañones moros, un puñado de manuscritos árabes.

Por discrepancias con Navarro —y con el rey, que le hacía espaldas— embarcó para España tres días después (23 mayo), y por la noche llegaba a Cartagena. Volvía pálido y demacrado; seguíanle cautivos y camellos cargados de despojos, la parte realenga del botín. Para él sólo guardó códices árabes de astrología y medicina, y una gavilla de banderas que colgó en la iglesia del Colegio Mayor de San Ildefonso. Pero Fernando, siguiendo una sospecha que comenzaba a espinarle el corazón, hizo registrar las casas arzobispales, temiendo le escondiera parte de la ganancia... Sí, sí, ¡las ganancias del Cid! Así paga el diablo a quien bien le sirve.

AMBICIONES

Tras su breve salida marcial retornó a las letras, a su Universidad, a su Poliglota. Volvió a ser el Mecenas rodeado de sabios, el prelado celoso, el cuidador prolijo de la hacienda de Cristo.

Mientras, rey Fernando era arbitro de Castilla —y de Europa—. Nunca gobernó tan a sus anchas, ni gozó tanto del vivir. Pasada la malaventura, todo eran bonanzas. Tan bien estaba que, como siempre- ocurre a príncipes y a pueblos, quiso estar mejor, y su ambición cuajó en guerras. En África cayeron Bujía y Trípoli y, a pesar del ramalazo de los Gelves, los reyes de Tremecén y Túnez rindiéronle vasallaje, con un fastuoso presente en que, sobre el dolorido canto llano de esclavos cristianos libertados, contrapunteaban caballos finos de cabos, un león manso y una mocita de sangre real muy hermosa, y "blanca como nieve" pese a los tremendos soles de Berbería.

Son los años de la Liga de Cambray —con el Papa y Francia contra Venecia— y de la Liga Santísima —con Venecia y el Papa contra Francia—, en que unos y otros procuraban engañarse a la media vuelta. Todo desvanecido hoy como humo, vuelto historia. Es decir, todo no; las chispas de Italia prendieron en Navarra, cuña entre Aragón y Castilla en la solana de los Pirineos, abierta a Francia, pues franceses eran sus reyes Juan de Labrit y doña Catalina.

Un tratado ofensivo-defensivo de ambos reinos motivó *casus belli.* Y allí fué el duque de Alba, saco de osares ya, con seis mil infantes y dos mil quinientos caballos (18 julio 1512). Iba en vanguardia Luis de Beaumont —el de la barrabasada de Laujar—, pero esta vez atado en corto, con orden de no causar males a los pueblos, de no destruir sus haciendas ni maltratar sus personas. Era, como todos los de su casa y paren-tado, partidario de la malmuerta doña Blanca.

Fué una marcha sin sangre. Huidos los reyes, casi no hubo resistencia. El 25 entró el ejército en Pamplona. El 9 de septiembre se rindió Tudela —la última—, acometida desde Aragón por don Alonso, el bastardo del Católico. Alba avanzó hacia el Norte; pisó tierra francesa, ganando San Juan de Pie de Puerto. Pero se cambiaron las tornas; quince mil, entre galos y navarros, se le echaron encima, mientras por Guipúzcoa entraba hasta San Sebastián. Perseguido, tuvo que encerrarse en Pamplona y padecer un cerco, esperando socorros.

Estaba el rey en Logroño y con las malas nuevas —trabajos de guerra dudosa no son para viejos— cayó en tan negra melancolía que Cisneros —no le guardaba rencor a pesar de sus cutimañas— envióle a *Santülos,* un albardán de su casa que placía mucho a don Fernando, para que le distrajese con sus buenos dichos.

Le trajo suerte el loco. El duque de Nájera entró por Puente la Reina con quince mil hombres; los beaumonteses hicieron un esfuerzo más, se descercó Pamplona y los gabachos fueron expulsados ultra montes. Y lo mismo en Guipúzcoa. Como aliados de un reino en entredicho —Francia lo estaba por haber reunido el Concilio cismático de Pisa contra Julio II— el polvorilla del Padre Santo excomulgó a los reyes y les depuso de su trono. Fernando el Católico hizo lo demás: para algo han de valer los ejércitos. El 23 de marzo de 1513 juraron fidelidad las Cortes navarras ante el primer virrey, el alcaide de los Donceles, quien a su vez juró guardar los fueros. Ya era España Navarra, ya reposaba, al fin, el viejo reino lacerado de banderías.

Y esto fué lo que sacamos de la Liga Santísima. Esto y los muertos en la rota de Rávena, donde nuestros infantes aniquilaron a puñaladas y estocadas a los lansquenetes, no obstante sus picas tamañas como varales; lo que convenció a Maquiavelo de las ventajas de la legión romana (espada corta) sobre la falange griega (lanza larga). ¡Poco os duelen, don Jimeno, cuchilladas en cuero ajeno!

MADRIGAL, MADRIGALEJO

Ya nada más hizo Fernando, si no es creerse demasiado mozo, y la francesita no le sacaba de su yerro, antes por el contrario. Buscando quizá más deleite o, probablemente, hijos que se alzaran con el reino de Nápoles —murió de pocos días el que tuvo años atrás, 1509—, propinóle en Medina del Campo un afrodisíaco —*potaje crudo* le llaman los cronistas— que el viejo amador tragó sin escrúpulos.

Mal le sentó, como se verá. Buscando cada cual sus fines, iban al fin que ninguno buscaba: la muerte. La ambición nunca cuenta con ella, y el placer la ignora. Germana le tenía rijosillo. Parece ser que las cojitas son peligrosas en las lides de amor. Brantóme les atribuye *quelque certain mouvement et agitation* —en la hora de la verdad— *qui ne se encontré pas aux autres,* y el refrán se pone de su parte: quien no conoce coja, de Venus no goza.

Así será; pero en lo que atañe a rey Fernando fué dulzor confitado en penosa amargura. Tras el brujesco comistrajo quedó muy débil y abatido: todo le hastiaba y parecía mal; cobró horror a encerrarse en poblaciones, gustando sólo de andar por montañas y bosques. En sus dos últimos años, mientras se pudo tener a caballo, no paró de caminar. Como su hija doña Juana, sentía una terrible pasión por correr tierras, y de ésta no había quien le librara, porque no seguía a ningún muerto: el muerto iba adentro. Viendo un cambio tan grande, pensaron si le habrían dado hierbas... No, ¿Para qué? Es lo de siempre.

—Tornáronse en carbones.

—Dichas son de hombres.

Perdió el gusto al gobierno —su pasión de toda la vida— y, viéndose sin humor, lleno de acedías, quiso echarle en los hombros de Cisneros; pero el viejo estaba en Alcalá, dando la última mano a su Poliglota. Veía la muerte cercana, no había que perder momento: setenta y ocho años trabajados y llenos de alifafes no alientan mucho la esperanza. Se hacía el sordo a las llamadas del rey y su consejo. Pero a su retiro llegaban cartas de amigos que le tenían al corriente de los grandes asuntos de entonces: Navarra, Italia.

Por Semana Santa (1515) estuvo Fernando con Germana en los Jerónimos de la Mejorada. De allí se separaron : ella a presidir Cortes en Calatayud; él, a las de Burgos (15 junio), en que se unió Navarra a la Corona de Castilla. El 27, tan malo se puso que le dieron por muerto.

Sanó, sin embargo, y en Aranda de Duero revocó su testamento anterior en que nombrara regente de Castilla a su nieto don Fernando: le cambió por Cisneros.

Tan consumido estaba, tan cansado, que pidió con vehemencia al arzobispo que viniese. Vino éste al fin: se vieron por última vez a la entrada de la villa, sobre la puente del Duero. Se saludaron con amor: a fuerza de verse viejos y solos llegaron a quererse. Poco después se separaban para siempre.

El rey seguía hundido en su hastío, en su tedio, en su decaimiento. Aún dio un ballestazo, por celos; mandó encerrar en Simancas a micer Antonio Agustín, vicecanciller de Aragón, que había requerido de amores a la reina Germana. Tiñéronlo de otro color, pero fué así.

Bajó hacia Sevilla, en busca de sus aires, tan templados, empalmando monterías, ¡y no podía apenas sufrir el afán del monte! Corrió venados en las dehesas del duque de Alba; se le explayaba el corazón con el aire del soto y la alegría cinegética, con los cantarcillos de los monteros al regreso portando las piezas cobradas :

Aquel ciervo cariblanco
que corre por aquel llano,
quien fuere mi caballero,
tráigamelo a la mi mano.
Días ha que yo ensoñé
que mi mal no será sano
si no me traen un ciervo
cariblanco y rabicano...

o el otro más antañón:

Tres monteros
matan el oso;
monteros son
del rey Alfonso.

Posó luego en Plasencia, tierra abrigada, y de allí bajó a la Serena, "por gozar de los vuelos de las garzas, que los hay en aquella comarca muy buenos". A fines de diciembre fué a Trujillo, donde moró hasta Reyes, y de acá para allá llegó a Madrigalejo. No había otro acomodo que la posada, y allí se alojó. No pudo seguir ya.

Las nuevas de su dolencia llegaron a Flandes. De allí vino Adriano de Utrecht, mandado por su nieto Carlos. No lo quiso recibir, lleno de coraje:

—No viene si no a ver si muero; decidle que se vaya, no le quiero ver.

Y era verdad, a eso venía. Pasado el arrebato, le llamó, hablóle con dulzura, le dijo que le aguardara en Guadalupe, donde estaría mejor...

Empeoraba, pero no creía morir, siempre esperanzoso y terne de alma, ya que no de cuerpo: con estar a puesta de sol, le parecía que su día no había de anochecer. Además, *la Beata* de Barco de Ávila le hizo saber, en nombre de Dios, no finaría hasta ganar a Jerusalén. Él lo creyó, pero no los que le rodeaban, que le veían morir por puntos. Ni hablar de disponerse; estaba lleno de salud y dispuesto para vivir otro largo curso de años; fray Martin —su confesor— más venía a negociar memoriales que a entender en el descargo de su conciencia.

La reina llegó el 21 de enero. Si se descuida no le ve vivo; entre las doce y la una de la noche, entrado ya el miércoles 23, le llegó el partir, el arrancar la vida de las carnes.

El día antes, al fin, confesó y comulgó; escribió a su nieto, a Flandes, una carta de despedida, y firmó su testamento: nombraba a Cisneros regente de Castilla, y a su bastardo don Alonso, de Aragón, hasta que viniera don Carlos a España. De poco más tuvo que testar; apenas si dejó con qué enterrarle.

Le amortajaron en hábito de Santo Domingo, y tan deshecho y desencajado estaba que no parecía él; hasta se le desprendió parte de una quijada: en yéndose el alma queda el cuerpo como una choza sin pastor, que luego se cae. Le llevaron a enterrar cabe Isabel, a San Francisco de la Alhambra.

Y porque ese halo de superstición que le rodea no le dejara hasta el huerco, tuvo que cumplir, quieras que no quieras, su *fatum.* Un estrellero judiciario le auguró moriría en Madrigal, y prolijamente, ahincadamente, evitó siempre entrar allí: en las agustinas tenía dos bastardas, a las que bien quería; le esperaron en vano años y años... Esto robustecía también su ciega confianza en vivir: ¡Madrigal estaba tan lejos, tan lejos, que ni aun sus altas torres se veían!

Pobre rey, tomó demasiado a la letra el horóscopo; sin duda, allá en los astros no se aquilata hasta los diminutivos: Madrigal, Madrigalejo...

EL "REY JIMÉNEZ

Avisaron a Cisneros de la muerte del rey y de su testamento, rogándole viniera a Guadalupe a encargarse del gobierno. Fué en seguida; pero ya el infante don Fernando, que estaba en el gran monasterio Jerónimo, había llamado al Consejo para darle órdenes como regente. Le contestaron, secos, con un versillo de San Juan: *Non habemus regem nisi Caesarem.* "No tenemos otro rey que el César", es decir, Carlos. Cedió el mocito; tenía trece años y consejeros que le llenaban la cabeza de viento: su ayo, su maestro y, en la sombra, la reina Germana. Cisneros no le perdió ya de vista.

Salvado el primer obstáculo, surgió el segundo. Adriano de Utrecht mostró su nombramiento de regente, firmado por don Carlos. El príncipe no entraba en posesión del trono sino a los veinte años; no teniéndolos, mal podía conceder la regencia. Sin embargo, se recurrió a una fórmula de arreglo: le consultaron cuál de los dos prefería.

En el ínterin, Cisneros disipó un nublado: los santiaguistas -—muerto el rey, su gran maestre— no querían depender más de la corona. Uno de los comendadores, don Pedro de Portocarrero, hermano del duque de Escalona, consiguió en la Curia romana promesa del maestrazgo y convocó el capítulo de la Orden: que le eligiesen, que después ya sabría mantenerse a punta de lanza. Echó la cuenta sin el fraile. De acuerdo con Adriano —hombre bueno y tranquilo—, lanzó sobre el capítulo y tierras levantiscas cuantas tropas pudo, y el conciliábulo se deshizo en un credo, marchándose cada comendador a su encomienda, con buen ritmo de pies.

Esto le abrió los ojos: Guadalupe, a un extremo del reino, demoraba la acción. Buscó sitio desde donde todo se avizorase. Madrid, en el centro, villa realenga donde apenas tenía arraigo la nobleza, y respaldada por su Toledo, era la mejor. Allí plantó sus reales.

Carlos, en tanto, a pesar de sus consejeros flamencos, se inclinó al arzobispo, comprendiendo que a un extranjero —y pastaflora— como Adriano le sería imposible contener a los grandes, que eran de los que dijo el diablo: "Hartos tengo." Dejóle, pues, junto a Cisneros como su embajador. De esta forma, legalizado su nombramiento por el rey muerto y el futuro rey, fray Francisco esperó lo que viniese.

Y no tuvo que esperar mucho. Don Pedro de Girón, conde de Ureña —el fierabrás que abandonó a don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja—, por pleitos de herencia (estaba casado con una hermana del duque de Medinasidonia) cercó a Sanlúcar de Barrameda, villa de éste. La inmemorial enemiga de los señores andaluces salvó a la puebla, socorrida a tiempo por el marqués de Cádiz, quien avisó a Cisneros del trance. Mandó a toda prisa tropas y las milicias de Córdoba y Sevilla, y Girón desistió de la empresa y escondióse en un cortijo hasta que el cardenal le perdonó.

Demasiado pronto esta vez, pues en cuanto no tuvo que andar a sombra de tejado se dedicó a fraguar una liga de nobles contra él, volviendo por rosas espinas. Estaba bien emparentado, y, además, la idea sabía a gloria a aquellos cabizmordidos, ligeros y prontos en obedecer a su hiél y amargura. El condestable de Castilla, tío de Girón, encauzó los descontentos: el conde de Benavente, los duques de Alburquerque, Medinaceli e Infantado; la flor y primicia del reino.

Hablóles con brío: era indigno dejarse subyugar por un fraile nacido en las malvas, que siempre les mostró su malquerencia y hasta pretendía cercenar sus haciendas... (Ahí trababa el arado: quería volviesen a la corona los señoríos retenidos sin justo título.) Y terminó su arenga diciendo que él no le prestaría obediencia mientras no le enseñase los más amplios poderes firmados por don Carlos.

Infantado dio otro rumbo al negocio: el fraile era fuerte y duro de hecho y dicho. Prudencia, pues, y mala intención. Quedó la cosa en mandar a un yerno del duque, Alvar Gómez —gran hablista y cuajaenredos—, a 'minarle la tierra en Flandes.

Cisneros, percatado del embrollo, amenazó: no turbasen el reino, porque la pagaban. Aquí encaja la anécdota famosa de los linajudos que le pedían mostrase sus poderes. Abrió un balcón sobre la plaza de la Paja:

—Ésos son mis poderes.

Y eran cañones disparando. Tiene el cuento buen aire, pero no es de creer; aquellos pejes, que pasaban avara y soberbiamente su vida, nunca se atrevieron a hablarle de par a par.

Pero no fué sermón perdido para el fraile, y siguiendo la ruta iniciada en su primera regencia, con más ímpetu ahora, y con el coronel Rengifo —buen soldado— por asesor, el 27 de mayo del 16 publicó un decreto creando el ejército permanente. Siempre gustó mucho de las cosas de guerra —"era tan aficionado a las armas como a las letras y virtud"—, y en el círculo cortesano-marcial en que vivió muchos años, con amigos capitanes expertos —Gonzalo de Córdoba, Tendilla, el Rey Católico—, se inició en la teoría; para la práctica bastáronle los tragos de Oran. Las levas de gente cuando se veían las orejas al lobo le parecieron mala norma, pues, como el caso urgía, había que apechugar con todos. Preferible era un alistamiento normal y voluntario, mediante el cual todo hijo de vecino que cargase con el arcabuz o la pica tendría compensaciones tributarias, eximiéndole de gabelas y pechos.

Pidió autorización a don Carlos; pero antes de que llegase su venia ya echó pregón por las ciudades del reino. Se acogió con entusiasmo: en pocas semanas pasaban de treinta mil los milicianos que junto a las murallas nativas hacían ejercicios, usándose en las armas.

Mientras los populares sencillos y turba bienintencionada acogían en palmillas el edicto, los nobles recelaban, y se opusieron resueltamente: armar al estado llano era una mengua de sus privilegios. Las viejas ciudades de Castilla, puntillosas de sus prerrogativas locales, se soliviantaron, viendo con celos y resquemores crecer un fuerte poder central: chispazo de *Comunidades,* al fin y al cabo. León, Burgos, Salamanca, Arévalo, Olmedo, Medina, Madrigal pusieron dificultades al proyecto. Valladolid, más rica, fué más allá y tomó las armas, instigada por don Antonio de Roxas, arzobispo de Granada, presidente del Consejo real y enemigo solapado de Cisneros, quien embarcó al almirante y al obispo de Astorga. Se alzaron en rebelión abierta contra *el tirano,* negándose a acatar orden alguna suya.

Cisneros escribió a don Carlos explicando cuánto ganaba la autoridad real con las nuevas milicias y pidiendo armas y corazas. Entretanto, trajo de Navarra ochocientos jinetes y los acercó a los sublevados. De Flandes vinieron órdenes terminantes de someterse al regente, lo que hicieron todas las ciudades, sin chistar.

Se ocupó, a la vez, en la escuadra, aumentándola en veinte galeras. Falta hacía, pues Aroujud Barbarroja rondaba nuestras costas mediterráneas. Fué afortunado: frente a Alicante (julio 1516) cazaron sus navios cinco bajeles turcos: dos hundidos y tres cautivos. Para aumentar la armada restauró las casi extintas atarazanas de Sevilla. Sabía el valor de los mares; también dijo esa frase, ya tan manida: "No puede ser ninguno poderoso por la tierra si no lo es por la mar."

Fomentó los molinos de pólvora en Burgos y Fuenterrabía, y las maestranzas fundían abundantes cañones. En su honor los llamaban *San Franciscos,* y había una bombarda de tan desaforado y temeroso tronido que por ella se dijo lo de *guárdate de San Francisco.* Aún le parecían pocos, y mandó construir más en Flan-des (octubre 1516).

Por entonces hubo un serio peligro en Navarra. Francisco I, recién subido al trono y apoyado por los agramonteses, preparaba la invasión, de acuerdo con muchos naturales del

reino. Cuentan que el Cristianísimo mandó primero a pedir Perpiñán, si no la guerra. Agarró el fraile su cordón, y le dijo:

—Haga el rey lo que quisiere, que a tres cordonadas que dé con este cáñamo le tomaré toda Francia.

Quitó, por poco adecuado para el caso, al alcaide de los Donceles y puso de virrey a don Pedro Manrique, duque de Nájera, hábil en las armas y con muchas tierras en la frontera. Por odio hacia éste, el condestable de Castilla apoyó a Juan Labrit, y tal estaban las cosas que el rey destronado creyó ganada la partida. Pero un capitán, Fernando de Villalba, deshizo con un golpe afortunado toda la hueste en los congostos de los Pirineos, aprisionando a la mayoría de la nobleza navarra. Acabados los enemigos de fuera, terminó con los de dentro, demoliendo lo más de prisa que pudo numerosos castillos y aun iglesias fortificadas. Nada de odio; táctica pura; fortalezas en la raya de Castilla y Aragón eran peligrosas y se precisaba mucha gente para guarnecerlas. Por la paz del reino afrontó hasta al Papa: León X quiso volver a su silla de Pamplona al cardenal Labrit, hermano del antiguo rey expulsado durante la guerra. Cisneros consultó a Manrique: juzgólo éste gran peligro, y no se accedió a los deseos papales.

Comparados con tal trance, fueron cosa de juego los motines de Málaga y Arévalo, que se resolvieron amagando y no dando, como verdugo de retablo.

Todos se convencieron —trabajo les costó— que era preciso respetar al fraile y que los tiempos de campar por sus respetos habían pasado ya. Del ademán fiero dieron en la ironía, y así, el conde de Ureña, yendo a visitar al regente, preguntó con retintín al capitán de la guardia "si estaba en casa el *rey Jiménez",* chancilla de dos cortes, que aludía a su duro gobierno y a su tosquedad, pues —según Alvar Gómez— se emplazaba todo lo desusado y cerril en *los tiempos del rey Jiménez,* como ahora en los del *rey Perico o* del *rey que rabió.*

Un fracaso hay que cargarle en cuenta: el desastre ante Argel (octubre 1516). Ocho mil bisónos, mandados por Diego de Vera, fueron a socorrer al rey de Túnez —aliado de España— contra Barbarroja, que le había desposeído de sus tierras. Aquellos cascaciruelos no dieron pie con bola, y al primer repiquete de broquel volvieron —los que volvieron— orejigachos y bien molidos, siendo el hazmerreír de todos. Diéronle la noticia cuando platicaba teologías con sus doctores. No parece le llegó muy al alma:

—Es verdad que nuestro ejército ha sido destruido, en parte, en África; pero todo eso se ha ganado el reino, que así se ve libre de unos cientos de bribones y perdidos.

Si él hubiese sido uno de ellos le habría hecho muy poca gracia.

Con esto y con escribir a Carlos moderase el rumbo de su casa, pues en unos meses llevaba gastado más que sus abuelos en cuarenta años, entró en el postrero de su vida.

LA   MUERTE

Don Carlos estaba bien en Flandes y no sentía ningún deseo de venir por Castilla: lo que más le gustaba de aquí eran los dineros, y el fraile, aunque regañándole, se los mandaba. Pero los pueblos íbanse cansando, sobre todo cuando se dijo que, embarcado ya y a unas horas de la costa, se había vuelto a tierra a causa del mareo.

Era innegable el desasosiego, aprovechado por los grandes para intrigar contra Cisneros. Tanto batallaron, que Adriano escribió al príncipe dándole quejas del carácter absoluto del regente, que con nadie consultaba nada. Carlos envió a otro flamenco —La Chaux, el viejo favorito de su padre— a apoyar al primero. Le recibió casi como a un rey, pero le daba de lado siempre que podía, y con socarronería de viejo cazurro le colocaba y trataba sistemáticamente como inferior a Adriano, casi como un *a látere.* Un día ambos a dos se sintieron audaces y firmaron unos decretos próximos a publicarse, ocupando el papel de tal forma que a Cisneros sólo le quedaba el último lugar. Éste, tras verlos, los hizo pedazos, y en los que mandó escribir de nuevo firmó solo, y así lo hizo siempre desde aquel día en adelante. Otro embajador, el barón de Amerstorf, fracasó lo mismo ante la cabecería del viejo, y Carlos, aburrido, le dejó hacer lo que quisiera, solo en la ancha Castilla.

Pero sus enemigos no cejaban; quisieron oponerle otro regente, Luis, conde palatino, de la casa y familia de Carlos. El cardenal, esta vez, saltó: o le dejaban gobernar solo o se marchaba a su diócesis, que es lo que más quería; ya estaba en edad el príncipe de valerse por sí. Éste y sus adiestradores —que no podían prescindir de él— cedieron, pero con reservas mentales.

Mas los pueblos se cansaban de un rey que sólo daba señales de vida para imponerles tributos, y pidieron al regente convocase Cortes. Procuró entretenerles, y escribió a Flandes viniese el príncipe lo más pronto posible. Carlos contestó aceptando el consejo, pero no se movía, y los reinicolas iban perdiendo la paciencia. Para calmarles tuvo que señalar las Cortes para el mes de septiembre, y amontonando cartas sobre cartas consiguió decidirle. Poco después partía de España la flota que había de traerle.

De esta inquietud se aprovecharon los díscolos de siempre: Ureña, el condestable, el almirante, es decir, sus hijos, la muchachada feudal. Por un fallo de la cancillería de Valladolid, que perjudicaba a Girón, apalearon a los alguaciles reales, y se hicieron fuertes en el pueblo de litigio, Villadefrades, llegando a arrastrar por las calles un pelele vestido de cardenal. Mientras los padres pedían perdón a Cisneros —y escribían a la vez a Flandes diciendo que tiranizaba el reino— los hijos seguían erre que erre. Se cansó el regente; tras un cerco, Villadefrades ardió entero, y fué arrasado, arado y sembrado de sal. Pero los niños del señorío habían volado ya, merced a una rápida acometida contra los sitiadores, pues audacia no les faltaba. Tal justicia le ganó muchas enemistades, pero apagó rebeldías, que es lo que se buscaba. Amenazó a Girón con ser tratado como traidor si no se sometía, y mediando buenos, solicitó y obtuvo gracia de don Carlos, para lo cual Cisneros le ayudó cuanto pudo.

Aún tuvo que resolver más litigios, con el duque de Alba, con la condesa de Salinas y hasta con el Papa, empeñado en cobrar por tres años el diezmo sobre los bienes eclesiásticos, para defender las costas itálicas amenazadas del turco. Tanta paciencia hacía falta, decía, cuanta suele tener una olla de mondonguera o mal cocinada, que, aunque tan de ordinario es combatida de esmerilazos de cuchara herrera, jamás quebró ni estalló, ni hendió por los lados, como si fuera olla encantada.

En agosto marchó a Aranda de Duero con el infante, Adriano, Amerstorf y el Consejo; Carlos no podía tardar, y se acercaban a la costa Norte para acudir a recibirle. Junto a Aranda estaba el monasterio franciscano de Aguilera, con buen cielo y campiña muy fértil; allí quería

recogerse Cisneros, como lugar de quietud y descanso buscando recrear un poco el asendereado cuerpo. De natura era hombre esquivo y amar-guroso, y la vejez, y el haber visto tanto malo, agudizaban su cansancio y desgana.

Pero su sino era bregar hasta el fin. Tuvo que afrontar al infante don Fernando, brioso y en el verde de la edad, y con natural deseo de honores y mayorías. Nacido y criado en Castilla, era más querido que su hermano, a quien tenían, y con razón, por extranjero. Soliviantado por su ayo Núñez de Guzmán, su maestro el obispo de Astorga y otros lavacaras, que nunca faltan; mirado con ojos tiernos por doña Germana —que quizá soñara compartir con él corona y cama; le llevaba quince años, pero estaba de muy buen ver—, el doncel procuraba por todos los medios ganar amigos, apuntando a alzarse con el reino. Cisneros escribió muchas veces a Carlos le separase de ambos malos ángeles, y, al fin, poco antes de embarcar (7 septiembre) dióle su anuencia. A rajatabla se cumplió la orden, a pesar de la orgullosa cólera del infante, que vino enfurecido contra el viejo, despreciando el cielo y la tierra. Treinta y tres cortesanos de su casa fueron despedidos; y mandó vigilarle de vista y rodear la villa de gente armada para impedir toda posible fuga.

Estos agrios de pena aceleraron su fin. Enfermó en el plácido retiro: fiebres con crecimientos y bajadas y una postema en la cabeza de que le fluía incesante humor por los oídos; "las manos se le llenaron de panarizos que vertían materia". La nueva corrió toda España. Girón hijo, el de Villadefrades, se creyó libre ya de aquel cetro duro, de la medula del hierro, e intentó otra vez echar la zarpa al ducado de Medinasidonia. Pero el moribundo revolvióse como un jabalí cargado de alanos, y con varonil ánimo y fortalecidos bríos mandó contra él crecido ejército, con orden de traerle muerto o vivo. Se amilanó el feroche, soltó las armas, y su papá pidió perdón por él. Y se le concedieron, contra el deseo del viejo, que, harto ya de tolerancias con abalorios y prosapias, quería acabar de una vez con pecadores y pecados.

También en morería *estar farrucos* al saberle ya con el alma en la boca: atacaron a Oran alárabes y turcos, pero se dejaron los dientes en la ciudad encastillada y fortalecida, y llena de trabucos, culebrinas y ballestones.

Tuvo un punto de reposo —en el ánimo, pues su mal seguía—. Carlos desembarcó en Villaviciosa de Asturias a mediados de septiembre. El enfermo, como quien dice, esperaba sólo verle para morir; y los cortesanos, sólo a que se muriese para traer al rey a Castilla. Carlos le escribía cartas cariñosas, y el vejestorio, que tanto más veía cuanto más cercano estaba al siglo futuro, le daba en respuesta atinados consejos. Quizá el mejor fué que mandase a Fernando junto a Maximiliano, y le cediera parte de sus Estados hereditarios. Chévres —Guillermo de Croy— apoyó con ahinco la idea, y el príncipe le donó el Austria. Gracias a ello salvó la corona cuando las Comunidades, pues de estar aquí Fernando, español de natío y de espíritu, le quita el Teino.

Dictó su testamento: aparte de rentas a sus fundaciones, limosnas para hospitales y aniversarios, dotes para casar doncellas pobres y rescates de cautivos, dejaba universal heredera a la Universidad de Alcalá, pero encargaba al Colegio Mayor de San Ildefonso cuidase, de por vida, a *Santillos,* su bobo de entretenimiento. Nombró albacea y ejecutor testamentario a fray Francisco Ruiz —obispo de Ávila—, allí presente, confiándole, además, el correr con su entierro y la difusión de la Poliglota. Y pidió a su prelado de limosna, como es costumbre entre franciscanos, el hábito y la cuerda para la mortaja. Plinio *el Mozo* dice en sus epístolas "que el testamento de cada uno suele ser espejo de sus costumbres".

Los días eran cortos, el temple de la tierra harto frío. El 17 de octubre, con el infante y el Consejo, partió para Roa, de donde le sería fácil pasar a Valladolid o a Segovia, según el rumbo que el rey tomara, pues andaba indeciso. Las cuatro leguas del viaje fueron penosísimas. Le llevaban en una litera muy abrigada y con lumbre dentro. De una ropa de martas viejas le

hicieron manguitos y unos medios'botines para los pies: fué la primera vez que se calzó. Para que no se le entumeciesen le ponían una bola de metal, caliente, entre las manos; tanta era su delicadeza y flaqueza que parecía una muerte. Se alojó fuera de muros, en el palacio del señor de la villa, conde de Siruela. (Por entonces debió verle don Francesillo de Zúñiga —bufón de Carlos V y cronista burlesco— y dijo que parecía una galga envuelta en lanas.)

Desdenes no le faltaron a última hora: Carlos era un casquilucio, manejado por enemigos del cardenal, ansioso de trocar los caminos viejos por los senderos nuevos, y la ingratitud hizo pronto su oficio, que es olvidarlo todo. Le negaron sus flamencos la casa que pedía para aposentamiento en Valladolid, donde al fin serían las Cortes, y le escribió la tan sabida carta en que —resumiendo— le decía que ya era hora de que se fuese a descansar a su diócesis: le juzgaba árbol invernizo, inútil, que no da fruto. Afortunadamente no la leyó, pues Adriano —más piadoso—, viéndole en las últimas, no quiso clavarle aquel puñal de dolor.

Se acababa por días. *Morbi autumnalis, aut longi sunt, aut mortales,* dice el aforismo. Aquí fueron largas y mortales. Se encomendó a sus santos: Nuestra Señora, San Miguel, San Pedro y San Pablo, Santiago, Patrón de España; San Eugenio y San Ildefonso, primeros obispos de Toledo. Se confesó con fray Diego Machado, comulgó y le dieron el Santo Óleo. Llegó el punto crudo de la muerte. Sintió el sudorcillo frío, que es —según un ascético— el aire de la tierra nueva donde llega el que muere, y en los latines del Salmista: *Jn te, Domine, speravi,* le faltó la voz y dio fin a su decir y días entre tres y cuatro de la tarde del domingo 8 de noviembre de 1517, a los ochenta y dos años de edad y veintidós de mitra y báculo.

Le enterraron en la capilla del Colegio Mayor de San Ildefonso, en un sepulcro de mármol de Carrara, comenzado por Domenico Fancelli, y que, por su muerte, terminó Bartolomé Ordóñez; costaron las manos y la piedra dos mil cien ducados de oro. Juan de Vergara compuso el epitafio en buen latín humanístico:

CONSIDEBAM MVSIS FRANCISCVS GRANDE LYCOEVM CÓNDOR IN EXIGUO NUNC EGO SARCOPHAGO PROETEXTAM JVNXI SACCO, GALEAMQVE GALERO, PRATER, DVX, PROESVL, CARDINEVSQVE PATER QVIN VIRTVTE MENAM JVNCTVM EST DIADEMA CVCVLLO. CVM MIHI REGNANTI PARVIT HESPERIA.

Que, traducido, reza:

Yo, Francisco, que hice levantar un gran Liceo en honor de las Musas, descanso en este reducido sarcófago. Ceñí la púrpura con el sayal, usé del casco y del píleo; fraile, caudillo, ministro y cardenal; llevé al mismo tiempo, sin pretenderlo, diadema y cogulla, cuando España me obedeció como rey.

GLOSARIO

Acalenturado. **Calenturiento.**

Ad calendas graecas. **Para nunca, para el día del juicio. (Los griegos no tenían calendas.)**

Ad limina apostolorum. **Perífrasis latina que significa: "al solio de los apOstoles" y que se emplea para designar la Santa Sede.**

Adversarios. **Entre los eruditos notas de diversas noticias y materias puestas a modo de tablas, a fin de tenerlas a la mano para alguna obra o escrito.**

A humo muerto. **A humo de pajas.**

Al. **Otra cosa, otro.**

A las últimas nubes **(Aragón). Al caer de la tarde.** ***Alatinado.*** **Latinizado.**

Aliar (tierra o haza) **(Aragón). Tierra de sembradura.**

Alcaicería. **Aduana o casa pública donde los cosecheros presentaban la seda para pagar los impuestos establecidos por los reyes.**

Aliden. **Llamada a la oración que hace el almuédano desde el alminar.**

Almedina. **Centro de la población, con exclusión de arrabales y alcazaba.**

Amarguroso **(Salamanca). Triste, amargado.**

A muta candelas. **Expresión vulgar con que se explica la última**

lectura de la excomunión, tomada de que en ella se apagan las

candelas con el agua. ***A maza y escoplo.*** **A machamartillo.** ***Arguenas*** **(Andalucía). Alforjas.**

Asistir al poste. **En las viejas Universidades, ponerse el catedrático, después de bajarse de la cátedra, a esperar por cierto tiempo si a los alumnos se les ofrece alguna dificultad, para desatársela.**

Baja Alemania. **Flandes y el País Bajo.**

Bambochada. **Cuadro que representa borracheras o banquetes flamencos.**

Blanca. **Moneda de vellón que valía medio maravedí cobreño.**

Blanco. **El pecho del ave.**

Boca de verdades. **El que no miente.**

Brocado pelo. **Brocado de un solo pelo.**

Buenos dichos. **Chistes, agudezas.**

Buey hermoso. **Dícese de uno de buena presencia y pocas obras.** (C**ORREAS.)**

C*abecería.* **Cabezonería.**

Gabizmordido. **Soberbio, ambicioso, desvanecido.**

Cachicán. **Hombre astuto, diestro.**

Caldibaldo. **Caldivache, calducho.**

***Carpinteros de la Vera Cruz.* Se llama así a los judíos.**

***Casas molineras.* Casas de planta baja, construidas de tapicería, la mayor parte a tejavana.**

***Cascaciruelas.* Ablandabrebas, persona inútil y despreciable.**

***Caudatorio.* El eclesiástico o doméstico del obispo o arzobispo, destinado a llevarle alzada la falda, cauda o cola de la capa consistorial.**

***Cebolludo.* Persona tosca y basta.**

***Cebruno, cebrado o gateado.* Se dice de la caballería que tiene unas rayas negras transversales en el antebrazo y corvejones.**

***Cessatio* o *cesación a divinis.* Pena eclesiástica por la cual se suspenden los oficios divinos.**

***Cigüeño* (Salamanca). Alto, seco y delgado.**

***Colgar el hábito en la higuera.* Colgar los hábitos. *Colono* (la Montaña). Haz de leña, de tallos o de maíz, varas, etcétera, que puede ser llevado por una persona a la cabeza o a las espaldas.**

***Comerse ya el pan de los niños.* Quiere decir que uno es viejo, y sobra en el mundo. *Como corderos ante lobos.* En situación muy peligrosa.**

***Conciencia de teólogo.* Es opinión que la tienen ancha, y nace de saber distinguir, porque de la ignorancia salen escrúpulos.** (Correas.)

***Concordancia.* Índice alfabético de todas las palabras de un libro, con todas las citas de los lugares donde se hallan. *Cordobesia.* Malicia, burla fina.**

***Corma.* Especie de prisión, compuesta de dos pedazos de madera, que se acomodan al pie para impedir andar libremente.**

***Corona.* Tercera parte del Rosario de Nuestra Señora.**

***Orassa Minerva.* Sin arte, sin delicadeza, toscamente, a la pata llana. (**Quintiliano.)

***Crestudo.* Orgulloso, arrogante.**

***Custodia.* Provincia que no tiene bastantes conventos para gobernarse por sí misma.**

***Custodio.* El religioso que rige una custodia.**

***Cutimaña* (Murcia). Astucia, artimaña. *Dar corazón.* Dar ánimos.**

***Dejar el olivo* (Andalucía). Levantarse de la cama.**

***Dele.* Signo con que se indica en el margen de las pruebas de imprenta que debe quitarse una letra, palabra o sílaba.**

***De par a par.* De igual a igual. (ARCIPRESTE DE TALAVEBA.)**

***Desbocado.* Acostumbrado a decir palabras indecentes, ofensivas y desvergonzadas.**

***Doctrino.* Tímido, apocado.**

***Doncella de alta guisa* (Irónico). Ramera.**

***Escudete de río.* Golfán, nenúfar.**

Espantapueblos. **Dícese de los predicadores que prefieren el uso de las amenazas al de la persuasión en los sermones.**

Esperanzoso. **Lleno de esperanza.**

Esquinado. **Descontento, desabrido, amargado.**

Feria sexta. **Viernes (entre eclesiásticos).**

Gacia. **Lo que impropiamente, afrancesado, se llama** ***razzia.*** **La emplea en este sentido —aplicada a las correrías de los moros de Oran— Gabriel Pérez del Barrio en su** ***Secretario y Consejero de Señores y Ministros.*** **(1613).**

Calero. **Sombrero.**

Genius loci. **Genio o numen del lugar.**

Gloria. **En Tierra de Campos es un estrado hecho sobre un hueco abovedado, en cuyo interior se quema paja, sarmientos, etc., para calentar la habitación y dar mayor calor a las personas que sobre él se colocan.**

Gorguz. **Dardo, venablo o lanza corta.**

Hablar de las nieves de antaño. **Hablar de cosas olvidadas sin memoria ni remedio.**

Hijo de Pero Sastre. **Un cualquiera, un quídam.**

Hormigos. **Guiso casero, compuesto con pan rallado, leche, miel y avellanas majadas.**

Ipso jacto. **En el acto.**

Jobardillo. **Gran remolino de gente que mueve confusión y ruido.**

Lavacaras. **Adulador, lisonjero.**

Los siete infantes de Lara. **Lo más principal.**

Lunero. **Lunático.**

Maniferro. **Valentón, perdonavidas**

Mesa. **Cúmulo de las rentas de las iglesias, prelados y dignidades.**

Misario. **El acólito o muchacho que se tiene en las iglesias para ayudar a las misas.**

Mortalidades. **Características del mortal: hambre, frío, cansancio.**

Mucharabí. **Celosía.**

Muerte. **Esqueleto.**

Nacer en las malvas. **Ser de origen humilde.**

Naúba o nuba. **Compañía de músicos, gaiteros y atabaleros moros.**

Obispalía. **Palacio o casa del obispo.**

Padrillo. **Caballo padre.**

Pajarota. **Noticia que se reputa falsa y engañosa, o por mentira grande, o por voluntariamente fingida o desfigurada.**

Parafraste. **El que interpreta o expone algún texto o escrito oscuro.**

Pascasio. **Nombre que daban en las Universidades al estudiante que se iba a su tierra, por estar cerca, a pasar las Pascuas.**

Pavonada. **Paseo breve.**

Pecorea. **Diversión ociosa y fuera de casa, andando de aquí para allí.**

Pechecilla **(Andalucía la baja). Nombre que se da a las que ya no son niñas ni mozuelas aún.**

Petrus in cunctis **(literal: "Pedro en todo"). Locución latina con que se moteja al que aparenta saber de muchas cosas a un tiempo, sin tener conocimiento sólido de ninguna.**

Piedra franca. **La fácil de ser tallada.**

Píleo. **El capelo de los cardenales.**

Principios. **Todo lo que precede al texto de un libro; como aprobaciones, dedicatorias, licencias, etc.**

Profanías. **Profanidades. (CIEZA DE LEÓN.)**

Propietario. **Dícese del religioso que incurre en el defecto contrario a la pobreza que profesó, usando de los bienes temporales sin la debida licencia o teniéndoles sumo apego.**

Reblanquido. **Blanquecino.**

Retajar. **Circuncidar.**

Rodelero. **Mozo inquieto que rondaba por la noche con espada y rodela.**

Señora de la vela verde. **Se llamaba así, burlescamente, a la Inquisición, por ser verde el color que se usaba para la cera.** ***Sirgo.*** **Seda.**

Sol de los muertos **(en la Montaña y las Encartaciones). Los últimos rayos del sol poniente.** ***Solana.*** **Vertiente meridional de un monte o sierra, opuesta a la umbría o sombría.** ***Solerte.*** **Sagaz, astuto.**

Subirse a las bovedillas. **Dícese de alguno que está muy enojado o irritado.**

Tarasca. **Figura de sierpe monstruosa que en algunas partes se saca durante la procesión del Corpus.**

Tarascón. **Figura de hombre que solía acompañar a la taras-quilla.**

Tarasquilla. **La** ***anabolena*** **o** ***nabolena,*** **figura de mujer representando a la Lujuria, que solía ir encima de la tarasca.**

Tente ésa, que voy por paja. **Se decía cuando daban un golpe a alguno.**

Testadura. **Borradura lineal de las letras que estaban hechas.** ***Tirte allá.*** **Quítate de ahí, vete allá.** ***Tordo nuevo.*** **Inexperto, pacato.**

Torete. **La especie que contiene grave dificultad y que hace trabajar los entendimientos para su resolución.**

Tranquillas. **Dificultades, pretextos.**

Valer un valer. **Valer mucho.**

Vino de dos orejas. **El vino fuerte y bueno.**

Volar en altanería. **Volar alto.**

Zambra. **Música mora de soplo o silbo.**